Claudio SÁNCHEZ-ALBORNOZ

Anecdotario POLÍTICO

Lectulandia

Con entera razón, Claudio Sánchez-Albornoz insiste en que este libro constituye una no desdeñable contribución a la «historia» o, mejor aún, que sus páginas brindan muchos elementos sin duda útiles para futuros historiadores. Pero quizá por modestia, quizá por deformación profesional, su autor pasa por alto otro mérito, tanto mayor que el anterior, y que es entonces necesario poner de relieve: su insólito nivel narrativo, su fascinante calidad de relato. Porque estos recuerdos, que abrazan cuatro décadas del devenir español y son obra de un intérprete privilegiado de los hechos que narra (fue ministro de Negocios Extranjeros del gobierno de la República y presidente de su gobierno en el exilio tras la Guerra Civil Española, entre 1962 y 1971) nos impresionan por lo vívido de las imágenes, por la gracia de sus anécdotas y por el fino poder de observación que revelan.

Estos innegables atributos sorprenden tal vez injustamente, en cuanto provienen de una figura que relacionamos de inmediato con la del sabio erudito. En efecto, Sánchez-Albornoz, que fuera catedrático y decano de la Facultad de Letras de la Universidad madrileña, rector de esta última, académico reconocido internacionalmente, profesor de Historia en las universidades de Mendoza y Buenos Aires en su periodo de exilio, evoca ante todo la figura del medievalista eximio y fecundo. Pero es que el brillantísimo historiador, el político y diplomático circunstanciales y el muy ameno narrador se transfiguran en el hombre íntegro.

Lectulandia

Claudio Sánchez-Albornoz

Anecdotario político

ePub r1.0
Titivillus 07.09.2019

Título original: *Anecdotario político*
Claudio Sánchez-Albornoz, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

A la ciudad de Ávila, cuna y sepulcro de los míos, en agradecimiento por la confianza que a ellos y a mí nos ha otorgado durante largas, largas décadas.

Advertencia

A lo largo de medio siglo he consagrado mi vida a la historia de España. Ni siquiera abandoné su enseñanza, su estudio y su investigación durante mi breve paso por la escena política (1931-1936). Pero por ser hijo y nieto de quienes habían actuado en la vida pública española y por mi fugaz pero activa intervención en ella, conozco un repertorio de anécdotas definitorias de hombres, de clases sociales y de sucesos de los días ya lejanos de la monarquía, y de sucesos, clases sociales y hombres de los días de la república que empiezan también a alejarse en el ayer. Y como he frecuentado a algunos primates republicanos, puedo dar testimonio de hechos y problemas hasta hoy desconocidos y a veces de importancia.

Ese conocimiento de anécdotas definitorias y de hechos ignorados me ha creado una preocupación en este ocaso de mi vida. De una parte me tortura la inapelable brevedad del plazo que me queda para terminar mis obras históricas y, de otra, me he preguntado a menudo si tengo derecho a privar a los historiadores de mañana del conocimiento de relatos, unos pintorescos, otros dramáticos, que permiten entender diversos aspectos de la vida política y social española del siglo que termina en 1940; de relatos que ayudan a descubrir o adivinar la intimidad de algunos personajes que en ella intervinieron como astros de primera magnitud. Me he preguntado si tengo derecho a dejar inéditos algunos desconocidos sucesos y algunas incógnitas expresiones que pintan a la España y a los españoles de las últimas décadas.

No quiero, empero, suscitar vanas esperanzas. Un historiador que ha vivido su oficio medio siglo y sólo ha actuado cinco años en política no puede ni siquiera intentar escribir unas memorias. Mi vida ha sido un interminable diálogo con las sombras de los siglos VII al XIV. ¿Un diálogo? Sí y no. Aunque silencioso, un diálogo cuando ellas me brindaban sus secretos. Pero, en muchos casos, mis contactos con los hombres de hace cientos de años se han reducido a una pedrea de preguntas sin respuesta; sin respuesta porque las consultadas sombras lejanas celaban con tanto rigor los misterios de su intimidad que yo no lograba descubrirlos. En esos largos y a veces frustrados

intentos de plática, con frecuencia he reprochado su hermetismo a esos lejanos compatriotas milenarios. Mis forcejeos para arrancarles los secretos de su pensar, de su sentir, de su querer, de su actuar y mis fracasos ante sus silencios —a veces tenía la impresión de que se burlaban de mí con una sonrisa; tras un íntimo guiño de ojos al contemporáneo también interrogado— me han movido a la postre a abrir la espita de mis confidencias. No serán demasiado suculentas. Vuelvo a prevenir sobre la parvedad de mi aporte testimonial. Pero aunque sea miserable, de algún provecho sera quiza mañana para las gentes de mi oficio.

Mis noticias serán pocas y breves, pero acaso por lo remoto e impersonal de muchas y por referirse siempre a hechos que han dejado de tener actualidad —me detengo en 1940— su parvedad sera compensada por su exactitud. Nunca es posible a nadie desprenderse de su yo —quiero decir de sus simpatías, amores, sañas— al referir acontecimientos en que ha intervenido o que han incidido en su vivir. Por ello, naturalmente, mis testimonios no serán enteramente asépticos. Deseo, sin embargo, declarar que me he esforzado porque lo sean. Si no lo he logrado por completo al relatar los prolegómenos y los comienzos de la tragedia que me ha privado de mi patria, de mis hijos, de mis bienes y me hará morir en el destierro, no sera porque no haya procurado ser extremadamente exacto y puntual en el relato de los hechos que han merecido mis comentarios, a veces doloridos.

Prevengo al lector de la doble vertiente de las noticias aquí recogidas; para que no se sorprenda del contraste que separa lo risueño del primer grupo de anécdotas por mí reseñadas, de lo sombrío del segundo. Se refieren las primeras a la España «pragmática y dulzona» —acepto el calificativo de Antonio Machado— del último medio siglo de la monarquía; de la «España sin pulso» de Silvela; de la España de los pasodobles, las polcas, los chotis, los chulos, las verbenas, los sainetes, las zarzuelas; de la España de la idolatría por los grandes matadores, del triunfo de lo *sicalíptico* —hoy tan inocente y archisuperado— y del gusto por las comedias andaluzas; de una España sonriente y confiada, despreocupada y burlona. Las gentes de esa España gustaban de contar y de rememorar anécdotas amenas y graciosas. De la generación anterior a la mía las he recibido.

A veces, en casos casi increíbles, de labios de testigos presenciales.

Me anticipo a pedir perdón por lo zafio de algunas de ellas. En mi *España, un enigma histórico* diserté sobre lo rahez hispano y acerca de la eterna ley que podríamos llamar de los vasos comunicantes. Es muy viejo entre los españoles el gusto por las palabras y las expresiones groseras. Y es

también muy remota la doble corriente que avillana a la aristocracia y que descubre rasgos señoriales en las masas. Acudiendo al título de una comedia clásica, podríamos decir que «del rey abajo ninguno» de los españoles se ha conservado virgen al empleo de las interjecciones —lo son, a veces, las palabras raheces— y de las locuciones chabacanas. Con una sonrisa burlona he dicho alguna vez en la Argentina que en España dicen palabrotas hasta los reyes y los arzobispos; y he podido comprobar que las han empleado, e incluso en momentos solemnes, quien se arroga el poder mayestático y también algún abad mitrado.

No me he decidido por ello a paliar las expresiones soeces de algunos muy elevados actores de la historia española —una pronunciada incluso en un lecho de muerte—. Habría desfigurado la realidad histórica. Aunque asombre, debo aclarar que no eran frecuentes en labios de primates republicanos; como yo no lo fui puedo afirmarlo.

Me he permitido incluir en estas paginas algunas coplas y cuplés populares porque describen estados de opinión, retratos caricaturescos pero al cabo retratos, juicios críticos y la libertad alcanzada en la burla amena de los hombres públicos, hoy ora peligrosa, ora imposible. Quizá algunos viejos los recuerden como yo, 14 pero no sé por cuanto tiempo se conservaran en la memoria popular.

Me anticipo al asombro que producirá al lector el cambio de tono de los relatos anecdóticos a medida que avanzan los año;, y se acerca la catástrofe de la guerra civil. Ha quedado atrás la España chirigotera —como la calificó Machado— para dar paso a una España nueva, escindida por odios cada día mayores, y por ímpetus revolucionarios y antirrevolucionarios, cada día más amenazadores. Algún chispazo sonriente ilumina aún el horizonte, pero éste se entenebrece de prisa y mis recuerdos se centran en sucesos ingratos cuyas sombras se proyectan aún sobre el mañana.

El lector que conozca mi afiliación política comprenderá fácilmente que mis noticias se centren pronto en torno de Azaña. Aún no conociéndola, podrán explicarse ese centrar de mi anecdotario político quienes no ignoren ese ya lejano ayer de España. Las nuevas generaciones o lo desconocen o han recibido de él una imagen enteramente deformada. Pero aun así, si consideran que la subida de la presión de: odio en el barómetro de la historia nunca es casual, podrán juzgar del relieve histórico del personaje sobre el que han descargado su saña los forjadores de la opinión pública española desde hace treinta años. Por considerarle clave en la crisis de España de 1936 era obligado el agrupar en torno a él esa parte de estos testimonios.

Hace mucho que vengo recordando una frase del gran pensador hispano-musulmán del siglo XI, Ibn Hazm de Córdoba, frase que me impresionó antaño y me sigue hoy impresionando profundamente: «La flor de la guerra civil es infecunda». La de nuestra terrible y sangrienta querella no ha dado aún frutos de bendición. Creo que habría podido evitarse la guerra civil si Azaña hubiese sido otro hombre. He ahí una razón más para centrar en él mi atención en la última parte de este repertorio.

Sé que voy a atraerme nuevos enemigos al publicar este anecdotario. Tengo tantos que no me altera el pulso ese acrecentamiento. Historiador por irrenunciable vocación, me importa ante todo la verdad histórica. ¿Por pura deformación profesional? No; porque juzgo que la vida de los pueblos es resultado del complejo entrecruce de tres fuerzas que se unen y combinan conforme al libre albedrío de los hombres: herencia, azar y experiencia. Y la tercera, y no la menos eficaz de ellas, puede ser alumbrada por la historia.

Sé que los conversos a la religión del marxismo histórico, los que creen que el hombre y los pueblos son prisioneros de inexorables leyes económicas, sonreirán al contemplar el crédito que concedo a lo anecdótico en el hacer y rehacer del pasado. Acabo de combatir y de anular, a lo que creo, la ya avejentada interpretación materialista de la historia, en una disertación ante la Accademia dei Lincei de Roma que he titulado *Historia y libertad*. He reconocido en ella, naturalmente, la importancia del factor económico en el devenir histórico. Pero antes de tal exposición, en ella y después de ella, he creído y sigo creyendo que son los hombres quienes manipulando, con error o con acierto, los factores espirituales y materiales del vivir humano, han ido haciendo caminar a los pueblos por la gran espiral de la historia. He creído siempre y sigo creyendo hoy que son los hombres de carne y hueso quienes han dirigido el curso de la vida de las naciones. Porque es plena mi convicción de tal realidad y porque, pese a la moda pasajera, las aguas del quehacer histórico volverán a recorrer los viejos cauces, creo que no es inútil conocer a los hombres de la monarquía y de la república a la luz de las anécdotas sonrientes o sombrías que recojo en estas breves páginas.

No debe olvidarse la condición de repertorio de anécdotas de este librito, para no reprocharme que no las haya hilvanado con el relato de los tiempos en que ocurrieron los sucesos aquí referidos. Naturalmente, al publicarlas he deseado hacer historia. Tras cincuenta años de dedicación a su investigación y a su enseñanza me es difícil hacer otra cosa que historia. Incluso mis discursos y manifiestos políticos de antaño y de ahora no han sido sólo trozos de historia, porque lo son todos los de todos los hombres públicos en cuanto

factores del devenir normal de las comunidades populares. Los míos han sido fuertemente influidos por mi vocación y mi oficio de historiador. Pero de intento, en estas páginas me he limitado a ofrecer materiales a los historiadores de mañana. Más de una vez he negado a los contemporáneos capacidad para historiar los sucesos de sus días; la historia requiere el filtro de los años. Los contemporáneos sólo podemos hacer crónica. Por ello, de propósito, he dejado al lector erudito la tarea de engarzar mis recuerdos en los grandes frescos históricos del ayer y la de juzgar el ayer en que mis recuerdos anecdóticos se engarzan. Precisamente para brindar vía libre a los historiadores que puedan utilizarlos cuando lleguen los que, en otra ocasión, he llamado «tiempos de siega». Cuando el correr de las décadas o de los siglos haya liberado de su dramática actualidad a los hombres y a la sociedad que traigo a capítulo.

Advertencia a los lectores de esta segunda edición

Se ha agotado bastante de prisa la muy nutrida primera edición argentina de este librito. Por su contenido no ha circulado mucho, empero, por España: el clima político en esta era triunfante no favorecía su difusión. Han ocurrido muchos sucesos importantes en «la piel de toro» desde la publicación de esta pequeña obra. Aunque quiza demasiado lentamente se inicia un decisivo cambio de rumbo en tierras hispanas. Acaso por ello estas paginas alcancen más audiencia que antaño, en la época de aguda cerrazón dictatorial.

No lanzo ahora de nuevo una obra de aguda meditación; pero no creo que deje de ser útil su lectura en estos días. Los españoles no hemos podido variar de talante en tan corto plazo y me parece seguro que están vivos muchos problemas que asoman a este librito y muchos peligros que angustiaron nuestro ayer; pienso en nuestra barbara guerra civil. Esta fe me ha decidido a autorizar la presente edición. Al reeditar mi anecdotario, mi memoria de viejo me ha traído a la mente el recuerdo de casi una veintena de sucesos que había olvidado y los he incorporado a esta edición. A ella he añadido también dos textos que tienden a hacer pensar a mis lectores en los peligros que amenazan a España y a los españoles. Les titulo *Longevidad e inflexibilidad y Treinta y cinco años después*. He querido ademas hacer conocer *de visu* al medio centenar de personajes y de personajillos que asoman a las paginas de esta obra.

Apenas necesito insistir en lo que digo en la Advertencia liminar de este pequeño libro. Aspira a ser una obra de historia en cuanto deseo brindar materiales a los futuros historiadores del largo siglo que abarcan estas paginas. Materiales que suelen encontrarse en los habituales relatos históricos pero que descubren matices de la personalidad de algunos hombres y algunos zigzagueos del proceloso curso de muchos procesos culturales, políticos e incluso socioeconómicos, y como creo firmemente que la vida histórica es hechura de los hombres de carne y hueso que, venciendo o sucumbiendo al juego de fuerzas rectoras de la Historia, han ido haciendo y rehaciendo el pasado, he juzgado oportuno doblar la imagen literaria que la anécdota brinda

de quienes asoman a este librito con la oferta de su propia imagen física. Ella permitirá un día a los futuros cultores de la Historia, y hoy a los curiosos lectores, contemplar la silueta de muchos de los aquí traídos a capítulo, porque la contemplación de sus retratos acaso ayude a escudriñar su psiquis.

Y basta, levantemos el telón de este pequeño escenario de ilustres marionetas históricas.

Recuerdos de la última época borbónica

ÚLTIMOS MIEDOS A LA INQUISICIÓN

En una casa de la calle del Burro —hoy de la Colegiala— desde cuyos balcones se divisaba la cúpula de la catedral de San Isidro, un matrimonio aún joven y una niña de entre nueve y diez años. Ha anochecido ya. Suena la campanilla de la puerta y la doncella anuncia al señor que le busca un familiar del Santo Oficio. El jefe del grupo familiar, alto, enjuto, de afilada nariz vasca y mirar bondadoso, se levanta y marcha lentamente hacia la sala donde le aguarda el visitante. Su mujer se ha arrodillado y ha empezado a rezar. Conoce las ideas progresistas de su marido, sabe que es francmasón, vive inquieta los días tristes de sañuda persecución que transcurren sombríos, teme a la Inquisición, ha imaginado lo peor e implora el socorro divino —todos son en la casa muy piadosos— para que no se realice el atropello.

Transcurren lentos los minutos, se oye el golpe de la puerta al cerrarse y los pasos de mi tatarabuelo. Entra éste y, con gran asombro de la madre y de la hija, arroja sobre el tapete de la mesa un montón de onzas de oro.

—Me las ganó un amigo con trampa hace unos años, en las ferias de Pamplona, y, antes de morir, las ha entregado al sacerdote que acaba de marcharse para, devolviéndomelas, escapar al fuego del infierno.

Más de siete décadas después, oí referir el suceso a la niña que, arrodillada, rezaba con su madre una noche otoñal de hacia 1829, temerosa de que el Santo Oficio, aún en actividad, encarcelara a su progenitor.

Mi bisabuela conservaba como reliquia una de las peluconas de marras; era yo su primer biznieto y me la regaló. Lo vivaz del recuerdo de la anciana octogenaria, la conservación a través de su larga existencia de una de las onzas recibidas durante la noche misteriosa de hacía más de setenta años y su regalo al muchachillo que yo era a la sazón, que como su padre hacía versos, acreditaban el temor que el odiado tribunal inspiraba todavía en sus postrimerías fernandinas a las familias de los liberales españoles.

No pudieron, empero, imaginar en 1829 mis remotos abuelos que en 1939, acabada una guerra civil, los vencedores, al saquear mi casa, se apoderarían de una de aquellas —piezas áureas en el cajón secreto de mi viejo bargueño. Ni que yo, siglo y medio después del susto por ellos recibidos, lo recordaría desterrado en Buenos Aires por haber amado y servido a la libertad, como ellos la habían amado y como ellos la habían servido.

LOS CORIFEOS DE ESPARTERO

¡Viva el Duque! a la parada;
¡Viva el Duque! a la revista;
¡Viva el Duque! al pasar lista.
Pues señor, parece nada
y cansa… el ser progresista.

TIRILLAS EN LONDRES

—Duque, nos hemos olvidado del general Tirillas.

—Tiene usted razón, se ha batido con heroísmo. Pero ¿cómo podemos premiarle? Es tan corto de luces… ¿Qué se le ocurre a usted?

—Podríamos hacerle Capitán General de Burgos.

—Imposible, corremos el peligro de que se subleven otra vez los carlistas.

—¿Y si lo hiciéramos jefe de la cría caballar?

—No me gusta el cargo para él. Va a sentirse degradado. Además —añadió Espartero sonriendo— acaso dejen de parir las yeguas si él dirige el establecimiento. Tráigame otra propuesta.

Así conversaban un día el Regente del Reino, duque de la Victoria, y uno de sus colaboradores sobre un general cuyo nombre de familia no hace al caso —lo llevaban algunos títulos de Castilla, sus nietos a principios del siglo— a quien todos llamaban «Tirillas» por los cuellos que usaba.

—Duque, ya tengo cargo para Tirillas.

—Veamos.

—Embajador en Londres.

—Pero ¿usted está loco? Si Tirillas habla sólo español y mal.

—Precisamente por eso le propongo su nombramiento. En nuestra embajada hay un consejero muy inteligente. Le facturaremos a Tirillas. Y, como no sabe una palabra de inglés, no podrá hacer disparates.

—General, el Gobierno de Su Majestad la Reina ha acordado premiar sus grandes servicios a la causa de la libertad.

—Me honra mucho. Yo no he hecho sino cumplir con mi deber combatiendo a esos perros carlistas.

—Hemos decidido nombrarle embajador en Londres.

—Pero, duque, si yo no hablo inglés ni francés.

—Eso no importa. Las negociaciones las llevan los consejeros y secretarios. Su misión es dejar bien puesto el nombre de la Corte de la Reina, dando grandes fiestas, espléndidos banquetes…

—Pero, mi general…

—Está decidido. Espero que sabrá honrar a España. «Aquí te enviamos a Tirillas. Es muy bruto, pero es un héroe. No habla una jota de inglés y no

podrá hacer disparates. Cuídate de él. Va bien instruido. Firmará lo que le pongas a firmar».

Tirillas y su mentor almuerzan en un elegante club de Londres. X dice al heroico general:

—¿Ve usted a ese señor elegante que se levanta de aquella mesa? Es el Presidente del Consejo de Ministros.

Tirillas recuerda en este punto y hora los consejos-instrucciones que había recibido en Madrid y replica.

—¿Por qué no me lo ha dicho antes? Le habríamos invitado a almorzar o le habríamos pagado la cuenta.

—No, mi general, eso no es costumbre aquí. Habríamos cometido una pifia. Ni siquiera ha presentado usted sus cartas credenciales. Se habría ofendido gravemente.

—Tonterías. A nadie le molesta que le paguen el almuerzo.

BANDOLERISMO

Al acabar la guerra carlista el bandolerismo hizo presa en muchas zonas de España. Le padecieron especialmente las regiones montañosas. «Partidas» regidas por audaces caudillos asaltaban, secuestraban, robaban… Una, capitaneada por alguien a quien llamaban «El Cano», actuaba en las serranías que se extienden entre las tierras de Ávila y Toledo. En Cenicientos, población serrana situado en la conjunción de las mismas con la provincia de Madrid, un comandante de ingenieros, «convenido de Vergara», había intentado explotar una mina de cobre, pero había fracasado y se había dado a plantar vides y olivos. «El Minero», como le llamaban en el país, fue señalado a «El Cano» como presa suculenta. Pero don Juan Hurtado era hombre campechano, tenía muchos amigos en el pueblo y una tarde recibió en su casa de las viñas a uno de ellos que le dijo:

—Tome un caballo y escape ahora mismo. Esta noche va a secuestrarle la partida de «El Cano».

Pero mi bisabuelo era hombre de agallas, estaba acostumbrado a jugarse la vida y le dijo al amigo:

—¿«El Cano» esta en el pueblo?

—Sí; tiene su gente agazapada en la casa del Tío X.

—Llévame hasta allí.

—Pero, don Juan, ¡usted está loco!

—Vamos.

Sonaron varios aldabonazos en la puerta de la casa donde «El Cano» tenía su guarida y desde dentro se oyó gritar.

—¿Quién va allá?

—Don Juan Hurtado —respondió mi bisabuelo.

Cinco trabucos le enfrentaron por la puerta y la ventana, pero él respondió impávido.

—Me han dicho que ibas a secuestrarme esta noche y para ahorrarte el trabajo de ir hasta mi casa de las viñas he venido aquí y aquí estoy.

La bravura del comandante carlista retirado convertido en «El Minero» paralizó a «El Cano», que no acertó a decir sino.

—Don Juan…

Don Juan cruzó la puerta.

—Muchachos, un vaso de vino por el pronto y hablaremos después.

«El Cano» y don Juan Hurtado se amigaron para siempre. Cuando mi abuela Teresa, que se había educado en Notre-Dame de Burdeos, iba de su casa de Ávila a la de Cenicientos, su padre despachaba un propio a «El Cano» y al llegar, con un criado al ronzal de la mula, al comienzo de la sierra, la esperaba la partida de bandoleros del amigo de su padre. La presentaban armas y, en doble fila, con sus trabucos preparados para resistir a otra partida si osaba aparecer, la conducían hasta avistar la Peña de Cenicientos y, en el fondo del valle, la casa de «El Minero».

De chiquillo he montado en las jamugas sobre las que lentamente esa abuela abulense avanzaba protegida por las gentes de «El Cano». El valor siempre rinde más que el miedo, o rendía, cuando estaba intacta esa mezcla de hombría y de nobleza entrañablemente unidas a las tradiciones de la estirpe.

INJUSTICIA

En lo alto de la calle Ancha de San Bernardo se inaugura con gran pompa la traída del agua a Madrid. La reina, el gobierno, la corte… presencian cómo salta hacia la altura el surtidor simbólico. Vítores, aplausos, euforia. Perdido entre el público, asiste incógnito al acto solemne el hombre a quien la Villa y Corte debe el milagro: Bravo Murillo. Un cambio de timón en la vida política de España le había alejado del poder y nadie se acordó de él cuando se organizó la solemne inauguración del resultado de su celoso empeño; o, para decir mejor, fue cuidadosamente excluido de los invitados a presenciarla oficialmente. Eternas injusticias y eternas proyecciones de las enemistades políticas.

CARAJO, ¡QUÉ VOZ!

Mientras Isabel II firmaba un decreto al conde de San Luis, le dijo sonriente:

—Me han dicho que tienes un hijo muy simpático.

—No, Majestad, es un demonio que me tiene harto.

—Tráemelo mañana, quiero conocerlo.

—Señora, le pido que me exima de ese deber. No respondo de la cortesía de mi hijo.

—Tráemelo mañana.

—Majestad…

—Te espero mañana con él.

—Ya han dicho a la reina cómo eres y me ha ordenado que te lleve mañana a su cámara. No puedo negarme. Pero tú no me pones en berlina en palacio. Estoy cansado de tus groserías. Mañana no dices sino «Sí, señora», «No, señora», «Sí, Majestad», «No, Majestad»… Como, digas una palabra más alta que otra te vas a arrepentir.

La Reina Castiza ha empezado su picaresco interrogatorio al vástago de Sartorius. El diablillo había aprendido bien la paterna lección y no salían de sus labios sino frases respetuosas. San Luis respiraba tranquilo. Todo iba bien. «Sí, señora», «No, Majestad», repetía el muchacho.

—Me habían contado que tu hijo era un demonio y es un santo. Quiero que le conozca el rey.

—Mira Paco —dice la reina, al llegar don Francisco— me habían dicho que el chico de San Luis era un desvergonzado y es un ángel.

El real cónyuge acaricia al muchacho, asiente a las frases de doña Isabel y, con voz atiplada, repite:

—Sí, parece un ángel.

Ante aquellas aflautadas palabras el diablillo olvida todas las recomendaciones hogareñas, mira de abajo arriba a don Francisco y exclama:

—Carajo, ¡qué voz de marica!

UN MENSAJE A NARVÁEZ

Un ujier alcanza a don Ramón Narváez un pliego sellado con las armas reales. El duque de Valencia, Presidente del Consejo de Ministros de Su Majestad Católica, Isabel II, rompe el lacre del pliego, lo desdobla y lo lee. A medida que avanza en su lectura, se deja ganar por una evidente irritación. Entre otras cosas, el rey consorte, don Francisco, le dice en él: «La reina acaba de tener un hijo, pero, como no es mío, estoy decidido a no reconocerle como tal». Narváez se levanta de su sillón, toca una campanilla y ordena:

—Que preparen la berlina, voy a salir en el acto.

Vuela a palacio. Sin demora, se entrevista con el autor del pliego y, tras algunas amenazas —¿un castillo?, la charla entre el autoritario don Ramón y el débil y afeminado don Francisco nos es desconocida—, el rey entra en la alcoba regia; sale llevando en brazos al hijo de la reina y le presenta a la Corte sin demora.

—Claudio, no sé si he actuado bien o mal. El mensaje del rey a Narváez se guardaba en el archivo de mi pariente, el actual duque de Valencia. Lo encontré en él buscando otras cosas y no resistí la tentación de destruirlo. Era un duro testimonio contra la dinastía. Pero he hecho desaparecer un documento histórico de enorme valor. ¿Qué te parece?

—No sé qué decirle. Yo no lo hubiese destruido. No me habría parecido lícito hacer desaparecer un texto de trascendencia histórica. Pero no se preocupe. Nadie ignora que don Alfonso no era hijo de su padre; quiero decir, de su padre legal. Todo el mundo sabe de quién lo era en verdad. Y lo supo, claro esta, el mismo Pacificador. Por lo demás, ¿conoce usted la anécdota de Alfonso VI de Portugal y de la madre Paula?

—No.

—Alfonso VI había engendrado en la madre Paula a los meninos de Palhavã —su palacio es hoy Embajada de España en Lisboa—. La madre Paula usaba y abusaba de la situación en que sus deslices la habían colocado para obtener de su ex regio amante diversos favores, rentas y mercedes. Alfonso VI se cansó de la liviana y pedigüeña abadesa y un día dijo a los hijos de sus sacrílegos amores: «Es la última vez que atiendo a vuestros ruegos; decid a vuestra mandante que *los hijos de rey no tienen madre*». Los meninos de Palhavã trasmitieron a su progenitora el mensaje paterno. La abadesa lo escuchó sonriente y exclamó «Esta bien, no volveré a

importunarle, pero decidle que, si los hijos de rey no tienen madre, los hijos de puta no tienen padre».

TELEGRAMA A LA MUERTE DE NARVÁEZ

¡Infierno, 3 tarde!

Ha llegado Su Excelencia
El Gran Duque de Valencia
Y le están poniendo el rabo.
Se espera con impaciencia
Al Señor González Bravo.

POR NO SINGULARIZARME

La emperatriz Eugenia almuerza en Biarritz con un grupo de españoles distinguidos. Se habla de la condesa de Compoalange, dama de la Corte de Isabel II, y su émula en aventuras amorosas. Unas palabras sibilinas de Adelardo López de Ayala mueven a la emperatriz a interrogarle así: «Pero, Adelardo, ¿tú también?» El interpelado suspende en el aire el tenedor con que iba a llevar a la boca una presa, y responde: «Señora, por no singularizarme».

¿NO HAN OÍDO USTEDES CASCABELES?

Por la carretera de Logroño a las Vascongadas pasean una tarde de setiembre de 1868 don Baldomero Espartero y algunos amigos. El general se detiene en su lento avanzar y pregunta a sus contertulios.

—¿No han oído ustedes ruido de cascabeles?

—Duque, no hemos oído nada.

Prosiguen la lenta caminata conversando de las últimas noticias sobre el alzamiento contra la reina que parece triunfar y extenderse.

Don Baldomero se detiene y vuelve a preguntar a los amigos.

—¿Pero no oyen ustedes cascabeles?

Los compañeros de paseo vuelven a decir que no han oído nada, tras mirarse inquietos entre sí ante la repetición de la pregunta.

Pero, cuando Espartero se detiene por tercera vez e interroga de nuevo sobre el repicar de cascabeles, el más íntimo de los amigos se atreve a preguntarle.

—Pero general, ¿qué le pasa? ¿Por qué nos ha hecho ya tres veces la misma pregunta?

—Es que espero el coche en que la reina, tras abdicar en él, va, sin duda, a enviarme a su hijo para que le proclame rey constitucional y le sostenga y ampare como tal.

—Claudio, he oído contar esta anécdota a mi paisano, el mismo Espartero. ¿Qué te parece? ¿Se habría salvado la monarquía, evitando la guerra civil y la República?

—No sé, tía Filomena —era tía bisabuela y alternaba su vida entre Madrid y San Vicente de la Sonsierra, el único pueblo liberal al norte del Ebro, donde había nacido—. Quiza sí. Pero don Baldomero, como tú le llamas campechanamente, soñaba al esperar que doña Isabel le confiase a don Alfonso.

En las postrimerías del reinado del último rey no faltaron Esparteros que anhelaron y esperaron un gesto de don Alfonso XIII parejo al que deseó y esperó en vano el duque de la Victoria en setiembre de 1868.

¡VIVA EL REY!

Un viejo republicano abulense: don Lucio Sánchez-Albornoz, presencia, perdido entre la multitud, la entrada triunfal en Madrid de don Alfonso XII, *el Pacificador*. Al paso del cortejo vitorea estentóreamente al joven soberano un hombre del pueblo situado junto a mi tío abuelo. No puede éste contener su mal humor, da un codazo en el estómago a su vecino y le dice:

—Carajo, ya estoy harto de oírle gritar: ¡Viva el Rey!

El agredido física y verbalmente no se irrita y responde a su agresor.

—No se enfade, señor. ¡Esto no es nada para lo que yo grité el día de la Federal!

CUATRO CURAS ESQUIROLES

Había muerto la reina Mercedes, primera mujer de Alfonso XII. Era alcalde de Ávila mi abuelo y decidió organizar unos funerales solemnísimos. En Ávila, había un cabildo catedral y cuatro conventos de frailes, muy nutrido el de los carmelitas de Santa Teresa y más aún el de Santo Tomás donde se formaban los dominicos de Filipinas; había asimismo ocho parroquias y más de una docena de capellanes de conventos de monjas. Mi abuelo no encontró cuatro sacerdotes que quisieran cantar el funeral y hacer el sermón de honras por la Reina Católica; todos eran carlistas. Y hubo de viajar a Madrid para contratar cuatro curas esquiroles que le sacaran del aprieto. Se los procuró el padre Ruiz Zorrilla, hermano del famoso republicano y que ejercía autoridad en las Escuelas Pías. Y sólo así se pudieron hacer en Ávila las honras fúnebres debidas a la reina Mercedes. La numerosa grey clerical de la ciudad no perdonaba la tolerancia religiosa de la monarquía.

SON ESPAÑOLES…

Un secretario lee en el Congreso el artículo de la Constitución de la monarquía restaurada que empezaba así: «Son españoles…» Apenas ha pronunciado estas palabras, Cánovas, que está a la cabecera del Banco Azul, con su habitual ceceo, las apostillas dirigiéndose al ministro de Estado, sentado junto a él: «Los que no pueden ser otra cosa».

—Toda la política de la Restauración se basó en el enorme pesimismo que esta explicación reflejaba —me decía mi informante al referirme la frase de Cánovas—. Historiador de la decadencia de España y testigo de los últimos tiempos del reinado de Isabel II y de sus coletazos revolucionarios —añadía —, Cánovas no podía tener fe en el pueblo español.

EL PACTO DEL PARDO

Agoniza en el Palacio del Pardo Alfonso XII. Junto a su cama llora la reina Cristina. A los pies del lecho se halla el doctor Camisón. El enfermo no ha perdido el conocimiento. Probablemente piensa en el mañana de su dinastía. Quizá en un vuelo de la mente, ha repasado las dificultades que crearon a los Borbones españoles las liviandades de su madre, de su abuela, la Reina Gobernadora, y de su bisabuela, María Luisa, esposa de Carlos IV. Y, tomando la mano de su esposa, no sin esfuerzo, le dice:

—Cristinita, no llores, todo puede arreglarse en bien de nuestros hijos y de España. Guarda el coño, y de Cánovas a Sagasta y de Sagasta a Cánovas.

¡SI ENTRA PRONTO PAPÁ EN EL PODER!

Fines de siglo. Turno pacífico entre liberales y conservadores. Los *ministrables* de los dos partidos esperan su hora «de entrar en el poder» —la *entrada a* que se refería el fracasado seductor de «Agua, azucarillos y aguardiente», en un vals que todavía recordamos los viejos—. Crisis política. Sagasta encargado de formar gobierno. Le visitan los correligionarios para felicitarle y para hacer la silenciosa o parlera petición de un «alto cargo». En el portalón de la casa de Sabau —Plaza de Celenque, 3— esperan sus amigos a uno de los interesados visitantes de Sagasta, con la esperanza de que, conseguida por él una poltrona ministerial, cayeran hasta ellos algunas migajas del poder: una subsecretaría, un gobierno civil… «¿Eres ministro?», le preguntan a quemarropa. «No». «¿Estás seguro?» «Sí; don Práxedes me ha preguntado por mi mujer. ¡Vanas cortesías! ¡Si me reservara una cartera...!»

CONDECORACIONES

Gran fiesta en palacio. Los más variados uniformes nacionales y extranjeros. Los más diversos fracs, con pantalón largo los de ministros y parlamentarios. Muchas condecoraciones, entre las que destacan las artísticas medallas de los cortesanos que pertenecen a una de las Reales Academias. El presidente del Consejo, Sagasta, cruza su pecho con una banda blanca al besar la mano de la Reina Regente. Doña Cristina le aplica los impertinentes mientras cambia con él unas palabras corteses. Está intrigada. Es experta en el conocimiento de todas las condecoraciones de la época. Y no sólo en el de las españolas, del Toisón de Oro, Carlos III, Isabel la Católica, San Fernando, San Hermenegildo, sino en el de todas las de Europa. Distingue incluso las procedentes de monarquías africanas o asiáticas, y no logra identificar a cual de tales grandes cruces corresponde la banda que adorna el frac de su primer ministro. Al cabo no puede contenerse y le dice: «Sagasta, confieso mi fracaso. Conozco todas las grandes condecoraciones del mundo y no acierto a saber cuál lleva usted». Sagasta se abre el frac, mira la banda y responde: «Perdón, señora, me he equivocado. Me he puesto la banda de la primera comunión de Angelita, mi hija».

SAGASTA Y VILLACAMPA

En el despacho de la Presidencia del Consejo de Ministros conversaba mi abuelo con Sagasta cuando un secretario interrumpió la plática para comunicar, alborozado, al presidente que había sido detenido Villacampa, general republicano que se había levantado en armas contra la monarquía durante la regencia de la reina Cristina. Sagasta perdió el color del rostro e injurió a los jefes torpes que no le habían dejado huir a Portugal.

—¡Necios! —gritaba—. ¡Vaya conflicto para la realeza y para mí! Si no le fusilo, sufrirá la disciplina, y… no puedo fusilarle, sería hacer un mártir.

CASTELAR

En el Salón de la Conferencia del Congreso. En una charla intrascendente un grupo de diputados confiesa sus flaquezas. Sus flaquezas cuando inician sus discursos parlamentarios. Uno declara:

—Yo siento vértigo cuando empiezo a hablar y debo agarrarme al pupitre que tengo ante mí para tenerme firme.

Otro afirma:

—Yo siento unas palpitaciones que me ahogan. Sólo al cabo de un rato me sereno.

Un tercero reconoce sus urgencias mingitorias antes de iniciar sus discursos. Se acerca al grupo Castelar. Se produce un silencio.

—¿Estaban ustedes hablando de mí?

—No, don Emilio —replica el más amigo.

—Les he oído charlar animadamente y se han callado al acercarme yo.

—Pues no hablábamos mal de usted.

—¿De qué hablaban?

—De algo que usted no puede comprender; de nuestras miserias y miedos cuando empezamos un discurso en el Salón de Sesiones. De algo que el más grande orador del Parlamento no puede ni siquiera sospechar.

—¿Ustedes creen eso? Se equivocan. —Y con voz atiplada los deja estupefactos al afirmar—: Pero si yo me meo en los pantalones al empezar a hablar.

EN EL VATICANO

Sagasta no pudo hacer ministro una vez a Groizard, uno de sus amigos, y le envió a representar a España en Roma. Con el ceremonial acostumbrado entonces, el nuevo embajador presentó sus cartas credenciales y, como era de rigor, el Papa le recibió luego en audiencia privada. León XIII habló a Groizard en italiano, pero Groizard no entendía el italiano. El Papa, que había sido diplomático y que era un espíritu cultivado y sutil, habló entonces en francés al amigo de Sagasta; pero Groizard tampoco comprendía el francés, León XIII, al ver las hebras de plata que ornaban la cabeza del embajador de España, pensó: «Este viejo debe saber latín». Pero el político sagastino ignoraba el latín. El Papa se volvió entonces al cardenal Rampolla, secretario de Estado, y le dijo en italiano:

—Pero ¿qué habla este hombre?

Rampolla, que había sido nuncio en Madrid y que conocía al frustrado ministro de Sagasta, contestó a León XIII.

—Santidad, un estúpido dialecto español que se llama el extremeño.

EL CUÑADO DE GAMAZO

Cánovas conversaba con un amigo a la cabecera del Banco Azul, en el Congreso.

—Desengáñese usted —le decía ceceando—, los franceses son unos españoles con dinero.

Pero, antes de que iniciara su alegato en pro de su tesis, le sorprendieron las palabras de un joven diputado de esbelta figura, negra barba, ojos brillantes y bien timbrada voz que, desde la minoría liberal, había iniciado una oración parlamentaria. Cánovas le escuchó con interés, sorprendido del juego de las ideas y de la belleza de la forma.

—¿Quién es ese diputado que está hablando? —preguntó.

—¿No le conoce usted? —le replicó su amigo—. Es Maura, el cuñado de Gamazo.

—Pues pronto será Gamazo el cuñado de Maura.

VERANEO DE SAGASTA

Una deliciosa noche estival. El Mercado Grande iluminado por arcos voltaicos. Abulenses y veraneantes pasean por él a su placer presididos por la estatua de Santa Teresa. Charlas y galanteos. La banda de la Inclusa, dirigida por Críspulo, ¡toca! los últimos pasodobles a la moda. Desde un balcón de su casa contempla el ir y venir de la colmena humana don Práxedes Mateo Sagasta, jefe del Partido Liberal, que veranea en Ávila. Le acompañan algunos primates de su grey. Entre ellos, don Segismundo Moret y Prendergast, espíritu cultivado, gran orador y melómano. Le torturan las desafinaciones de los pobres incluseros. Dirigiéndose a Sagasta le dice:

—No puede haber una banda peor que ésta.

—Usted y yo oiremos pronto otra peor —le replica irónico Sagasta.

—¿Dónde, cuándo, cuál?

—Aquí —le replica—, al oír esta misma el año que viene.

GASTOS ELECTORALES

La gran sala de billar de una vieja casa de Ávila. Cubren los dos más importantes lienzos de sus muros una antigua y excelente copia de *La Bacanal* de Tiziano y una gran Ceres de escuela española del siglo XVII. En las otras paredes, paisajes de la escuela francesa del siglo XVIII. En dos ángulos, un busto marmóreo del primer marqués de la Constanza, obra de Álvarez, y otro en yeso del abuelo Campomanes. Bancos forrados en roja pana. Algunos sillones. Y en el centro la gran mesa de billar con troneras para jugar no a carambolas sino a palos.

El rapacillo rubio que era yo ha advertido muchas idas y venidas desde la galería de la casa a la sala de billar. Se ha atrevido a penetrar en ella. Gran sorpresa que paraliza sus movimientos y sus pensamientos. La mesa de billar esta cubierta de muchos montones de «duros», cuya plata brilla bajo las todavía tenues luces eléctricas.

Advierte su presencia y su asombro su padrino. Se separa del grupo que cuenta y agrupa las monedas. Viene a mí, me besa y me dice: «No te asombres. Acabamos de conseguir en dura lucha que tu padre —era su cuñado y su principal agente electoral— salga diputado contra el deseo del gobierno. En los pueblos, los amigos para festejar el triunfo matan un choto, se comen unos kilos de pastas y se beben unas arrobas de vino. Y hay que pagar eso y otros muchos gastos que la lucha ocasiona. Cuando seas mayor te tocara hacer lo mismo. Lo mismo que hizo ya tu abuelo y que hace ahora tu padre».

El chiquillo de entonces ha pensado muchas veces en la gran mesa de billar cubierta de montones de duros. Y ha meditado sobre los grandes dispendios que la lucha política exigía por pura vanidad de proseguir una tradición, sin el menor espíritu de medro. Porque de ordinario los viejos políticos de la Regencia murieron arruinados. Se cuentan con los dedos de la mano los que se enriquecieron.

¡Una gran mesa de billar cubierta de montones de duros! No había aún triunfado la era del billete de banco y estaba aún lejos la era de los cheques.

SEÑORÍOS

Mi madre no amamantó a ninguno de sus nueve hijos. Mi nodriza fue una fuerte labradora de Solosancho. Situado éste a más de cuatro leguas de Ávila, desde el destete —con acíbar y en Aranjuez— Ignacia acudía cada verano a verme y a solicitar ayuda pecuniaria de mis padres. No era yo aún estudiante de bachillerato cuando mi ama de cría se presentó lacrimosa a pedirme algunos duros.

—No puedo más, Claudio. Estoy en la miseria; he debido vender las puertas y las ventanas de mi casa —me dijo.

—Pero estas loca —le repliqué—. ¿Por qué has vendido sólo las puertas y las ventanas de tu casa?

—La casa es del duque.

No comprendí a la sazón la triste realidad que encerraban sus palabras. Cuando en 1911 escuché a Hinojosa comentar el Fuero de León, y más aún cuando leí otros fueros municipales, supe valorar la tragedia de Solosancho. El pueblo era de señorío del duque de la Rosa, y sus moradores vivían en las primeras décadas del siglo XX como los labradores de *Solango* del XI y del XII, quienes sólo eran dueños de las maderas que empleaban en las ventanas y las puertas de sus pobres moradas.

PRIMERA LECCIÓN PATERNA DE DEMOLIBERALISMO

Una calle de Madrid lleva de la Puerta del Sol a la plaza de Oriente. A la entrada, afeándola, las traseras del Caserón de Oñate. Por donde antes corría un arroyo, entre un arenal, pasan ahora cortesanos y políticos, rumbo al Palacio Real y al Senado. Las más célebres confiterías de la Corte. Lujosos «Can d'aus» y «Simones» populares. Algunas levitas y chisteras, de senadores que van y vienen de la Cámara Alta. Un niño camina por la calle, frente al palacio de la Castroenríquez, junto a un señor de recia arquitectura, de puntiaguda barba negra y de grandes mostachos. Acaba de descubrir en el colegio los rudimentos de la geografía política de Europa. Sin malicia dice: «Padre, ningún régimen mejor que el gobierno del pueblo por un hombre: gobierno de muchos, mal gobierno». Repite las palabras oídas al maestro que es todavía absolutista. El padre del niño se detiene y le replica «Qué dislate. No hagas caso de esas estúpidas lecciones. Deben gobernar los pueblos los mejores, seleccionados, libremente, por los pueblos mismos. El rey encarna el pasado, la historia, la grandeza de España y evita las ambiciones masónicas. Por encima de los partidos preside los vaivenes de la opinión pública; pero a condición de que deje regir los destinos de la nación a los que el pueblo quiere. Cuando los reyes gobernaban lo hacían en su nombre, de ordinario, no los mejores sino los más aduladores, los que vosotros, en el colegio, llamáis "pelotilleros"».

Han pasado muchos años, el niño no ha olvidado jamás la primera lección del maestrazgo político paterno.

EL REY MOJADO

Estaba anunciada la próxima llegada del rey a Ávila para hacer su primera entrada solemne en la ciudad que había dado asilo durante sus turbulentas minorías a sus homónimos antepasados Alfonso VII, Alfonso VIII y Alfonso XI. Mi padre era entonces senador. Hizo construir una tribuna en la verja del patio de su casa para congregar allí a toda la familia, a fin de que aclamasen al monarca, y encargó a Madrid las canastas de flores que debían ser arrojadas en honor de don Alfonso. Todo estaba previsto menos un detalle importantísimo. Para conservar frescas las flores llegadas a Ávila con demasiada antelación, mi madre las hizo regar, pero nadie se cuidó de secarlas antes de la jornada decisiva.

El rey llegó a Ávila en un tren especial. Le esperaban todas las autoridades abulenses. Tomó asiento, con el alcalde, en un landó descubierto. Y se inició la marcha hacia la vieja urbe. Faltaba poco al real cortejo para acercarse al Arco del Alcázar donde había de recibir solemnemente las llaves de la amurallada ciudad de Teresa de Jesús, cuando de pronto ocurrió lo que nadie había esperado que pudiese ocurrir. Al pasar delante de nuestra casa, el rey y el alcalde, que venían sonrientes agradeciendo los vítores del pueblo, hubieron de defenderse con las manos de la lluvia de flores mojadas que disparábamos con furia entusiasta contra ellos. Y mi padre hubo de resistir impávido la burla del monarca al saber desde dónde había sido bautizado.

A buen seguro que durante los diversos atentados que don Alfonso sufrió en el curso de su largo reinado no recordó jamás el inofensivo padecido en la ciudad que se intitulaba «Ávila de los caballeros» pero también «Ávila del Rey».

EL HARÉN DE SU MAJESTAD

Han llegado a Madrid las embajadas que van a asistir a la coronación del joven rey Alfonso XIII. Entre las misiones diplomáticas que están ya en España figura la enviada por el sultán de Marruecos. Algunas de tales embajadas son invitadas a presenciar en palacio el desfile de la corte, en una de las solemnidades dominicales de rúbrica, cuando los reyes acuden a oír misa en la capilla real. Es brillante el cortejo. Le abren los gentileshombres, les siguen los mayordomos y los Grandes de España; tras ellos van la Reina Regente y su hijo don Alfonso; a continuación se agrupan las damas de doña Cristina y le cierran los alabarderos. Gran variedad de uniformes. Los Grandes, caballeros de las Ordenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, aparecen cubiertos con grandes mantos blancos ornados con las cruces características de cada una de ellas. Alguno intenta epatar a sus colegas, con el sobrio uniforme de académico, cuando ha sido elegido para honrar con sus blasones a una de las Reales Academias. Las damas de la reina ostentan sus largos y magníficos trajes de corte y se cubren con magníficas mantillas blancas. Brillan las lanzas y espadas de los alabarderos… Al terminar el desfile los diplomáticos que acompañan a los embajadores de Marruecos les preguntan qué les ha parecido la corte y se asombran al escuchar de sus labios estas palabras: «Espléndida, pero qué averiado tiene el harén Su Majestad». Habían juzgado pertenecer a él las nobles damas de doña Cristina —esposas de Grandes de España o Grandes ellas por su nacimiento — que, naturalmente… no eran jóvenes.

LOS ODIOS DEL PROFESOR

A última hora de la mañana hacía su clase de Historia de España don Juan Ortega y Rubio en el Caserón jesuítico de la calle San Bernardo. El viejo profesor, que, sin orden ni concierto, hablaba cada día de lo que le venía en gana —desde Aníbal hasta Goicoechea—, gustaba de trazar estampas literarias. Me parece oírle referir la batalla de Clavijo, los desplazamientos de Santa Teresa en sus fundaciones y la entrada de Napoleón en Chamartín.

Una saeta mataba en Clavijo al rey Ramiro su cabalgadura; el soberano pedía otro caballo, don Juan se perdía en el relato, hacía al monarca cristiano requerir nuevos corceles, y al cabo, cuando por tercera o cuarta vez una flecha obligaba a Ramiro a desmontar, toda la clase exclamaba: «¡Otro caballo!»

Presentaba a Napoleón sobre uno blanco muy hermoso, con las bridas en la mano izquierda y oculta la otra en su capote a la altura del pecho; pero como su mente a veces tenía ya lagunas proseguía el relato añadiendo al gran corso una tercera mano, adición que a coro era interrumpida por la clase con gritos de «¡Don Juan, Napoleón sólo tuvo dos manos!»

Padecía Ortega y Rubio fobias especiales, odiaba a Torquemada, a Felipe II y a Fernando VII. Es inolvidable el colofón con que apostilló su curso. «Como resumen de mis ideas sobre la historia patria debo decirles algunas palabras. *¡Pídanme ustedes que perdone a Torquemada! ¡¡Torquemada!!* (repetía, guardaba silencio, meditaba y exclamaba con dramatismo). ¡Le perdono! *¡Pídanme ustedes* —proseguía— *que perdone a Felipe II! ¡¡A Felipe II!!* (continuaba con un trémolo dramático, volvía a guardar silencio, a meditar y repetir con énfasis). *¡Le perdono! ¡Pero pídanme ustedes* —terminaba— *que perdone a Fernando VII y a ese canalla miserable, no le perdono!*» Daba un puñetazo en la mesa, se levantaba, se cubría y abandonaba el aula.

UN ALCALDE QUE NO CREÍA EN DIOS PERO SÍ EN EL DIABLO

Se había cometido un delito en Colmenar de Oreja. El alcalde del pueblo había sido llamado a declarar.

—¿Juráis decir verdad en cuanto os sea preguntado? —le interrogó el presidente de la audiencia.

La sala y el público se asombraron de la respuesta negativa.

—No, no juro —dijo— porque yo no creo en Dios.

El presidente le replicó invocando el artículo de la ley de enjuiciamiento que castigaba con una multa a quienes se negasen a jurar. El ateo alcalde de Colmenar, ante la amenaza a su bolsillo, consintió en prestar juramento, pero haciendo constar que lo hacía por no pagar la pena pecuniaria, porque él no creía en nada.

En el curso del interrogatorio, el armero mostró al incrédulo alcalde la pistola con que se había cometido el delito para que atestiguara si era o no de la propiedad del criminal. Como el armero se la mostrase con el cañón dirigido hacia el pecho, el alcalde ateo desvió con la mano la dirección del arma. La escena se repitió tres veces; tres veces el testigo que no creía en Dios apartó con la mano el cañón de la pistola con la que, distraída o intencionalmente, le apuntaba el armero. A la tercera vez éste le dijo:

—Hombre, no tema, aquí las armas están siempre descargadas.

Pero, entre las sonrisas de la sala y del público, el alcalde de Colmenar de Oreja respondió muy serio:

—Sí, pero a veces las carga el diablo.

Y la prensa madrileña regocijó a todos al día siguiente con un suelto así encabezado: «Un alcalde que no cree en Dios pero que cree en el diablo».

Su respuesta fue superada andando el tiempo por un anarquista español desterrado en Puerto Rico a quien los protestantes hacían la corte para que ingresara en sus filas.

—Si yo no creo en la religión católica que es la verdadera, ¿cómo me voy a hacer protestante? —les respondió muy serio.

SILVELA

—Me han encargado preguntarle qué le parece el proyecto de casar al rey con una inglesa.

Así se dirigió un día cualquiera de 19… a don Francisco de Silvela un amigo personal y político. Silvela era jefe del partido conservador y era normal que se deseara conocer su opinión sobre el problema de la boda de don Alfonso XIII. Enfrentado con Cánovas, le había sucedido en la jefatura de los llamados liberalesconservadores. Era hombre sagaz pero pesimista sobre sus connacionales. Había hablado de la España sin pulso. No tenía demasiada fe en la dinastía a quien servía; no en vano había vivido la segunda mitad del siglo XIX. Había enviado a Filipinas a un capitancito que, ambicionando convertirse en un nuevo Godoy o en un nuevo duque de Riansares, había empezado «a poner los puntos sobre las íes» a doña Cristina. Esta ni siquiera se había dado cuenta del asedio, pues en verdad merecía el apodo de «Doña Virtudes» con que era conocida. Pero no faltó quien le refiriese el gesto de Silvela y no le perdonó nunca el haber dudado de ella. Don Francisco era además cáustico en sus expresiones. No podemos por ello sorprendernos de que al escuchar la consulta del amigo sobre el proyectado matrimonio de don Alfonso con una princesa de Inglaterra, sin vacilar contestara riendo.

—Me parece perfecto y, si logran que venga ya embarazada de un inglés, todavía mejor.

OTRO LOCO

Los ujieres que custodian la puerta del Senado no, han reparado en un hombre de edad indefinible y turbia mirada que ha cruzado entre ellos y ha penetrado en el salón central del edificio. Entran en éste tantas gentes: senadores; empleados, periodistas… El desconocido avanza sin que a nadie sorprenda su presencia. Tuerce a la izquierda muy tranquilo, penetra en el Salón de Sesiones y sin titubear se sienta en el Banco Azul. El Senado sestea. El presidente ocupa su alto sitial protegido de las corrientes de aire por una magnífica mampara de cristal desde que el friolero Montero Ríos llegó a la presidencia. Un secretario está dando órdenes a un ujier para que suba una caja de caramelos de La Pajarita a una elegante dama que contempla la sesión desde una tribuna. Un orador se ocupa en tono menor del presupuesto de la armada. De pronto, todas las miradas se concentran en el intruso desconocido que se ha sentado en el banco de los ministros, no lejos del de Marina, único miembro del Gobierno que asiste a la sesión. El secretario detiene la caja de caramelos en la mano, el orador interrumpe su discurso, el Presidente del Senado frunce el ceño, el almirante se ha quedado perplejo ante la presencia del incógnito y temporal colega del escaño ministerial. Gran revuelo. Es un pobre loco que no sin esfuerzo sacan del salón y del Senado y, en un coche, llevan a una casa de socorro. En nombre del Presidente, el Oficial Mayor increpa a los ujieres de la puerta por su descuido al haber dejado entrar a un loco en la Alta Cámara. Y durante Semanas es severo el celo con que se vigila a los que intentan penetrar en ella.

Crisis ministerial. Un viejo general es llamado otra vez a los consejos de la Corona. La plaza del Senado. Una tarde abre la puerta e intenta penetrar en la Cámara Alta un sujeto extraño. Bajito, viste una levita mal cortada y ya con brillo. Los pantalones le caen arrugados sobre las botas y una chistera casi prehistórica le cubre la cabeza. Al intentar entrar en el Senado dos ujieres le detienen.

—¿Dónde va usted? —le preguntan.

—Soy el ministro de la Guerra —les responde el viejito estrafalario.

Sueltan una carcajada y exclaman a coro.

—¡Otro loco!

Pero no era un loco. Era el general Weyler, tan poco cuidadoso de su indumentaria como celoso de su plata. Sus hijos le engañaban, diciéndole que

habían visto en El Rastro un uniforme que debía irle bien; el que antes habían ellos llevado allí y pagado para que «el otro loco» lo comprara por dos reales.

ES QUE LO SOY

Tarde de estío madrileña. Están llenas las terrazas de la Maison Dorée, del Lion d'Or, de la Granja del Henar. Gran consumo de sorbetes, de cerveza, de horchata de chufas. En torno a una mesa, charla de mujeres y de política un grupo de amigos. En la mesa vecina se sienta un hombre joven, mal afeitado y mal trajeado. Con aire distraído arroja descuidado su gabardina sucia y vieja en la silla vacía, pero lo hace con tan mala fortuna que tira el vaso de leche merengada de uno de los contertulios de la terraza del Lion d'Or. El perjudicado le increpa con una frase muy madrileña.

—Carajo, ni que fuera usted el duque de Osuna.

Con gran asombro de los amigos del gustador de la leche helada, el interpelado contesta.

—Es que lo soy.

Y lo era. Era Marianito Téllez Girón, duque de Osuna, tras la ruina de la casa ducal, por los despilfarros de quien en el siglo XIX había llevado el título, siglos antes honrado por el contemporáneo de Quevedo. Sí, por descuido personal del último vástago de la noble familia, el joven mal afeitado y mal trajeado que con su gabardina vieja y sucia había provocado la clásica exclamación madrileña, no había mentido al responder desafiante: «Es que lo soy».

EL SENADO Y LA GRAN PEÑA

Sobremesa en el palacio del duque de X. Mientras toma el café con el marqués de S, su huésped en un invernal día madrileño, le dice tras un silencio embarazoso.

—No te veo nunca por el Senado.

—No soy senador.

—Pero ¿por qué? Eres Grande de España, sólo tienes que presentar tus papeles y una justificación de poseer más de 25 000 pesetas de renta —tienes diez veces más— y jurarás como senador al día siguiente. Los Grandes somos senadores por derecho propio.

Silencio.

—No sé. Sabes que me he hecho hace un año de la Gran Peña y no voy nunca.

TOLERANCIA POLÍTICA

Cuplés contra Maura

EL LORO SABIO

¿Quién es uno, de Mallorca,
Que presume de elocuencia,
Que organiza unos viajes
Que ni «La Correspondencia»,
Que gasta chaleco aterciopelado
Y que en Barcelona fue muy bombeado,
Que huye de la prensa
Como del demonio?
Don Antonio
¡Qué animal!
Discurre lo mismo
Que un municipal.

DE LA CORTE DE FARAÓN

En Babilonia los ministerios
Entran y salen tan de repente
Que el que preside por la mañana
Ya por la tarde no es presidente.
De estos trastornos ministeriales
Dicen que tiene la culpa toda
Un astro errante llamado Maura
Que es un cometa con mucha cola.

¡LO QUE HA TENIDO QUE ESTUDIAR NICOLÁS!

A comienzos de la segunda década del siglo, mi padre decía una tarde en el Senado un discurso de oposición al presupuesto de Marina. Mientras los senadores escuchaban su monocorde perorata —mi padre no fue nunca orador —, el conde de Bernard, muy amigo suyo y compañero de minoría, dijo a otro colega en voz bastante alta (le escucharon los periodistas).

—Lo que ha tenido que estudiar Nicolás esta semana, porque hace diez días no sabía nada de esto.

El conde de Bernard tenía razón. Mi padre era hombre de tierra adentro. De niño, su tío y padrino, don Nicolás Hurtado, le había obsequiado con un real nombramiento de guardiamarina; en la corte de Isabel II «no se paraban en barras». Pero tal nombramiento no sirvió sino para que le hicieran un galano uniforme y le retrataran con él. ¡Quizá como proyección de su infantil designación no se mareó nunca en sus travesías marítimas ni siquiera cuando, de Algeciras a Ceuta, cruzaba el turbulento Estrecho de Gibraltar para visitar a mi hermano, capitán de Regulares en Marruecos! Con su atuendo, su gorra blanca, su pipa, sus bigotes y su aplomo había dado algunos chascos a los marinos de las rías gallegas que le saludaban como a un almirante. Pero, nacido y criado en Ávila de los Caballeros, nunca se había interesado por los presupuestos del Ministerio de Marina. Una orden del jefe de la minoría le había metido en el fregado, durante el cual había sorprendido al conde de Bernard.

¡Decimonónico régimen parlamentario! ¡Deberes y derechos de la oposición de S. M.! ¡Un hidalgo abulense metido a discutir sobre cosas de la mar… de las que no sabía! Improvisaciones. ¡Bromas de amigos! Pero no cambiaron las cosas en las Cortes de la República a pesar de la pléyade de profesores que a ellas fuimos enviados.

¡VIVA LA LIBERTAD!

El proyecto de Canalejas sobre la escuela laica había dado ocasión a una campaña de agitación católica en toda España. Se sucedían los mítines y las manifestaciones en todo el país. Naturalmente, en Pamplona fueron muy nutridas las concentraciones populares. Se organizó un gran desfile al que se congregó a carlistas, integristas y conservadores. Le presenciaban, mas que asombrados, curiosos los pocos republicanos de la ciudad. De pronto, entre las masas que desfilaban, se oyó un grito de: «¡Viva la libertad!» y se vio caer molido a palos a un hombre. Quienes se hallaban junto a él le dieron tantos garrotazos que hubo de ser llevado rápidamente al hospital. A él acudieron en seguida los republicanos de Pamplona para brindar ayuda al supuesto correligionario que se había aventurado a desafiar a los salvajes reaccionarios navarros.

—Pero ¿cómo te has atrevido a gritar *viva la libertad* rodeado de carlistas? Has cometido una locura.

—¡Qué locura ni qué cuernos! Yo soy también carlista y he gritado *¡viva la verdadera libertad!* Pero no me oyeron bien y me han deslomado. Yo habría hecho lo mismo.

DUELO VERBAL

En el Congreso de los Diputados. El presidente en su alto sitial. Los maceros detrás, solemnes y estatuarios, manteniendo una remota tradición y simbolizando la autoridad de los representantes del pueblo frente a la monarquía. El gobierno abajo, junto al hemiciclo, en el llamado «Banco Azul». La Cámara esta al tope. De pie ante su habitual escaño en el pasillo central que baja de la puerta del reloj, el jefe del partido conservador, Maura, luce su esbelta figura bajo una levita bien cortada. Un mechón de su argéntea cabellera se eleva como una interrogación sobre la amplia frente. Trianguliza su rostro una puntiaguda barba blanca. En ese instante acomete verbalmente al Presidente del Consejo de Ministros, don Álvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones.

—Su Señoría es injusto con el gobierno —le interrumpe el agredido—. Lo comprobará cuando se siente en este puesto sucediéndome —añade.

—¡Sentarme yo ahí después de su Señoría! —replica Maura rápido y agresivo—. Se me enrojecerían las posaderas.

TUTE DE PRESIDENTES

La reina Victoria había invitado a tomar el té en Lausanne a algunos españoles distinguidos que le habían solicitado una audiencia. Supongo que habría ya perdido la costumbre de sus primeros años en España de oler la leche cuando se la servían, no sé si insegura de su calidad o temerosa de un envenenamiento. Y lo hacía incluso ante la Mesa del Senado presidida por Azcárraga, integrada por el conde Bernard y por mi padre, quienes habían acudido a la Granja a recoger la firma regia de algunas leyes votadas por las Cortes y habían sido sentados a su mesa por el rey.

Durante el té en Lausanne doña Victoria habló de los presidentes del Consejo de su esposo. El más inteligente, dijo, fue Canalejas; el más incómodo para don Alfonso, Maura —me importa acotar que había dicho muchas veces que llevaba a la Cámara Regia la voz del pueblo—; Dato, el más dúctil, y el más cortesano e insignificante, Romanones.

Entre los invitados al té por doña Victoria figuraba Gregorio Marañón (hijo); a él le debo la noticia.

CHULERIAS REALES

En la antecámara del palacio real charlan animadamente el Grande de España de guardia, el mayordomo de semana, el jefe de los alabarderos, el coronel de las fuerzas que custodian la regia morada… Ríen a su placer comentando las divertidas páginas de un libro de un salaz historiador de muy deshonestas figuras femeninas. Se abre la puerta de la Cámara y aparece en ella la figura de don Alfonso. Los cortesanos interrumpen la plática y las risas. «Estabais hablando mal de mí». El Grande de España le replica: «No, Majestad». «Os he oído charlar y reír y os habéis callado cuando yo he abierto la puerta de la Cámara». «Pero no hablábamos mal de Vuestra Majestad». «¿De qué hablabais?» Se produce un nuevo silencio… El rey insiste: «¿De qué hablabais?» El más osado de los cortesanos responde al cabo: «Señor, hablábamos del último libro de Villaurrutia sobre *La reina gobernadora*». A largos pasos don Alfonso avanza por la antecámara diciendo «Más valía que Villaurrutia se ocupara de la puta de su mujer y dejara en paz a la puta de mi abuela».

SI EL PAPA QUIERE CONDENARSE…

Almuerzo en el palacio de la vieja duquesa de T. Se sienta entre el Nuncio de Su Santidad y el marqués de Lema, ministro de Estado a la sazón. La ilustre dama, dirigiéndose al prelado, le dice:

—Monseñor va a asombrarse de que hoy comamos de vigilia. Yo sé que el Papa ha dejado reducida a los viernes la prohibición de comer carne durante los días de cuaresma. Pero, si el Papa quiere condenarse, que se condene: Yo no quiero y sigo cumpliendo, como antes, las prohibiciones establecidas en la Bula de la Santa Cruzada.

UN ZAPATERO ANTICLERICAL

En una ciudad de cuyo nombre no puedo olvidarme, vivía durante las primeras décadas del siglo un buen padre de familia, hombre honrado a carta cabal, muy amigo de sus amigos, leal y generoso. Todos conocían sus ideas, pero, incluso quienes profesaban las contrarias reconocían sus calidades humanas y le estimaban por ellas. Tenía nuestro héroe un negocio de calzado y era uno de los pocos republicanos de la vieja urbe; un republicano radical de viejo cuño, y, por tanto, anticlerical declarado y notorio. Los muchos clérigos de la ciudad no acudían a calzarse a su zapatería, y no por sabotear su modesto' negocio. No lo frecuentaban por su culpa, por su exclusiva culpa. Uno de ellos había entrado un día en su tienda con intención de hacer una compra. El zapatero radical le dejó sentarse pero, antes de que el aspirante a comprador extendiendo el pie derecho formulase su pedido, le dijo hierático y solemne:

—Yo no hago zapatos para el clero.

NI UN ADOQUÍN EN SU SITIO

Primo de Rivera quería convertir en un gobierno civil el Directorio Militar que había organizado tras el triunfo incruento de su golpe de Estado. Y no porque conociera las burlas de que era objeto aquél —en las cervecerías pedíamos «un directorio» y nos servían en un plato una copa de jerez rodeada de una serie de percebes— sino porque quería eternizarse.

Para organizar el ministerio se iniciaron lentas negociaciones. Un joven catedrático de la Central fue tentado con la oferta de una cartera. Pero sintió escrúpulos porque se hallaba embanderado en las filas del Partido Conservador. Los resolvió acudiendo personalmente a casa de su jefe, don José Sánchez Guerra.

Vivía el ex presidente del Consejo en un piso tercero de una vieja casa del barrio de Salamanca. Los políticos españoles de la época se habían distinguido por su honradez. Se contaban con los dedos de una mano los que se habían enriquecido en la vida pública. El joven profesor trepó hasta el domicilio de don José e inició con él una charla en la que fue poco a poco descubriendo su intención.

—La dictadura ha trastocado todo en España. Ha liquidado virtualmente los partidos políticos. Mis ideas no han variado. Sigo siendo un conservador. Pero, ya no me puedo sentir como militante bajo su jefatura, aunque continúe sintiendo por usted la misma admiración de siempre.

Sánchez Guerra, que conocía toda la trastienda de las palabras del joven catedrático, le replicó muy amablemente, pero con punzante ironía:

—Le comprendo muy bien. La dictadura ha sido como un temblor de tierra. Ha sacudido todo en España. No ha dejado un adoquín en su sitio.

UN MARQUÉS ESTRAFALARIO

El palacio recién construido por el marqués de PB en una vieja ciudad amurallada.

—¿Para qué me habéis hecho llamar? ¿Hay alguna mula enferma? —interroga el veterinario local a uno de los criados.

—No, todas están bien. El marqués quiere verle.

—Buenos días señor marqués.

—Buenos días Antonio.

—Me dicen que quiere usted hablarme.

—Sí, quiero que te encargues de mi salud.

—¡Qué buen humor tiene el marqués! No se burle de mí.

—Nada de buen humor ni de burlas o bromas.

—Pero, marqués…

—Los médicos de aquí son unos animales y he decidido que me cures tú.

—¡Marqués…!

—Nada de exclamaciones. Te encargas de curarme.

—¿Qué siente el marqués?

—Pero ¿tú les preguntas a mis mulas lo que sienten?

—Perdóneme, pero, el señor marqués no es una mula. No me atrevo.

—He dicho que me pongo en tus manos. Trátame como una de mis mulas.

—Marqués, cuando una de sus mulas se enferma, la hago dar un paseíto en el corral.

El Grande de España se levanta de su sillón y se pasea renqueando por su salón alhajado con cuadros, armaduras y otras antigüedades, la mayor parte falsas.

—El marqués padece un ataque de reuma.

—Claro, ya lo sé, pero ¿cómo me curas?

El veterinario saca una hoja de papel de su cartera y receta al marqués una embrocación blanca de las que daba en casos semejantes a las mulas que tiraban del coche a la Grand Dumond del divertido noble. Este mejora de sus dolores rápidamente. Y, en adelante, cuando el veterinario es requerido por los criados del ilustre magnate, siempre pregunta:

—¿Quién me precisa, el marqués o sus mulas?

NO VUELVO A ESPAÑA NI AUNQUE ME LLEVEN EN PALANQUÍN

París. Las horas tempranas de una noche. Un salón presidido por *Mme*. X. Entre los franceses dos españoles. Un príncipe y un profesor. Don Jaime de Borbón, jefe de la rama carlista que ha reivindicado durante un siglo sus derechos al trono de España. Un príncipe excomulgado por los integrantes de la «comunión» cuya jefatura ostenta; excomulgado por aliadófilo y por sus ideas políticas. Y mi fraterno amigo desde la juventud, Aurelio Viñas, que ha dejado su cátedra de Sevilla para enseñar en la Sorbona, inteligente, gran lector, gran conferenciante y gustador de la plática amena. Son presentados. Se inicia el diálogo. En un momento de la charla, el profesor dice al príncipe.

—Su Alteza tendrá deseos de volver a España.

—¿Yo a España? No. Yo no iré a España aunque me lleven en palanquín.

YO NO PUEDO CON LOS JESUITAS ESPAÑOLES

Nos encontramos a unos metros del paseo de Rosales.

—Pero, P. Villada, ¿por qué ha renunciado a su puesto en el Centro de Estudios Históricos? —le dije después de saludarle—. Estaba usted haciendo una gran labor. Su maestrazgo era ya fecundo y su *Crónica de Alfonso III*, su *Paleografía española*, su *Metodología…* nos honraban a todos. Todos le estimábamos y le admirábamos allí. ¿Por qué nos ha dejado?

—No ha sido por mi gusto. Un día me llamaron mis compañeros de la Compañía y me dijeron: «Tiene que dejar el Centro de Estudios Históricos». «¿Por qué?», les respondí. «Porque esta en manos de enemigos de la Iglesia». «Eso no es exacto. Allí trabajan Gómez-Moreno, Tormo y Sánchez-Albornoz, que son católicos practicantes. Menéndez Pidal no lo es, pero, todos conocen su apartamiento de toda querella religiosa». «¿Y los demás?» «¿Los demás? ¿Quiénes son? Pero habían ustedes de tener razón y sería absurdo renunciar a mi seminario. He trabajado en Roma al lado de judíos, protestantes y masones. Y así trabajan nuestros hermanos en todas partes». «¡Tiene que renunciar, padre Villada!», replicaron. Rechacé la orden y les dije que apelaría al General. Precisamente, tenía anunciado su viaje a Madrid. Expuse mi pleito al padre Lodochoski y me llené de alegría al escucharle: «Tiene usted razón. No renuncie. Arreglaré el asunto». Pero quince días después me llamó a su celda y me dijo conmovido «Padre Villada, sigo pensando que le asiste la razón, pero, por la paz de la Orden, le pido, no le ordeno, le ruego, que renuncie. Yo no puedo con los jesuitas españoles».

EL REY SE HA JUGADO LA CORONA

Estaba yo mejorando mi alemán en Múnich en el verano de 1927 en compañía de mi mujer, muy dotada para las lenguas —hablaba correctamente el francés y el inglés—, y de mis hijos. La condesa de Villahermosa, hermana de mi suegro, se detuvo a vernos durante su viaje anual a su cura en Alemania.

—Quiero ir a ver a la infanta Paz. La he pedido audiencia y me ha dicho que os lleve. Desea conocerte —me dijo— y hablar contigo de las cosas de España.

Fuimos a Nimphenburg. La tía del rey habitaba en un modesto pabellón al margen del palacio de los Wittelsbach, ex reyes de Baviera. Charlamos. Me tiró de la lengua.

—¿Qué opina usted de la dictadura de Primo de Rivera?

Eludí la respuesta con una frase inocua.

—Es difícil juzgar a los hombres.

Insistió.

—Le ruego me diga sin rodeos lo que piensa.

—Al establecer la dictadura y disolver las Cortes —le dije— el rey se ha jugado la corona.

—Eso le hemos dicho todos. Pero no nos hace nunca caso. Cuando se proyectó su boda con la reina, le previnimos de que las Battenberg transmitían la hemofilia. No nos escuchó. Ahora ni siquiera ha escuchado a su madre. «He salvado tu corona cumpliendo la constitución que juré. No puedo volver a Madrid», le dijo por teléfono y Alfonso fue en persona a San Sebastian y la trajo por la fuerza. Victoria ha dicho: «La dictadura nos ha puesto de acuerdo a mi suegra y a mí». Es una inglesa.

DUELO CABALLERESCO

Postrimerías de la monarquía. Desórdenes estudiantiles. Los catedráticos liberales alentando la revuelta. Reuniones en casa de Varela Radío o de Sánchez Román. Charlas telefónicas en lengua tudesca o con los colegas de otras universidades para movilizar a profesores y estudiantes; en alemán para que la policía no pudiera entendernos. Manifiestos…

Una tarde en la Puerta del Sol. Cargas de la policía montada contra los estudiantes. Estos se refugian en la boca del metro situada entre Carmen y Preciados (?). Desde ella injurian a los «romanones» que, sable en mano, permanecen en la calzada. Pintoresco diálogo.

—¡Cabrones! —gritan los estudiantes.

—¡Salid del escondite y veréis si somos cabrones! —replican los guardias.

—¡Estáis a caballo, desmontad, y saldremos a pelear con vosotros, hombre a hombre!

Y ocurrió lo que todavía, cuarenta años después me parece inverosímil. La policía montada desmontó, los estudiantes salieron de la boca del metro y se entabló un duelo caballeresco entre los «cabrones»… y sus injuriantes juveniles.

¡España diferente! ¡España única! ¿En qué país hubiera pasado nada parecido en 1931? España diferente y España única, como reza la propaganda turística española en nuestros días. Y tiempos idílicos en que eran posibles tales luchas «caballerescas» enfrente del Ministerio de la Gobernación.

La República

LOS FIRMES ESPECIALES Y LA REPÚBLICA

El marqués de Benavites, un Grande de España con palacio en Ávila, había acudido a Roma a rendir homenaje al rey ya exiliado en Italia. Bernardino de Melgar, Abreu, Álvarez de las Asturias y Bohorques había pertenecido a la Unión Patriótica fundada por Primo de Rivera y la había presidido en tierras abulenses. Don Alfonso le recibió afable en el Gran Hotel donde desde hacía tiempo residía. Larga charla. Durante ella, Benavites, así le llamábamos los amigos y coterráneos, hizo al rey el elogio de la dictadura no sin dejar caer su habitual muletilla: «¡Qué vergüenza!», aplicada a tontas y a locas, cada cuatro palabras. Don Alfonso le escuchaba divertido porque le conocía a maravilla; conocía su ingenuidad, su hombría de bien, sus aficiones históricas, su tertulia abulense, sus extravagancias al encargar al magistral de la catedral de contratar a Sánchez Mejías para una corrida de beneficencia, etc., etc… Cuando el marqués de San Juan de Piedras Albas —otro de sus títulos— terminó su elogio de la dictadura, el rey dijo sibilino:

—Sí, sí, la dictadura ha hecho algunas cosas muy importantes para España.

—¿Cuáles, Majestad? —preguntó complacido Benavites.

Y don Alfonso, que era un chulito madrileño, le respondió con una sonrisa burlona:

—Los firmes especiales y la República.

¡MUERA LA RAZA LATINA!

Abril, 1931. Un pausado señor, ya entrado en años, regresa despacio a su hogar. No le asombraban ni inmutaban los cantos y los gritos con que el pueblo celebraba la proclamación de la República. Un instante se detuvo para corear con la muchedumbre las últimas estrofas de «La Marsellesa». Era monárquico, pero era liberal. De pronto le sorprendió un grupo que gritaba estentóreamente:

—¡Muera la raza latina!

Mi padre se acercó a ellos y les interrogó.

—¿Pero por qué gritáis muera la raza latina? ¿Qué os importa la raza latina?

—Señor —le replicaron—, usted no comprende; la raza latina son los curas.

EL PESO DEL AYER

Yo no grité ni me dejé desbordar por la euforia el 14 de abril. Recorrí las calles madrileñas un poco sonambulescamente. Mi memoria me traía a la mente la brevedad de las etapas en que España había gozado de libertad en el siglo XIX. Siempre, tras un fugaz periodo liberal —las Cortes de Cádiz, «los tres mal llamados años», la regencia de Espartero, el bienio progresista, la «Gloriosa»— se habían sucedido una década y a veces dos décadas moderadas o reaccionarias. Y, al deambular por Madrid, en medio del alborozo popular, no podía apartar de mi espíritu el temor de que volviéramos otra vez a fracasar.

Mis frecuentaciones con el ayer me habían empujado hacia el republicanismo. Estaba habituado a ver cambiar y transformarse todo el curso de la historia. Lo estaba a ver convertirse en fórmulas políticas conservadoras las que en su día habían parecido más revolucionarias. Y creía que lo más inteligente era mudar el hoy ordenada y legalmente mediante un histórico cambio de régimen. Envidiaba empero a quienes, ignorantes de la historia u olvidándola, creían que la República iba a mudar España por artes de magia. ¡Cuatro presidentes en 1873! Y de nuevo la monarquía. ¿Lograríamos vencer al destino y romper el misterioso encantamiento? ¿Qué hacer para lograrlo? ¿Una república revolucionaria o una república conservadora? Hombre de razón y no de pasión, aquella tarde me sentía más que nunca prisionero de mi ecuación temperamental, pero pronto a la batalla para evitar nuevos naufragios. No abulté, sin embargo, mis posibilidades de acción. ¿Qué harían los primates republicanos? ¿Cómo reaccionarían, ante las inevitables mudanzas de la hora, la Iglesia y las clases conservadoras? ¿Sabrían aquéllos y éstas encauzar la vida de España? ¿Qué podría hacer mañana yo, un mero historiador sin audiencia en ninguno de los dos campos? Largo caminar solitario, sueño inquieto y breve. El recuerdo de la historia de España —quimera y aventura, intolerancia y fraternos odios— me angustiaba. Nunca como aquella tarde vacilé ante mi deber cara al futuro. ¿Podría volver a mi torre de marfil?

MI PADRE Y YO EL 15 DE ABRIL

Ha cambiado el régimen político de España. Alegría generosa en las calles madrileñas. En una casa de las afueras de Madrid, familiar sanatorio de una joven madre enferma, platican padre e hijo. «Cuando el rey —dice el primero — deshizo los partidos, intervino en el Gobierno y estableció la dictadura, firmó su propia sentencia de destierro. Sabes que me alejé de la vida pública desde el golpe de Estado de Primo de Rivera. Ha llegado tu hora. No quisiste seguirme en mi camino. Vas a interrumpir y a continuar mi tradición. A interrumpirla, porque yo fui y soy monárquico. A continuarla, porque fui y soy liberal y porque fío en que no olvidarás mi ejemplo de desinterés y de generosidad. Sirve con entusiasmo a la libertad y a la República pero ten siempre en cuenta que por encima de ambas está España».

PROFECÍA

Al pie de la escalera del Ateneo. Un atardecer de abril de 1931. Charla generalizada sobre la proclamación de la República. Euforia por haberse logrado el cambio del régimen pacíficamente, en medio de cantos y alegrías. Entre los contertulios figuraba Valle-Inclán. Escuchaba silencioso. De pronto interrumpió la plática y, con su habitual ceceo, dijo solemnemente:

—Sí, sí; no se ha derramado una gota de sangre; pues sepan ustedes, van a correr torrentes.

Abril de 1931. Nadie tomó en serio sus profecías. Me impresionaron sus palabras. Las he recordado muchas veces, cuando estalló la guerra civil.

INCENDIOS

Mayo 11, 1931. Suena el teléfono en mi despacho del Centro de Estudios Históricos. Levanto el auricular y oigo la voz de mi mujer que me dice en alemán —en el alemán familiar que usábamos para evitar inoportunas filtraciones.

—*Kann ich die Nonne der Kloster meiner Freundin bei uns aufnehmen? Sie haben Angst*[1].

La contesto en español.

—Naturalmente, puedes llevarlas a casa, pero tranquilízalas. Ya ha pasado el peligro. Las tropas están en la calle y han cesado los incendios de iglesias y conventos. —Y decía la verdad.

Triste jornada para la República recién nacida. Habían iniciado su barbarie los energúmenos que habrían de llevarnos al desastre. ¡Triste y estúpido anticlericalismo, en movimiento pendular con la ancestral intolerancia clerical hispana! Los enemigos del régimen afilaron sus uñas contra él. En la Academia de la Historia, Eloy Bullón, viejo político monárquico, aprovechó la ocasión para lanzar un ataque a fondo contra la República. No me fue fácil responderle.

—Lamento más que usted lo ocurrido y no lo justifico. Pero, quienes nos hallamos aquí reunidos no podemos escandalizarnos de tal barbarie. Los incendiarios del día 11 tienen muy lejanos antecesores en el ayer hispano. No ignoran ustedes que los emperadores Arcadio y Honorio hubieron de dirigirse al Comes Hispaniarum, para que impidiera la destrucción de los templos de los viejos dioses, a los españoles convertidos al cristianismo. Todos ustedes saben que los burgueses de Santiago alzados contra Gelmírez, arzobispo y señor de la ciudad, le cercaron en la torre de la iglesia del Apóstol, donde se había refugiado con la reinar la prendieron fuego y, si el prelado logró huir, a doña Urraca la apresaron, la desnudaron y la metieron en el barro de la plaza. Y podría citar a ustedes muchas escenas parecidas, fruto de la ancestral intolerancia hispana, resultado de la conjunción de nuestra aspereza temperamental y de lo peculiar de nuestra concepción de las relaciones del hombre con la divinidad.

Pero la barbarie de otros tiempos no justificaba la de 1931, y al mostrarnos cómo se prolongaban nuestras taras históricas al correr de los siglos, obligaba a los rectores de la República a extremar sus medidas para

salvar la paz religiosa de España. Y a sus enemigos a comprender los peligros que corrían instituciones a ellos muy caras de no favorecer, con una prudente actitud, la pervivencia o la resurrección de la fe entre quienes estaban a punto de perderla o la habían ya perdido.

VIVA LA MONARQUÍA

Elecciones para las Constituyentes. Junio. Días de calma absoluta en el cielo de Castilla. Agitación a ras del suelo. En un auto cuya corona condal disimulaba un papel blanco recorríamos la provincia de Ávila los cuatro candidatos de los partidos socialista, radical socialista, radical y acción republicana, al cual yo representaba. Quiero dedicar un recuerdo emocionado a mi gran amigo Paco Barnés, que figuraba en la candidatura representando al segundo de los núcleos mencionados. ¡Días y noches de asambleas populares, en docenas de medianas y pequeñas aldeas! ¡Discursos, discursos, discursos! En cada pueblo algún colega reproducía el mío de nuestro mitin anterior y yo debía improvisar otro distinto. En un lugar y no precisamente de la Mancha, sino de los llanos de Arévalo, nos recibieron al grito de ¡Viva la Monarquía! y no nos detuvimos. Nuevo plagio de mi última prédica en el primer pueblo donde hablamos y otra vez me vi forzado a improvisar.

«En X —dije— acaban de recibirnos al grito de ¡Viva la Monarquía! No me han disgustado tales palabras —añadí—. Prefiero la sinceridad de esos hermanos enemigos a los aplausos de quienes sin embargo en su corazón dicen también ¡Viva la Monarquía! Hay que rehacer España con la verdad —proseguí—. Hay que exclamar ¡Viva la Monarquía! si eso satisface íntimos anhelos, pero…» y no pude seguir; los auténticos republicanos y socialistas que nos escuchaban entusiastas y que, encantados, habían aplaudido rabiosamente a mis colegas, no entendieron el juego de mis razonamientos, gritaron ¡Viva la Monarquía! Me emocioné pensando en la precisión urgente, urgentísima de llevar la luz a aquellos ignaros cerebros y hube de intentar hacerlo entonces, y siempre lo he intentado después.

BAJO UNA MANTA DE PIEL

Un frío anochecer madrileño. Salen juntos de las Cortes dos diputados profesores. Ocupa uno de ellos una posición rectora en la vida espiritual de España. Pensador profundo, escritor maravilloso y gran orador, muestra amistad a su joven colega. Le invita a subir a su automóvil. Se arrellanan los dos debajo de una manta de piel. «Albornoz —dice Ortega—, tiene usted influencia sobre Azaña. Hay que apartarle de los peligros que le rodean. Puede llevar la República a buen puerto. Tiene talla de estadista pero es prisionero de un clima político erróneo. Puede cambiar la faz de España pero debe echar por la borda algunas simpatías e imponerse a muchos colegas ineptos. Ayúdeme cerca de Azaña. Podríamos colaborar en bien de nuestro pueblo y de nuestro régimen enderezando sus rutas». «Don José —le respondo—, se engaña usted; no tengo influencia sobre Azaña. Le juzgo capaz de grandes empresas pero no esta solo en el Gobierno, no siempre elige bien a sus amigos y yo no significo nada. Pero intentaré moverle a una relación con usted. Su palabra y su crédito pueden ser decisivos».

Azaña ha aludido a este intento en sus *Memorias*, Por mi insignificancia fracasé en mi intento.

INQUIETUD ANTE EL FUTURO

—Le veo preocupado. ¿Qué le pasa?

Así interrogué una tarde en las Constituyentes a mi amigo don Luis de Zulueta, hombre cultísimo, de gran finura espiritual y de extraordinario buen sentido.

—Me ha impresionado una conversación que acabo de tener con un periodista inglés muy inteligente y buen amigo de España. —Y Zulueta me dijo su nombre, que he olvidado.

—¿Qué le ha dicho?

—España no esta madura para la República. La conozco bien y no la quiero mal, como usted sabe. La República ha venido además en una pésima coyuntura internacional y va a tener pocos amigos en Europa. Le vaticino a usted diez años de revueltas y después un rudo viraje a la derecha, a una derecha mucho más violenta que la dictadura de Primo de Rivera.

—Comprendo su preocupación ante tan sombría profecía. No me atrevo a adivinar el porvenir, pero también yo temo por nuestro futuro, ante el recuerdo de nuestro siglo XIX. Los comienzos de nuestro régimen no han sido demasiado promisorios. Hagamos lo posible por vencer al destino.

—Lo haremos, Albornoz.

Más de una vez rememoramos Zulueta y yo las proféticas palabras del periodista inglés, primero, ya emigrados en París en 1936 y, después, en Nueva York con ocasión de una escapada mía desde Princeton en donde estaba invitado por el Institute for Advanced Study en 1958. Y muchas he recordado a solas antes y después, la inquietud de Zulueta y nuestra decisión de evitar lo peor. Eramos, empero, pocos los que como Zulueta, como su cuñado, Besteiro, y como yo pensábamos en los peligros que acechaban a la República. Para los más España era nuestra hasta el fin de los tiempos. ¿Gran hándicap o clave misteriosa la de conocer la historia y mirar más allá de las fronteras?

TACOS CASTELLANOS EN LOS CONSEJOS DE MINISTROS

A la salida de un consejo de ministros de los primeros tiempos de la República, Fernando de los Ríos se acerca a Prieto y le dice:

—Has estado tremendo, has dicho no sé cuantas groserías, no te das cuenta, nos estás desacreditando a los socialistas delante de los republicanos. Te ruego que frenes la lengua y no digas palabrotas ni blasfemes.

—Perdona, Fernando, tienes razón. Te prometo enmendarme —responde el interpelado.

Terminado el siguiente consejo de ministros, se repite el abordaje.

—Me habías prometido corregir tu vocabulario y hoy has dicho más horrores que jamás.

—Uf, se me olvidó mi promesa. La reitero hoy solemnemente.

Pero Prieto volvió a emplear su rahez vocabulario en el tercer consejo de ministros y Fernando de los Ríos, seriamente irritado, le dijo al terminar:

—No puedo más. Si sigues soltando juramentos y palabrotas, en el próximo consejo voy a hacer otro tanto para que veas lo horrible que resulta oírte.

Prieto llegó temprano a la siguiente reunión del consejo, refirió sus entrevistas con Fernando de los Ríos y la amenaza de éste de imitarle.

—Perdónenme ustedes, soy un bárbaro, lo reconozco, no me doy cuenta; prometo corregirme. Pero hoy voy a volver a las andadas de propósito y a superarme, si ello fuera posible. Quiero ver si el fino de Fernando es capaz de soltar el taco con que me tiene amenazado.

Empieza la reunión. Nadie discute en serio el proyecto de la reforma agraria. Todos están esperando el juramento de Fernando de los Ríos. Prieto bate ese día todos los *records* de sus groserías. Su correligionario está rojo, le dirige miradas furibundas, le entrega un papelito amonestador que don Inda no lee. Y, al cabo, da un golpe en la mesa y le dice:

—¡*Cáspita*, Prieto, cállate!

Era «cáspita» —¿un inofensivo taco italiano?— la más grosera expresión que podía pronunciar Fernando de los Ríos.

VOILA LES TRAVAILLEURS!

Contra la voluntad de Besteiro, y nunca he sabido por voluntad de quién, se votó el artículo de la Constitución de 1931 «España es una república de trabajadores». La peregrina declaración, que fue recibida con alarma por unos y con chunga por otros en España, no dejó de ser comentada allende el Pirineo. Como entre nosotros, al comienzo la frase se consideró indicio de bolchevización, pero, luego, dio motivo a numerosas burlas cuando se conoció su inocuidad. Herriot (?) se permitió la siguiente en la Sociedad de las Naciones. La puntualidad no es una virtud española, ni hispanoamericana, me permito añadir después de treinta años de vida en la Argentina. Los representantes de España llegaron tarde a una de las sesiones de la asamblea. Al verlos entrar, Herriot (?) dijo con sorna a sus colegas franceses aludiendo al artículo comentado: «Voilá les travailleurs!»

HISTORIA Y POLÍTICA

«Discreto, algo premioso, castellanista, ha sido aplaudido, ha citado cinco o seis veces a Ortega que le escuchaba con atención»; así juzgó Azaña en sus *Memorias* mi discurso en el debate acerca de la Constitución de la República. Quiero apostillar esas palabras. Companys me abrazó al acabar mi perorata y, lo para mí más importante, logré que el gran maestro, por muy admirado, admitiese verbalmente mi rectificación a una definición suya muy notoria: «Castilla hizo a España y la deshizo». Como colofón a alguno de mis razonamientos acuñé esta verdad: «Castilla hizo a España y España deshizo a Castilla», y Ortega después de oírme asintió a mis palabras.

¡Erudición!, dirán algunos. Había saltado de la cátedra a las Cortes sin un previo fogueo político y hacía entonces mis primeras armas parlamentarias. Además me ha sido siempre imposible prescindir de mi saber histórico en mis prédicas políticas, porque juzgo a la Historia maestra de la vida y porque creo que el político ignorante de la historia padece una importante falla que a veces le trueca en puro equilibrista.

ANTE EL PROBLEMA RELIGIOSO

Formados en la cultura germánica, algunos diputados profesores y, entre ellos, Luis Jiménez de Asúa —gran talento, gran saber jurídico y brillante palabra— con frecuencia acudíamos al texto de la Constitución de Weimar para conocer cómo se habían resuelto en ella algunos problemas que nos preocupaban al planear la nuestra. En el código constitucional alemán se había declarado a las iglesias corporaciones de derecho público y se había establecido que su sostenimiento correría a cargo de sus fieles mediante las contribuciones oportunas que el Estado recaudaría para ellas. La fórmula me pareció perfecta y le pareció aceptable a Asúa. ¡Viejo amigo, colega universitario y en la lucha contra la dictadura, compañero en el Consejo de Instrucción Pública bajo la presidencia de Unamuno y en las tres Cortes de la República y, después, durante treinta años fraterno emigrado en la Argentina, vaya para ti mi recuerdo emocionado al rememorar a pocos meses de tu muerte nuestra convivencia en las Constituyentes!

La adopción del modelo germánico habría evitado graves fricciones.

Habría permitido, mediante una mínima contribución pagada por los católicos —que eran muchos millones en España y que habrían aportado incluso aún no practicando— ofrecer al clero regular un estipendio decoroso con el que habría podido vivir. Yo argüía y argüía defendiendo la idea.

—Debemos atraernos al clero regular. No hay razón alguna para que no pueda ser republicano. Creo, incluso, que deberíamos aumentarle el sueldo. Si le dejamos sin comer, nos combatirá sañudo. Como harían los profesores de universidad en caso parecido.

Y la cosa marchaba muy bien, cuando Fernando de los Ríos hizo su conocidísimo discurso en pro de la tajante separación de la Iglesia y del Estado, tesis teóricamente perfecta pero tácticamente equivocada. Doblemente equivocada en cuanto nos hacía a los republicanos hijos de Erasmo, filiación para unos irrisoria —había que oír a Prieto comentarla— y, para quienes sabíamos historia, totalmente inadmisible.

Mi padre me refirió aquella noche la anécdota de los curas esquiroles que mi abuelo hubo de contratar para hacer un funeral por la reina Mercedes y me añadió:

—Los monárquicos liberales hemos necesitado medio siglo para atraernos a la Iglesia. Debíais entenderos con Roma. —Predicaba a un convencido.

Al día siguiente conté en el Congreso la risueña historieta. Pero todo fue inútil. El «miura» llevaba una estocada por todo lo alto. Se desdeñó la fórmula de la Constitución de Weimar y triunfó el cerrado anticlericalismo mayoritario.

Me he explicado siempre ese anticlericalismo. La cerrazón mental de una parte del clero era tremenda. El día de los Santos de 1933, siendo ministro de Estado, fui a Ávila a depositar en la tumba de mi mujer —fallecida hacía pocos meses— unas varas de nardos, flor de que ella siempre había gustado. Pues bien, el *Diario de Ávila* dijo tales horrores de mi emocionada ida al cementerio que hasta mi suegra —archicatólica y archiclerical— se irritó contra el estúpido y anticristiano suelto.

Pero los hombres políticos de la República teníamos el deber de superar tales torpezas para asentar en España definitivamente un régimen de libertad y de tolerancia.

Muchos años después, cuando el clero europeo empezaba a adoptar posturas nuevas, mi gran amigo Álvaro de Albornoz, un hombre bueno a carta cabal y profundamente demócrata pero anticlerical de vieja cepa, tuvo un día la humorada de decir a un amigo:

—Pero, si los curas se hacen liberales, no sé qué deberé yo ser. —A tal punto se consideraba incompatible con la clerecía.

AZAÑA

Cortes Constituyentes. Pléyade de oradores. Uno era admirado por la profundidad de su pensamiento y por la belleza de su pluma y de su palabra. Un grupo era conocido por sus intervenciones en los parlamentos de la monarquía o por sus oraciones políticas en reuniones populares. Algunos juristas y profesores se habían destacado en la cátedra y en el foro. Azaña fue el hombre nuevo y la oratoria nueva. Su discurso en la Plaza de Toros había mostrado lo excepcional de su talento y de su estilo oratorio. En las Cortes se destacó en seguida. 14 de octubre de 1931. Estaba propuesta la disolución de las órdenes religiosas por el voto mayoritario de los partidos radical, socialista y radical-socialista. Azaña era agnóstico. Habían sido disueltas siempre que la izquierda había gobernado España. El anticlericalismo era en ésta tan cerril como el clericalismo. Cuando Azaña se levantó a hablar le temblaban las manos, firmemente apoyadas en el pupitre del «Banco Azul». Inteligente y valiente discurso. Las derechas todavía descargan sus iras contra él y tergiversan su contenido. Sus palabras produjeron gran impacto en el Parlamento. Los socialistas pidieron que se suspendiera el debate porque habían cambiado de opinión. Fueron lamentables las frases de Baeza Medina que, en nombre de los radicales-socialistas, se opuso al aplazamiento gritando: «¿Pero aquí venimos a discutir o a votar?»

PLÁTICA CON MI MADRE

Después de escuchar el discurso de Azaña de la tarde del 14 de octubre, marché a Ávila a abrazar a mi madre que el 15, día de Santa Teresa, celebraba su santo.

Lee lo que acabo de escribir —me dijo en seguida.

Misión tan delicada
Pusiste sobre mí
Que sin querer, Dios mío,
No la supe cumplir.
Fui madre cual ninguna
En cariño y amor,
Procuré que mis hijos
Fueran todos a Vos.
Señor, si se extravían,
No me culpes a mí.
Perdónalos, Dios mío,
Que ellos vuelvan a ti.

Al morir en África mi hermano, «todo el dolor del mundo» resonó en su corazón, como ella misma dijo, y, de repente, como resultado de su crisis sentimental, comenzó a brotar de su alma desgarrada por la pena un hilo triste de lamentos poéticos por el que fue vertiendo sus congojas, en forma de oraciones las más veces.

Leí su poesía, la besé y la dije:

—Me has emocionado, pero eres un poco injusta conmigo. Yo no me he apartado de Dios. Él me ha dado tu fe ardiente y la fe de todos los nuestros. Pero esa fe no es incompatible con mis ideas políticas. No te ofendas si te recuerdo que tus antepasados fueron «de la cáscara amarga», como se decía vulgarmente. Supongo que no habrás olvidado a tu bisabuelo Jacinto, progresista y francmasón; a su hermano, el tío Sergio, comandante de milicias y gran Oriente de la masonería, y a tu abuelo Pedro, debelador de los carlistas; tú me has dado esta sortija con el escudo de Lodosa donde les derrotó jugándose la vida. Luego he sabido que fue uno de los coroneles incondicionales de Prim. Tú me has contado la religiosidad de todos y ahí, en

ese armario, tienes el pañuelo de seda que encontramos en el ataúd del primero, cuando, al trasladarle de cementerio, le hallamos incorrupto con su frac y su chaleco de terciopelo intactos medio siglo después de enterrado; tú le tienes por santo. Yo no lo soy, pero tampoco soy impío. Y, gracias a Dios y a ti, seguiré siendo creyente mientras viva. Hay que distinguir, madre, entre religiosidad y clericalismo.

La abracé, me besó, lloró y me dijo:

—No olvides, sin embargo, mis versos.

HERRADURAS AL CABALLO DE TROYA

Una mañana de sol a comienzos de enero de 1933. Gran cónclave de profesores y de políticos en el primer pabellón de la Ciudad Universitaria de Madrid. Era mi obra. En enero de 1932 había sido elegido rector de la Universidad. Nunca me tuve por dotado para tal cargo y así lo manifesté al tomar posesión. «No soy sino un historiador —les dije—. Se han equivocado al elegirme». Pero desde el primer instante decidí utilizar mi posición directriz para ayudar a mi Facultad de Letras. Estaba pésimamente instalada en un viejo caserón jesuítico de la calle de San Bernardo y deseaba favorecerla. Pregunté qué suma había producido la lotería cuyos beneficios se destinaban desde los días de la monarquía a la construcción del conjunto universitario. Creo que disponíamos de alrededor de un millón de pesetas. Decreté que se licitara en el acto la construcción de un pabellón para mi querida casa de estudios. Y un año después el presidente de la República inauguraba en él la Ciudad Universitaria.

¡Discursos! Eran inevitables. Hablamos el decano de Letras, García Morente; yo como rector, Fernando de los Ríos como ministro de Instrucción pública y el presidente Alcalá Zamora. Aún recuerdo mi angustia; el 22 de diciembre había muerto mi mujer dejándome tres hijos muy pequeños. De los Ríos abusó de la historia y del lirismo. Y a la salida, con su habitual desparpajo, Prieto, presente en el acto, me dijo, quizá para aliviar mi tristeza: «Fernando es capaz de poner herraduras al caballo de Troya».

TORMENTA EN LA CATEDRAL

¿Quién no conoce el divertido cuento de *La tormenta en la Catedral?* Los truenos retumban en las naves del templo y los relámpagos le alumbran a través de los vitrales, mientras los canónigos cantan en el coro: *Tollite portas principes vestras et elevamini portae aeternales…* Arrecian truenos y relámpagos; la tormenta parece estar encima de la ciudad. Continúa el canturreo: *Sicut cynamomum et balsamum aromatizant odorem Dei…* El huracán silba con fuerza mientras en el coro se oyen nuevos trozos del Oficio de la Virgen. Cae un rayo en la torre, tiembla todo el edificio y entonces el deán se levanta de su asiento y exclama:

—Señores, a rezar de veras.

Charlábamos en el pasillo circular del Congreso, Ortega, Azaña, alguien cuyo nombre he olvidado y yo. Uno de los cuatro comenzó a referir —no recuerdo con qué motivo— la risueña historieta, pero, cuando el narrador inició una de las frases del Oficio Parvo que suelen incluirse en el relato para darle realidad, cualquiera de los otros tres, o los tres a coro, la seguimos hasta el final. Los cuatro nos habíamos educado en un convento de frailes: Ortega con los jesuitas de Málaga, Azaña con los agustinos de El Escorial, yo en las Escuelas Pías de San Fernando… Y ninguno de los cuatro teníamos declarada hostilidad ni al catolicismo ni a la Iglesia. Y a ninguno habían deformado la conciencia jesuitas, agustinos o escolapios.

FRENTE AL DIVORCIO

—¿Por qué abandona usted el salón de sesiones ahora que se esta discutiendo la ley de divorcio? —me dijo don Angel Ossorio una tarde en las Constituyentes.

—Porque el divorcio es tema que no me interesa. Primero, porque quiero mucho a mi mujer y no pienso divorciarme y, además, porque soy católico y castellano, y los católicos y los castellanos no nos divorciamos.

—Pero tienen ustedes barraganas, como dirían sus amigos de la Edad Media.

—Prepare usted una ley sobre la barraganía y la apoyaré —dije sonriendo y, ya en serio, añadí—. Además, tengo seguridad de que podré votar lo que usted defienda, porque es usted un magnífico jurista y un conservador católico.

—Quite usted mucho hierro a su elogio de mí como jurista y, en cuanto a sus calificativos últimos, le diré que no sé si he sido conservador y católico, pero que ahora… a lo menos, he dejado de ser conservador.

—Bravo, don Ángel, ya estamos más cerca, porque yo sigo siendo católico aunque soy de Acción Republicana.

—Es usted, Albornoz, un burgués humorista.

—En eso de humorista y de burgués, como en todo, me lleva usted mucha ventaja.

COPLAS POLÍTICAS

El talento político
De los Maura es notorio
El más listo es Miguel
El más pillo es Honorio
Y el más sabio Gabriel.
¡Viva Fernando!
De los Ríos Urruti
Barbas de santo.
¡Viva Fernando!
Padre del socialismo
De guante blanco.
¡Viva Fernando!
Besteiro es elegante
Pero no tanto.
Si Niceto quiere un palacio
Que se lo haga de cartón
Porque el Palacio de Oriente
Es de don Juan de Borbón.

UNA ENMIENDA A LA LEY DE REFORMA AGRARIA

Llevé a las Constituyentes el problema de los señoríos. Todavía en 1931 había en España muchos pueblos que eran de un propietario o del adquirente de los derechos de aquél. Los moradores en ellos vivían los coletazos de un régimen de lejana vigencia medieval. Me interesaba ademas la reforma de las estructuras agrarias de muchas zonas de España cuyas causas históricas me eran conocidas. Y tenía fe en que esa reforma permitiría el arraigo de una sociedad, no sólo más justa y progresiva, sino inmunizada contra las explosiones revolucionarias en que peligrarían las libertades políticas de los españoles.

Esperé por ello impaciente la ley de reforma agraria que juzgaba clave de la renovación pacífica de España. Me pareció que en el proyecto faltaba un precepto para frenar y castigar una nueva forma de despojo de los campesinos; que faltaba un artículo estableciendo la expropiación de las tierras adquiridas por los abusos de la usura, muy desarrollada en la Castilla de frecuentes malas cosechas y de muy limitadas instituciones de crédito agrícola.

Para remediar el mal y devolver sus tierras a los despojados presenté la oportuna enmienda a la ley. No sospeché que esa enmienda suscitaría objeciones e imaginé que sería admitida por la comisión y por la Cámara. Mi sorpresa fue enorme al comprobar que los socialistas se oponían a su aceptación. La defendí con calor. Recibí incitaciones de muchos grupos y de algunos diputados en particular —recuerdo entre ellos a Nicolau d'Olwer y a mi paisano Angel Torres— para que pidiera votación nominal. Y todavía no me explico por qué los socialistas se movilizaron de tal forma contra mi propuesta que llegaron a acudir a Azaña —era mi jefe político y el Presidente del Gobierno— para que me obligase a renunciar a pedir que la Cámara se pronunciase sobre el caso.

Reforma agraria. Su fracaso significó el fracaso de la República. A su socaire se quería establecer un nuevo monopolio en el agro español.

Y, de otra parte, la burguesía no llegó a comprender lo que de conservador tenía su realización para asegurar la España libre del mañana.

LA FE DEL PUEBLO

El ujier anuncia al gobernador civil de Ávila el deseo de un grupo de vecinos de la ciudad de ser recibidos en audiencia urgentemente. Me consulta si no me molesta que interrumpa nuestra charla accediendo a su demanda y apoyo el petitorio de mis paisanos.

—Buenas tardes, señor gobernador. ¡Buenas tardes, don Claudio! —Apretones de manos.

—¿Qué desean ustedes?

—Venimos a pedirle autorización para sacar en procesión a la Virgen de las Vacas.

Solíamos llamar poncios en Castilla a los gobernadores. El de Ávila, tras dirigirme una mirada en demanda de apoyo, contestó a los visitantes:

—La ley autoriza las procesiones; yo, personalmente, soy cristiano y no tendría sino gusto en acceder al ruego de ustedes. Estoy seguro de que don Claudio celebraría que otorgara la autorización que solicitan. Pero no puedo.

—¿Por qué, señor gobernador?

—Porque yo soy responsable del orden público en Ávila. La ermita de Nuestra Señora de las Vacas esta enfrente de la Casa del Pueblo y pueden ustedes chocar con los socialistas si les autorizo la procesión.

—No se preocupe usted, señor gobernador. Nosotros todos somos socialistas.

Ante tal afirmación, el gobernador firmó la orden permitiendo el acto religioso y, apenas retirados los solicitantes, me dijo confundido:

—Albornoz, no lo comprendo.

—No se obcequen ustedes. Esa es España. Para nosotros no son incompatibles las más nuevas ideas políticas y la fe de nuestros abuelos. No había creído lo que me habían contado sobre lo ocurrido en un pueblo andaluz. Todos eran en él anarquistas. Desde tiempo inmemorial, el vecindario veneraba a San Bruno como patrono. Proclamada la República en 1931, los jefes del anarquismo local se hallaron muy embarazados por el temor de que en Sevilla dijeran que eran unos reaccionarios si celebraban, como siempre, al patrono del lugar. Se sucedían los debates en el casino en torno al pequeño gran problema. Al cabo, uno de ellos se enfrentó con los más recalcitrantes: «San Bruno es San Bruno. Y no hay que vacilar por lo que digan o dejen de decir nuestros camaradas sevillanos. ¡Sois unos *saboríos*!

Todo tiene arreglo. Inscribamos al santo en el Sindicato y así festejaremos, en verdad, a un compañero». Su propuesta fue aceptada por aclamación y San Bruno fue llevado en andas por los anarquistas andaluces; en andas presididas por el carnet del Sindicato; carnet en el que se leía: «Nombre: Bruno. Profesión: Santo. Oficio: Varios».

—Pero eso es un cuento sevillano —me replicó el poncio de Ávila.

—Eso he creído siempre —contesté—. Pero mañana, cuando sepa usted que la Virgen de las Vacas se ha paseado por los barrios populares de Ávila sobre los hombros de los socialistas abulenses, ¿no creerá usted posible que San Bruno fuese llevado en andas por los anarquistas de la tierra de María Santísima?

—Insisto en que España es así, querido amigo. No sé si algunos de los incendiarios de iglesias no sienten un escalofrío al ver arder un Cristo o una Virgen y no acaban santiguándose, o no acabarían, si no temieran al camarada que, a su lado, ha contribuido al sacrilegio y que quizá también sale desasosegado de la iglesia. He oído a algún furioso anticlerical gallego quien se atrevió a hacer la parodia de un matrimonio religioso que, al bendecir burlescamente a la pareja de rodillas ante él, estuvo a punto de sufrir un síncope y de caer redondo al suelo.

CONFIDENCIAS PRESIDENCIALES

La Cultural Española de Buenos Aires invitaba cada año a un profesor español para que dictase un curso de conferencias durante el invierno austral, correspondiente al verano del hemisferio norte. Fui yo el invitado en 1933. Antes de embarcar para la Argentina juzgué de mi deber despedirme del presidente de la República, don Niceto Alcalá Zamora. Había honrado con su presidencia la «Semana de historia del derecho español» por mí organizada en 1932 con asistencia de estudiosos de diversos países de Europa. Y mantenía desde entonces con él amistosas relaciones personales.

No era un secreto para nadie su propósito de ampliar «la base de la República», como se decía a la sazón, atrayendo a ella a las clases conservadoras. Ni que a tal propósito deseaba sustituir el gobierno de coalición en el que mi partido de Acción Republicana, por Azaña presidido, era la extrema derecha. No lo había logrado empero en la crisis que las elecciones municipales le habían permitido abrir.

Por lo lejano de mis relaciones con don Niceto, me sorprendió mucho que con ocasión de mi despedida para Buenos Aires se explayase en confidencias sobre los peligros que la perduración en el poder del clan gobernante suponían para la República y sobre la necesidad de cambiar de rumbos a fin de que el nuevo régimen se asentara sobre las realidades españolas: la izquierda y la derecha. Atribuí sus confidencias a la fama que yo gozaba, sin duda, de hombre moderado. Suele la opinión deformar actitudes y opiniones. Pero, claro que, en un parlamento donde había más de trescientos francmasones y una fuerte minoría socialista, un republicano católico y liberal, miembro de un partido de intelectuales y profesores, tenía que ser clasificado, hiperbolizando sus flaquezas y virtudes.

Escuché a don Niceto con el respeto debido al jefe del Estado; sin asentir a sus ideas ni contradecirlas; sin asentir públicamente a las que en verdad merecían mi aplauso, ni contradecir a las que me parecían reflejar errores tácticos. Pero salí del Palacio convencido de que durante mi estadía en Buenos Aires se produciría una crisis política decisiva para la República.

Si yo hubiese tenido ambiciones políticas —consideré siempre un deber y no más mi intervención en la vida pública—, es decir, si hubiese tenido aspiraciones a ocupar un ministerio, o no habría viajado a la Argentina o habría acortado mi viaje por aquello de que «a muertos y a idos, no hay

amigos». Pero, como no era ese el caso, me embarqué en el *Conte Biancamano* encantado ante la esperanza de conocer América.

Al recordar hoy mi aventura platense de hace casi cuatro décadas, me inclino a ver en ella la mano de la providencia. Porque, quizá, quiso con ella abrirme camino para mi futuro exilio en la Argentina, en el que todavía continúo.

MINISTRO NÁUFRAGO

A las diez salía para Chile desde Buenos Aires. Me iba a duchar cuando sonó el teléfono.

—Aquí France Presse. Se ha resuelto la crisis en Madrid.

—¿Quién ha formado gobierno? —pregunté.

—Lerroux y usted es canciller, ministro de Relaciones Exteriores…

—Gracias. Colgué riendo y diciéndome: «Error de información. ¿Quién va a acordarse de mí en España?» Medio mojado aún acudí a otra llamada telefónica.

—Aquí Reuter…

Y me repitieron la noticia y repetí la carcajada. Comencé la siempre ingrata tarea de afeitarme. Nuevo telefonazo. Era la Associated Press, que me llamaba para decirme lo que ya había oído. ¿Sería posible? La noche antes me habían despedido con una cena unos amigos. Riendo había dicho a Levene, sentado a mi lado.

—Si estuviera en Madrid, es probable que ahora fuese ministro al formarse gobierno.

Levene me miró asombrado de lo que supuso puro orgullo, pero, muy cortés, eludió toda plática. Recordé mis palabras. ¿Sería posible? Continué afeitándome pero, como se acercaba la hora de tomar el Trasandino, llamé a la embajada pidiendo que me dieran informes puntuales llamando a Madrid. Media hora después el embajador Danvila y el personal de la misión llamaban a mi puerta para decirme:

—A sus órdenes, señor ministro.

De España les habían confirmado la noticia. La composición del gobierno me pareció un grave error.

—Este ministerio no es viable. Cuando llegue a Madrid —1933, no había aviones— ya no seré ministro.

Con ironía muy suya, en su violento debate con Lerroux, Azaña me llamó «ministro naufrago», y lo fui. En la estación de Atocha me esperaba Laureano Paratcha para decirme:

—Acabamos de presentar la dimisión.

Representé a Azaña en el gobierno de coalición que se formó después. No puedo olvidar cómo se le demudó el rostro a Ruiz Funes, que deseaba ser ministro —yo no lo deseaba— cuando escuchó de labios del jefe:

—Albornoz, usted nos representa en el ministerio de Negocios Extranjeros.

LA VENGANZA DE LOS DIOSES

Apenas tomé posesión de la Cartera de Estado fui al Centro de Estudios Históricos a saludar a Menéndez Pidal por quien sentía gran devoción discipular y una amistad muy viva. Don Ramón me recibió cordial, me felicitó y me dijo, recordando clásicas tradiciones lejanas: «Albornoz, arroje usted su anillo al mar para que los dioses envidiosos de sus éxitos no se venguen de ellos». He recordado muchas veces sus palabras durante mis largos años de destierro. No seguí sus consejos y los dioses inclementes se vengaron a los tres años justos. En octubre de 1936 estaba ya exiliado. Emigrados ya los dos en Burdeos, le recordé sus palabras proféticas. No sé, creo que los dioses han sido demasiado crueles. Al cabo, ocupar una poltrona ministerial carece de importancia.

ORGULLO DE MADARIAGA

—Vengo a pedirte el consulado de Ginebra —me dijo un día Juanito Teixidor, amigo mío e hijo de un viejo compañero de juventud de mi padre.

—¿Está vacante?

—Sí.

—Cuenta con él. Ordenaré tu nombramiento. Un abrazo.

A los pocos días, me llama desde París Madariaga, embajador de España en Francia.

—Deseo que envíe usted a Teixidor a mis órdenes a la Sociedad de las Naciones.

—Imposible, Madariaga, Juanito —así le llamo yo— me ha pedido el consulado de Ginebra; es mi amigo y ya esta acordado su nombramiento.

—Insisto en reclamarle.

—Perdone, Madariaga, comprenda que no puedo complacerle. Va a tenerle en Ginebra.

—No; quiero que esté a mis órdenes.

Corté. Al día siguiente, Madariaga llamó a Aguirre de Córcer, mi subsecretario: «Dígale al ministro que insisto en reclamar a Teixidor».

—Aguirre, convenza a Madariaga de que no me es posible faltar a mi palabra. Soy un hombre de honor. Le enviaré a quien quiera.

—Madariaga me ha dicho que, si no envía a Teixidor; dimite la embajada.

Me harté.

—Dígale a Madariaga que, si dimite, le acepto la dimisión. El ministro soy yo.

Madariaga no dimitió, pero, herido en su implacable orgullo —el de todos los escritores— no me ha perdonado jamas. He ahí la razón de sus trallazos en *España*. Y de su intencionada desfiguración de la realidad en ellos. En su saña antialbornociana llega a atribuir a Fernando de los Ríos la creación de la *Junta de Estado*, obra mía, destinada a asegurar la continuidad de la política exterior de España. Junta que considera el mayor acierto de la República. Como siempre han regido mi vida las viejas normas de los caballeros abulenses, no sin recordarle con ironía su injusticia, he hecho muchas veces el elogio de Madariaga, aunque frente a él podría decir como, en un viejo romance, el conde de Benavente dice del duque de Borbón: «Pues si él es de reyes primo / primo de reyes soy yo». ¿Siguiendo el ejemplo de los caballeros

abulenses? Sí. En otra parte he recordado cómo en el sitio de Jaén unos caballeros de Ávila, mientras platicaban con un alto magnate, vieron en peligro de ser muertos por los moros a otros caballeros de su tierra. Eran sus enemigos en la vida urbana de la pequeña patria común. Montaron raudos en sus cabalgaduras y raudos corrieron a defender y salvar a sus hostiles coterráneos.

—¿Por qué habéis hecho eso? —les preguntó el gran señor cuando reanudaron el diálogo.

—Sí, eran nuestros enemigos —replicaron—, pero juntos lo somos de los moros.

USTED ES UN CACIQUE

Gran debate en el Congreso, mientras yo revistaba el batallón portugués que había ido a darme honores en el puerto de Lisboa y en nombre de Salazar me saludaba Caeiro do Mata, ministro de Relaciones Exteriores. Cuerpo a cuerpo entre Azaña y Lerroux. Crisis lenta y difícil. Disolución de las Cortes Constituyentes por el gobierno de que formé parte. Cada semana iba a visitarme al ministerio de Estado el embajador de México, Estrada, tan abundante en kilos como en talento y simpatía. Y cada semana me repetía la misma advertencia:

—Quieren ustedes hacer unas elecciones rabiosamente limpias, están muy divididos y van ustedes a perderlas. No se necesita ser profeta para anunciarlo. Pero, al perderlas, van ustedes a perder la República. Si nosotros en México no nos hubiésemos defendido electoralmente, habrían acabado con la revolución.

Predicaba a un convencido. Llevé el asunto al Consejo de Ministros con ocasión de un nuevo acuerdo sobre garantías electorales. Di noticia de las frecuentes visitas y de los frecuentes consejos de Estrada. Me increparon:

—Usted es un cacique.

—Nunca he hecho personalmente política sino contra la monarquía —repliqué— pero lo grave no es que yo sea o no sea cacique sino que vamos a perder las elecciones y la República.

Y las perdimos. Hubimos de reunirnos diez diputados de diversas tendencias para formar una minoría.

ROMPO UN DECRETO

Existía en el ministerio de Estado una «Junta de relaciones culturales» en la que caciqueaba Américo Castro secundado por Lorenzo Luzuriaga, a lo que creo recordar. Solicité de la misma —yo era el ministro y sin embargo suplicaba— que incorporaran a ella dos figuras de gran relieve y de mi mejor amistad; los eruditísimos profesores Ramón Carande y Galo Sánchez. Américo se negó en redondo a acceder a mi ruego. Insistí en éste. Insistió Américo en su actitud. Redacté entonces un decreto suprimiendo la autonomía de la Junta y sometiéndola a la superior autoridad ministerial. Américo tembló y pidió árnica. Conocía mi devoción por don Ramón y acudió a él para que consiguiera de mí que no publicase el decreto. Menéndez Pidal me llamó por teléfono, tomé el coche y me trasladé a Medinaceli, 4, donde el gran maestro tenía su despacho. Me transmitió el ruego y la propuesta de Américo de acceder a mis deseos. «Tome usted, don Ramón, le dije, rompa el decreto; no puedo negarle nada». Quedó asombrado y muchas veces me ha recordado mi gesto en aquella tarde otoñal. La última, paseando por la Quinta Avenida neoyorquina. Lo hago público porque deseo dejar constancia de mi veneración por el gran patriarca de la Historia Medieval española con quien un día había de enfrentarme científicamente. Quede dicho que Américo no cumplió su oferta.

3EL BACALAO CONTRA EL VINO

Gran batalla digna de la pluma del Arcipreste. En su campaña contra el alcoholismo, un norteño país europeo prohibió la entrada de los vinos españoles. Fueron inútiles las gestiones para la abrogación de la medida. Los negociadores hispanos acudieron entonces a una amenaza que puso fin a la disputa.

Desde siempre era España —desde mi destierro no sé si sigue siéndolo— el pueblo europeo que consumía más bacalao. Ramón Gómez de la Serna había dicho en una de sus *Greguerías* que se fabricaba en Canarias con cartón de piedra. Pero no, venía de los mares del Norte, y no de Escocia como solía decirse, y desde las campesinas «patatas con bacalao» hasta el «bacalao a la vizcaína» millones de españoles se deleitaban saboreándolo —me excluyo de tal placer— en muchos platos diferentes. Los diplomáticos españoles amenazaron con la prohibición de su importación a España si se seguía prohibiendo la entrada de los vinos hispanos. Y el país enfrentado capituló, porque se arruinaría de no poder exportar libremente a nuestra patria su pesca milagrosa.

CONGRESOS

Mi actividad ministerial no fue fecunda. Ninguna grave negociación diplomática se me planteó en el curso de la misma. Otoño, tibio sol, bellos días, buenos vinos… y Madrid se convirtió en sede de numerosos congresos sobre temas variados. Alguno se relacionó con problemas internacionales, otros no. Me tocó presidir varios. En uno, peculiarmente vinculado a mi Cartera, defendí mi teoría —la había expuesto en Roma en el Convegno Volta celebrado en 1932 en la maravillosa Farnesina sobre la necesidad de crear el Estado Continental europeo, idea entonces no sólo utópica sino que provocaba sonrisas. Pero todavía recuerdo el asalto apremiante de Asúa para que presidiera el Congreso de Derecho Penal que se negaba a inaugurar el ministro de Justicia, y recuerdo mi osadía al acceder al ruego de mi amigo e improvisar enteramente un discurso de circunstancias.

Nunca he sido orador y nunca he triunfado en multitudinarias reuniones mitinescas ni en el parlamento. La práctica profesoral y —¿por qué no decirlo?— mi cultura histórica me permitieron no salir maltrecho de las varias aventuras citadas, alguna en el Paraninfo de la Universidad que acababa de regir. Mayores peligros me acarreaban los banquetes con que se coronaban los congresos y sus secuelas de almuerzos y cenas en legaciones y embajadas. Porque para ser ministro de Estado no basta con poseer práctica profesoral y cultura histórica; es preciso tener un buen estómago del que yo carecía.

ESPERANZA FALLIDA

Las derechas habían triunfado en Ávila por más de veinte mil votos, pero yo había sido elegido por la minoría superando en varios millares de sufragios a los otros candidatos. Uno de los diputados de la acera de enfrente —Velayos —, eterno enemigo de los míos en las lides políticas abulenses, consiguió mover a sus colegas a pedir la anulación de mi acta. Aceptaron con la esperanza de copar en una segunda elección y me combatieron en las Cortes rudamente, anunciando que pedirían votación nominal. Al oírlo, Largo Caballero trepó a los escaños socialistas y recomendó a los correligionarios que abandonaran el salón de sesiones para que se consumara mi derrota. Nunca he sabido el porqué de su saña contra mí. Pero Prieto y Besteiro dieron contraorden.

—Hay que ayudar a Albornoz como a uno de los nuestros —y los socialistas volvieron a sus bancas.

El cura de Santiago, diputado electo por Ávila, tuvo escrúpulos de conciencia.

—No hay razón para anular el acta de don Claudio —dijo a sus colegas. La ha ganado legítimamente y la habría ganado igual aunque no hubiese sido ministro de Estado. Lo saben ustedes bien. No podemos hacer esa porquería.

Renunciaron a pedir votación y Largo Caballero se quedó con las ganas de expulsarme del Congreso.

CLARIVIDENCIA

Italia había atacado a Abisinia. En la Sociedad de las Naciones, las grandes potencias, para guardar las formas, habían propuesto el embargo de los materiales bélicos con destino al país agresor o de él procedentes. España debía votar en Ginebra. Azaña llevó el problema a la minoría de Acción Republicana que le seguía.

—Gran farsa y terrible error el que va a cometerse. O se deja a Italia que se coma el imperio negro —ni Inglaterra ni Francia pueden tirar la primera piedra; entre las dos se han merendado África— o se cumplen los preceptos de la comunidad supranacional y se impide a Italia, por la fuerza, el desafuero contra un pueblo asociado. Ello sería una lección para el mañana. La farsa que se prepara no impedirá el atropello jurídico-político ni servirá de ejemplo en el futuro y arrojará a Italia definitivamente en los brazos de Alemania.

Asentí sin vacilar a su propuesta. Los compañeros disintieron y salieron corriendo tras del clarividente Azaña para que no hiciera público su pensamiento que juzgaban anti-republicano.

CON LOS PARAGUAS

Los republicanos estábamos divididos en una serie de facciones a veces enemigas. Había tres partidos radicales socialistas —los de Marcelino Domingo, Gordón Ordás y Botella Asensi—, Acción Republicana, el partido radical, el conservador de Maura, los federales, la Orga, la Esquerra, los socialistas… y la enumeración es incompleta. Naturalmente, perdimos las elecciones. Pero los mismos que con sus intransigencias habían provocado la catástrofe no se resignaban democráticamente a la derrota. Cada tarde asediaban a Azaña en el Salón de Conferencias del Congreso con la misma cantinela.

—Don Manuel, esto es intolerable, no podemos vivir así, hay que hacer la revolución, hay que echarse a la calle.

Azaña les escuchaba impávido, sonreía, procuraba calmarles. Pero no le dejaban en paz. Una tarde de lluvia madrileña le asediaron como nunca.

—No y no; esto no puede seguir así. Don Manuel, decídase. Hay que lanzarse a la revuelta. Hay que echarse a la calle.

Azaña se hartó. Se levantó y les gritó.

—¡Vamos, ahora mismo, a la revolución, con los paraguas!

Eran las únicas armas con que podíamos echarnos a la calle.

HABLANDO CON BESTEIRO

El cadáver de Sánchez Guerra recibe honras en el Palacio de las Cortes. Están abiertas las grandes puertas que comunican con la Carrera de San Jerónimo del «Salón de Conferencias». Por él pasean, conversando, dos diputados, profesores de la Universidad, a la espera de la hora del entierro. Viejos amigos, el más ilustre y famoso que ha presidido la Cámara anterior, descubre a su colega su disconformidad con la política del «bienio» 1931-1933.

—Nos desfiguraron la República. ¡Cuántos errores! La España con que usted y yo soñábamos va a ser imposible. Temo, incluso, por el porvenir de nuestro régimen.

—No me asombra oírle, porque le conozco. Pero sus palabras calman muchas de mis íntimas preocupaciones. No sé si por mi oficio de historiador, por temperamento o por educación, o por las tres razones a la vez, soy un demócrata liberal, en nuestro mundo de hoy un republicano moderado. Ahora bien, mi convicción de serlo me hacía temer que viese sombras donde no las había. Al oírle, me he convencido de que mis temores respondían a realidades.

—Albornoz, quizá podamos enderezar la ruta. Necesitamos estar atentos quienes advertimos los peligros.

—Yo no cuento en las filas republicanas, pero usted sí y puede influir desde dentro del socialismo y desde fuera de él, porque usted es quien es.

Y, en torno al tema que a los dos nos preocupaba, Besteiro y yo seguimos discurriendo largo rato mientras acompañábamos al cadáver del «monárquico sin rey» como Sánchez Guerra se tituló a sí mismo.

¡Besteiro, querido y admirado amigo, que salvaste la dignidad republicana asumiendo responsabilidades de otros, permaneciendo en Madrid, jugándote la vida y muriendo en prisión, al hacer hoy públicas tus inquietudes de antaño quiero rendir un cálido tributo de amistad a tu memoria!

UNA DOLOROSA CONFESIÓN

Pese a las gratuitas afirmaciones de Madariaga fui yo quien creó la *Junta de Estado* para dar continuidad a la política internacional de España. La integré con el preside9,Ce de la República, el jefe del Gobierno y sus predecesores, el ministro de Estado y dos ex ministros de la misma cartera. La convocó alguna vez mi sucesor en el ministerio.

Leandro Pito Romero. Quiero rendir homenaje a su gran talento, a su pluma brillante y a su gran cultura; asombrara la colección de sus artículos en *La Prensa*, de Buenos Aires, el día que se decida a reunirlos y publicarlos. Ha sido fraternal camarada de destierro durante mis treinta y cinco años de exilio en Argentina y es hoy mi albacea en unión de una de mis discípulas.

Nunca fue Azaña a las reuniones de la Junta. A una de ellas convocamos a los jefes del Ejército y de la Armada nacionales. Han transcurrido más de cuarenta años y todavía me emociona el recuerdo de aquella tarde. Les interrogué personalmente sobre el estado de nuestras fuerzas de tierra, mar y aire, y en el secreto del secreto cónclave me confesaron el doloroso y miserable estado de nuestras huestes. Los barcos carecían de torpedos y las armas del ejército y la aviación en España no tenían municiones sino para poco más de ocho días de combate. Mi angustia de patriota fue tremenda y ardiente mi demanda de que se remediara el mal con urgencia.

Cuando estalló la guerra civil no dejé de recordar en Lisboa —en la embajada— aquellas confesiones. Vamos a pelearnos a palos y puñaladas, pensé, en seguida. Tal vez habían cambiado las cosas durante los años 1934 y 1935 y en todo caso pronto las potencias *amigas* armaron a uno y otro bando y hubo armas sobradas para que los hermanos españoles se matasen lindamente. Con angustia hago hoy público el secreto de la secreta Junta de la primavera de 1934.

OTRA VEZ SOBRE LA REFORMA AGRARIA

Mi discurso contra el proyecto de reforma agraria de las derechas fue acogido con gritos burlones por la mayoría. Poco a poco, cesaron en sus apóstrofes y acabaron escuchándome con interés.

—¿Me permitís una anécdota histórica? Los halcones de un señor castellano empezaron a comerse las gallinas de un labrador que cultivaba unas tierras no lejos del castillo señorial. Humildemente se quejó al magnate vecino. No escuchó éste sus demandas. El labriego hizo intervenir a un sacerdote. Los halcones siguieron despoblando el gallinero del campesino. Se hartó éste y mató a un halcón. El señor envió entonces a su gente e hizo crucificar al labrador para pasto de sus aves de presa. ¿Con quién os sentís solidarios? —apostrofé a la mayoría—. Y la mayoría estuvo a punto de aplaudirme, según me confesó don Santiago Alba, presidente de las Cortes.

Mi prédica, sin ser violenta, fue áspera. Un diputado socialista me dijo:

—Gran discurso, muy distinto del que le escuchamos sobre el mismo tema en las Constituyentes.

—En ellas tenía yo el deber de conciencia de frenar a una Cámara con gran mayoría izquierdista, ahora he juzgado mi deber empujar a un parlamento dominado por las derechas.

No es fácil intervenir en la vida política anteponiendo el deber moral al interés partidista. Y es triste que la disciplina del partido nos obligue, a veces, a someternos al acuerdo mayoritario que juzgamos erróneo, torpe, y hasta a veces, disparatado. Para escapar a tales compromisos busqué en su día una honorable salida. La historia me la procuró terrible.

PLATICA CON JOSÉ ANTONIO

Dos diputados, situados muy lejos en el cuadrante político del momento, han pronunciado sendos discursos durante la discusión del proyecto de Reforma Agraria en las segundas Cortes de la República. Se encuentran poco después sentados ante dos pupitres vecinos corrigiendo las copias taquigráficas de sus dos oraciones parlamentarias. Uno pertenecía al partido de Acción Republicana que presidía Azaña. Otro acababa de crear la Falange Española. Había éste aprobado parte de las ideas del otro. Charla intrascendente entre ambos. El primero dice al segundo: «Si continúa por el camino en que le he visto avanzar esta tarde va a desilusionar a las derechas españolas que le siguen». «Albornoz —me replica—, lo sé y hasta he podido comprobarlo. Desde que he girado hacia la izquierda me han suprimido la subvención con que antes favorecían mis campañas». Doy fe de la autenticidad de este diálogo y de estas palabras de José Antonio.

CONTAMOS HASTA CON LA GUARDIA CIVIL

Como reacción contra la entrada de la CEDA en el gobierno se produjo la revolución de octubre de 1934. La iniciaron los socialistas que dirigía Largo Caballero. Los hechos son sobradamente conocidos. Azaña fue detenido en Barcelona, procesado y encerrado en un barco. La revolución de octubre me pareció un inmenso error. Y otro tanto pareció a Emilio González López que vive todavía. Creo que de entonces arranca la crisis de la República. Pero sabía yo muy bien que la revuelta se había hecho contra la voluntad de Azaña. Delante de mí había intentado detener a los socialistas.

—Es un puro disparate lo que van a hacer ustedes —les dijo.

—Es usted un reaccionario y un pesimista. Contamos hasta con la guardia civil —le replicaron.

—La guardia civil les fusilará a ustedes si llega el caso.

Y de esta conversación que presencié di testimonio escrito al juez que instruía el sumario contra el prisionero en el puerto de Barcelona. Recuerdo su nombre. Se llamaba Lecea. Reitero hoy mi declaración para la historia.

GOLPE DE TELÉFONO

El clima de odios y rencores se había agudizado en la España de 1935. Sonó el timbre en casa de Azaña. Dieron el nombre de un amigo, Azaña se puso al aparato. Pero, en lugar de la voz del correligionario, escuchó de una anónima voz femenina:

—¡Estoy rezando una salve para que te asesinen!

¡IDIOTAS, YO SOY UN BURGUÉS!

En un vagón del expreso de Valencia íbamos al mitin de Mestalla, Azaña, su mujer, Giral y yo. La revolución de Asturias y la brutal represión con que fue sofocada habían desarrollado un clima de violencia en España. Debió de conocerse nuestro viaje. A las estaciones del camino salían masas campesinas. Todos nos sorprendimos, sin embargo, de oírlas gritar puño en alto:

—¡Muera la burguesía!

La escena se repitió más de dos veces. Pero, en la tercera estación en que nos saludaron de tal forma, Azaña no pudo contenerse, levantó la ventanilla y replicó a sus gritos.

—¡Idiotas, yo soy un burgués!

Y lo era. Hubiese sido un excelente jefe de gobierno de una república burguesa a la francesa.

ALBORNOZ, A HACER REPUBLICANOS

Negociaciones para constituir el Frente Popular. Largo Caballero afirmó sin rodeos:

—Después del triunfo, yo me reservo el derecho de hacer la revolución.

Ante estas palabras, Sánchez Román se apartó de la alianza, pero los otros jefes aceptaron y firmaron el acuerdo, sin informarnos a los soldados de fila. Yo lo he sabido ya en el destierro. Y así ganamos las elecciones, no sin sorpresa de muchos de un lado y otro de la barricada. Azaña pronunció un discurso pacificador desde el ministerio de la Gobernación. Estaba yo casualmente a su lado. Al concluir, me abrazó y me dijo:

—Albornoz, ahora a hacer republicanos.

Y hacía falta, pues era grande la fuerza de Largo Caballero y más grande el miedo de las clases conservadoras ante nuestro triunfo electoral que había traído como inmediata secuela la amnistía de los autores de las dos revoluciones de octubre; votada incluso por Gil Robles en la Diputación permanente de las Cortes, Diputación de la que los dos formábamos parte. Y hacía falta hacer republicanos *burgueses* como se había declarado y era en verdad Azaña.

NO PUEDO SER JEFE DE LA MAYORÍA

Azaña ha estado oculto algunos días mientras se deshacía la madeja de un posible golpe de Estado por algunos soñado para burlar los resultados del triunfo electoral del Frente Popular. Al cabo, toma posesión de la Presidencia del Gobierno. Se suceden rápidos los acontecimientos y se reúne el Parlamento.

—Va a ser usted vicepresidente para ser el jefe de la mayoría —me dice Azaña en su despacho de la Castellana.

—No, don Manuel. No acepto —le replico.

—¿Se siente usted degradado al ocupar la vicepresidencia? —me pregunta.

—No —le atajo— es que yo no puedo ser el jefe de una mayoría integrada por los comunistas para los que soy, y lo es usted, un burgués reaccionario, y por los socialistas que preside Largo Caballero, quien, en el pasado parlamento, hizo lo posible para que, como querían las derechas y de acuerdo con ellas, me anularan el acta y, ahora, ha lanzado a sus gentes de Ávila a exigirme que renuncie a lo que acabo de ganar en muy dura y limpia lucha. Ni unos ni otros se sentirían representados por mí; ni yo podría representarles dignamente. Cuando se le descomponga el Frente Popular, que será pronto, cuente usted conmigo para organizar una nueva mayoría.

NO PUEDO MAS

«No me llevéis al poder si no me vais a dejar gobernar», había dicho Azaña en su discurso del gran mitin de Comillas. Conocía la situación de las gentes de izquierda, ciertamente no más exaltadas que las gentes de derecha, pero éstas estaban al otro lado de la barricada y las apostrofadas le seguían. Sus temores, que no profecías, se cumplieron. Sus palabras serenas habían defraudado a los energúmenos. Azaña, inteligente y sagaz, que hubiese gobernado atinadamente un país no sacudido por la tempestad, carecía de fibra para sortear la difícil prueba. Alguna vez le he visto hundido en su silla, inmóvil, agotado…

—Albornoz, no puedo más. ¡Qué país! ¡Qué momento!

Había sido un terrible error destituir a don Niceto. Un error explicable por la actitud del mismo frente al gobierno, pero funesto y suicida para la República. La situación se agravó tras el acuerdo. La misma noche en que instalamos a Martínez Barrio en palacio, unos señoritos pistoleros estuvieron a punto de matar a mi hermano en lugar de matarme. Le salvó su diferente arquitectura de la mía y el haber sido cubierto por su heroica mujer. Y a mí el haber llegado tarde a casa.

CÁLCULO EQUIVOCADO

A fines de abril de 1936, una tarde descendimos al mismo tiempo Honorio Maura y yo al pasillo circular del Congreso.

Su padre y mi padre habían sido amigos, y, a veces, charlábamos de lo divino y de lo humano. Honorio —el más pillo de los Mauras, como rezaba la copla calificadora de los mismos— me saludó cordial y me dijo nada sibilino.

—Albornoz, prepárese; quince días de revolución y luego, nosotros. —Es decir, ellos: las extremas derechas.

Honorio Maura aludía al futuro «glorioso movimiento», de preparación ya muy avanzada y, amicalmente, me prevenía acaso para que pudiera evitar sus coletazos.

Sonreí y le dije:

—Cuidado, que les puede salir el tiro por la culata.

Soltó una carcajada. No podía adivinar lo profético de mis palabras por lo que a él se refería. El alzamiento se produjo pero a él, pobre amigo, le costó la vida.

Durante la guerra

UN ACUERDO POLÍTICO

Triunfaba la anarquía en las calles de Madrid y aun de España entera.

Huelgas, alzamientos, violencias, tiroteos, odios feroces, brutal intolerancia en cada una de las dos Españas. El gobierno iba perdiendo día a día el control del orden público. Habíamos cometido el gran error de destituir a don Niceto. Se barabajan diversos nombres para sustituirle. Muchos creíamos que debía ser elegido Azaña. Él lo deseaba y, ademas, los sucesos desbordaban de prisa sus posibilidades temperamentales para llevar sobre sus espaldas la carga efectiva del gobierno de España. No descubro nada nuevo al trazar este sombrío cuadro; sus problemas se proyectaron en una reunión de los primates del partido al que yo pertenecía.

Nos habían convocado a los ministros y ex ministros de Izquierda Republicana. De los presentes en esa reunión vivimos aún Gabriel Franco y yo. ¡Cuántos buenos y queridos amigos allí congregados han caído ya al paso de los años! Recuerdo incluso cómo nos hallábamos sentados en torno a la mesa de Azaña. Yo estaba en la extrema derecha de nuestro jefe. No puede sorprender mi lugar a quienes conozcan mis ideas. Pero, junto a mí, se hallaba Giral que no podía ser calificado de conservador. Tras el acuerdo de sostener la candidatura de Azaña, mi vecino de asiento pidió la palabra y dijo aproximadamente: «Vivimos instantes muy críticos. Todos nosotros hemos luchado y seguiremos luchando por la libertad y por la República. Ambas están en peligro. No podemos dejar de crecer la ola de anarquía que nos invade poco a poco. El régimen no puede subsistir si no restauramos el orden público y restablecemos la paz civil. Es una hora de duros sacrificios. Será quizá preciso llegar a la dictadura republicana para salvar a las instituciones y sus bases esenciales la libertad y la democracia. Creo que el asunto es grave. Solicito que cada uno de nosotros asuma hoy su responsabilidad exponiendo su opinión sobre el problema».

Me adherí en el acto a su juicio sobre la hora histórica en que vivíamos y reconocí la urgencia de una medida drástica para salvar la República. Fueron opinando todos los presentes y por unanimidad, repito, por unanimidad —incluso Azaña opinó como todos— se acordó que tras la elección del mismo como presidente se procediera con urgencia a adoptar las medidas propuestas por Giral.

Elegido Azaña, tras su jura como presidente y tras la constitución del gobierno Casares Quiroga —grave error de Azaña— el 14 de mayo viajé a Lisboa para hacerme cargo de la Embajada de España en Portugal. Durante muchas noches dormí inquieto, con el teléfono a la cabecera de la cama, a la espera de la oficial comunicación de Madrid anunciándome la temporaria proclamación de la salvadora dictadura republicana. Pero no llegó jamás la esperada noticia y España prosiguió su triste anárquico caminar hacia la bárbara guerra civil que luego padeció.

He oído referir a Paco Giral que se creyó asegurar la situación mediante una gran tenida masónica en que algunos de los generales, luego rebeldes, prometieron lealtad con sus mandiles puestos. Respondo de lo que conjuntamente acordamos en casa de Azaña una mañana primaveral del año trágico de 1936. La debilidad en política es un pecado grave.

MI LLEGADA A LISBOA

El día de San Isidro salí de Madrid para tomar posesión de la Embajada en Lisboa, a la que mi buena ventura me llevaba. Y escribo buena ventura porque mi ida a Portugal —era lusófilo, había escrito sobre las cortes medievales portuguesas y tenía muchos amigos a orillas del Tajo— me permitió no participar en la gran locura de la guerra civil.

Al llegar me sorprendió ver llena hasta los topes la estación de Rozío y oír gritar a la multitud: «¡Viva la República!» Se habían dado cita allí los enemigos de la dictadura de Salazar para manifestarse así contra ella. Pero la policía portuguesa lo había sospechado y había tomado con ametralladoras los alrededores de Rozío y el comienzo de la ruta que yo había de seguir. Y durante mis primeras jornadas lisboetas hube de emplear a mis colaboradores en solicitar la libertad del centenar de estudiantes detenidos en la noche de mi llegada.

Confieso que no me envaneció la manifestación. Antes, al contrario, me alarmó. Todavía recuerdo que apenas sólo me saltaron a la memoria las conocidas palabras de doña Inés al escuchar en su celda de labios de Brígida el comienzo de la inflamada epístola amatoria de don Juan.

—¡Santo Cristo, qué principio!

Llevaba a Portugal una misión de paz —eran malas las relaciones de la República con la dictadura lusitana— y lo ocurrido aquella noche hacía presumible que mi labor no iba a ser fácil.

Mis amigos portugueses —intelectuales y aristócratas— me ayudaron en la empresa eficazmente. Y debo confesar que acabé confiando en que tendría éxito. Salazar me acogió cordialmente en el Palacio de San Bento, a un paso del Arquivo da Torre do Tombo, donde yo había trabajado de muchacho para escribir *La curia regia portuguesa*. Me recibió en su sede de la Rua do Arco de Jesus la Academia das Ciencias de la que yo era miembro correspondiente y pronuncié en ella una conferencia. Concurrí a una sesión del Consejo Directivo de la Universidad, invitado por su rector, Caeiro da Mata. Fui a depositar una corona en la tumba del gran historiador Herculano. Hablé por la radio. Visité la redacción del diario más influyente acompañado por el conde de Mafra, amigo de juventud. Todo marchó muy bien hasta el 18 de julio. El levantamiento militar hizo infecundos todos mis esfuerzos anteriores… Portugal se colocó decididamente desde el primer instante al lado de los

rebeldes. Y pronto me abandonaron todos, el personal de la Embajada en pleno, e incluso los viejos amigos.

EN EL PALACIO DE LA ZARZUELA

Mediados de junio. Había regresado de Lisboa a buscar a mis hijos. Informé a Casares en el Congreso de mis noticias sobre la llegada a Portugal de Fal Conde procurando pasar inadvertido, sobre sus entrevistas con Sanjurjo y sobre cuanto sabía acerca de la conspiración que se tramaba allí. Los antiguos amigos de Acción Republicana me refirieron el avance de la crisis institucional y los más íntimos me dijeron: «Vete a ver a Azaña, hay que abrirle los ojos. Van a barrernos esas gentes de enfrente». Visité a don Manuel —así solía yo llamarle— en el Palacio Nacional. No me dejó explayarme: «Ya hablaremos con calma. Venga a almorzar mañana a la Zarzuela».

Deliciosa mañana de junio. Azaña había invitado también a Moles, ministro de la Gobernación, y a Viñuales y su mujer. Almorzamos dentro del palacete y salimos al jardín. Bajo añosos arboles se inició la platica. Moles fue refiriendo las últimas noticias sobre huelgas, alzamientos, violencia, invasiones de fincas, asaltos, tiroteos… en buena parte, según dijo, preparados, alentados o realizados por la extrema derecha. El panorama era más que sombrío. Yo atisbaba el rostro de Azaña y esperaba de él una decisión drástica; a lo menos, unas palabras firmes; un gesto esperanzador de que iba a ponerse coto al anárquico y no manso deslizamiento del país hacia la guerra civil. Pero, ni el gesto esperanzador, ni las palabras firmes, ni la decisión drástica llegaron.

Todavía, al cabo de treinta y cinco años, me gana la emoción angustiosa que me ganó de pronto, cuando, tras el prolongado relato de Moles de lo ocurrido en las últimas cuarenta y ocho horas, Azaña exclamó impávido: «Bueno, ya estamos buenos para que nos fusilen». No sé lo que pensaron los otros contertulios ante aquellas palabras de un vencido sin combate. Lolita, su mujer, fue la única que se atrevió a acusar el golpe «Manolo, yo no quiero morir tan joven», exclamó. Sucedió a su espontánea réplica un silencio embarazoso. Me desplomé interiormente. Todo estaba perdido. No se pondría coto a la anarquía que provocaban a la par las extremas derechas y las extremas izquierdas. La República no sería defendida a tiempo. España seguiría rodando por la trágica pendiente. Me explicaba que en los dos extremos del cuadrante político del país se procurase crear en ella el caos. No podía admitir sin cólera que el máximo jerarca de la República consintiera en

la derrota de la misma y no se decidiera a defenderla, y a la patria de los horrores de la guerra.

No busqué el diálogo con Azaña. Le juzgué inútil ya. Una grave enfermedad de mi hijo me forzó a dejarle en Madrid y a mis padres con él. No sé qué misterioso presentimiento me hizo pensar al salir de Madrid que no volvería a pisar sus calles. En un rincón del corazón quedaba la esperanza de que, a la postre, el gobierno, por muchos advertido del peligro, reaccionaría a tiempo. Hoy me atrevo a pensar que, en realidad, no había gobierno. A fines de junio aún era posible evitar la catástrofe. Pero, repito, creo que en verdad no había gobierno. Había en él hombres enérgicos y decididos; eran los menos. Su presidente y algunos de sus miembros perdieron el control de sí mismos. Sé de algunos que lloraron el 18 de julio… Si, como Azaña, los más estaban buenos para que los fusilaran.

UNA VISITA INESPERADA

Ignoraba que Marañón estuviese en Lisboa. Me unía a él, sin embargo, una buena amistad y una muy íntima a su yerno, Alejandro Fernández Aráoz, compañero de estudios, de Ateneo y de juventud, y no me sorprendió verle llegar a la Embajada. Pero sus noticias me inquietaron sobre manera. Madrid ardía en rumores. Crecía la marea antigubernamental. Aumentaba cada hora la anarquía.

—Si se echa a la calle un regimiento, se acabó la República. Y eso no tardará en acaecer, —me dijo, profética y sibilinamente.

Sus palabras me hicieron recordar el incumplido acuerdo adoptado por los primeros republicanos de proclamar la dictadura, si era preciso, para restaurar el orden público, y la derrotista frase de Azaña en la Zarzuela.

—Ya estamos buenos para que nos fusilen.

Mi pesimismo frente al mañana aumentó en proporción geométrica después de oír a Marañón. Y, en adelante, día a día, esperé lo peor. Todavía confié durante algunos en que un cambio de rumbo del gobierno evitaría la catástrofe. Pronto la realidad superó a lo imaginado. A lo imaginado incluso por los conspiradores, porque el fracaso de la revuelta en Madrid y en Barcelona convirtió el cuartelazo en contienda civil.

ANTE EL CUARTEL DE LA MONTAÑA

En Ferraz, 2, han quedado con mi hijo, muy enfermo, mis padres y mi hermano. Nadie ante el Cuartel de la Montaña —así, nadie— durante muchas, muchas horas. Fanjul habría podido salir a tambor batiente. Por el teléfono de mi casa se retransmiten el día de la lucha las órdenes para el asalto. Por los balcones entra lluvia de balas disparadas por los rebeldes. Se consuma la tragedia. Calma en el barrio. Pero empiezan los bombardeos. Mi madre despierta a mi padre:

—Nicolás, ¿no has oído las sirenas? Levántate. Vamos al sótano.

—Yo no me muevo. Dios no va a ser tan cruel que me mate en la cama.

OFERTA RECHAZADA

—Claudio, usted no es socialista, ni anarquista, ni comunista; usted no puede representar a un gobierno dominado por ellos. Véngase con nosotros. Somos España y defendemos la libertad. Sus dos amores.

—Gabriel, me ofende usted. Sé que no ha querido hacerlo, porque somos amigos y le conozco bien. Pero, sin querer, me invita usted a que cometa una traición. Cualesquiera que sean mis ideas y las de quienes hoy gobiernan España tras el levantamiento militar, mi deber es seguir en mi puesto. Y en él seguiré enfrentando todos los riesgos y ateniéndome a las consecuencias que esa permanencia me acarree. Tengo, además, que ayudar a los fugitivos que huyen de la zona dominada por ustedes.

Así dialogamos en el Palacio de los Meninos de Palhavã, asiento de la Embajada de España en Lisboa, mi viejo amigo Gabriel Maura y yo.

Ante mi firmeza en no dejar mi puesto, los falangistas me amenazaron con raptarme a mis hijas —¡Raptos en embajadas! ¡Agosto de 1936! ¡*Nihil novum sub sole*!—. Tomé precauciones y seguí salvando a los republicanos. A los que vivían en Lisboa primero y, después, a los que lograban escapar en barcas de pesca desde las costas de Galicia o cruzando la frontera terrestre y alcanzando a llegar hasta mí, que no todos lo lograron. Varios cientos de ellos me deben la vida, o me la debían, porque muchos han muerto: Galarza y Villaverde, entre ellos.

EN LA QUINTA COLUMNA

¡Ay Franco del alma mía!
Cuatro meses te esperé
Pero como no venías
Me hice de la C.N.T.
¡Ay Franco del alma mía!
Ya ves si yo te querré
Que te espero todavía.

FÁCIL INFORMACIÓN

El mayordomo de la Embajada me anuncia la visita de una señora que quiere vender abanicos antiguos a mi hija.

—Hágala pasar.

—Buenos días, señor embajador.

—Buenos días, señora. Dígame qué desea.

—No vengo a venderle abanicos; le traigo este mensaje de un empleado del Banco del Espíritu Santo. (Y de las ligas que sujetaban sus medias saca unos papeles en que me informan del empréstito que el día anterior se ha otorgado a los rebeldes nacionalistas españoles).

Por conductos no menos misteriosos me llegan noticias del número de granadas que salen de Lisboa, por mar y por tierra, para los enemigos de la República, y de otra serie de pormenores de la ayuda por ellos recibida del Portugal de Salazar.

Me informan, incluso, de acuerdos y decisiones del Ministerio de Relaciones Exteriores.

No tengo que moverme ni hacer espionaje. Medio Lisboa se ha colocado a mi lado. Sus noticias me permiten protestar con datos precisos ante Armindo Monteiro, Ministro de Asuntos Extranjeros. Mis protestas fueron tantas y tan concretas que acabaron cercándome en la Embajada y encarcelando a cuantos a ella se acercaban. Y, a la postre, poniéndome en un barco, tras romper relaciones con Madrid.

BARBARIE

Estaba enfermo y guardaba cama. Un periodista yanqui —después famoso— se obstinó en que le recibiera y accedí.

Apenas entrado en mi habitación, se sorprendió de que yo tuviera un crucifijo sobre el lecho y me declaró sin rodeos su sorpresa.

—¿Hay alguna incompatibilidad entre ser católico y republicano? —le dije. Después del Concilio Vaticano II no se hubiese asombrado de tal conjunción.

—Vengo a pedirle informes y a dárselos. Estoy horrorizado. Pero ¿qué barbarie ancestral ha explotado entre ustedes los españoles? He visto torear —así, torear— a los diputados socialistas en Badajoz. Y, acompañando a las vanguardias del ejército de África, he entrado en algunos pueblos donde aún estaban colgados hacia abajo los ricachos del lugar y con los vientres vacíos, como si fueran cerdos.

Me horroricé yo también. No hallé una respuesta rápida. Al cabo, reaccioné.

—Lea usted las *Miniaturas históricas* de Strimberg y verá cuáles fueron los horrores de las guerras religiosas en Alemania. Llegaron a asar como liebres a los niños. Después de leerlas, no he podido jamás volver a comer tales lepóridos. Y están llenas de horrores las historias de las guerras civiles y religiosas de todos los pueblos. Cuando estallan tales discordias, los hombres vuelven en seguida al estado salvaje. Los españoles tuvimos, además, siete siglos de contienda a la par nacional y religiosa, la Reconquista, y en ella se aceraron nuestras aristas para siempre.

Las noticias del periodista yanqui, las que me procuró un telegrama oficial del cónsul portugués en La Coruña a su Ministro de Relaciones Exteriores sobre las horribles ejecuciones del gobernador republicano de tal provincia y de su mujer, alumna mía —telegrama que horrorizó a Armindo Monteiro—, y cuantas me iban llegando acerca de las monstruosidades que la lucha suscitaba en las dos retaguardias, me fueron enfermando el alma hasta llevarme a la decisión de buscar la paz a toda costa, cuando me fuera dable hacerlo.

MEA CULPA

Cumplía con mi deber protestando contra la ayuda de Portugal a los enemigos de la República y contra los desafueros de la policía portuguesa. *En pugna violenta con ella* hube de hacer embarcar en naves francesas de paso por Lisboa a algunos republicanos en peligro de ser entregados a la España fascista; a los que llevaba hasta el puerto en mi coche y que, en el puerto, intentaba a veces la policía arrancarme de las manos. Uno de esos republicanos puede aún dar testimonio de ello.

Pero mis protestas, que el Gobierno portugués sabía justificadas, le tenían soliviantado. Y, cuando Ansaldo fue a buscar a Sanjurjo para que se pusiera al frente de ¡el glorioso movimiento!, Portugal, a fin de ahorrarse huevas querellas diplomáticas, no consintió que volara desde un aeropuerto. La dificultad del despegue provocó la muerte del indiscutido jefe de la España sublevada. Y Franco ocupó su puesto.

No es lícito a un historiador jugar al divertido juego de los síes. Quiero decir que no nos es permitido a los cultores de la historia imaginar cómo habrían ocurrido éstos o los otros sucesos si en el inicio del proceso histórico se hubiesen producido éstos o los otros acontecimientos. No me lanzaré, por tanto, a examinar lo que habría acontecido si Sanjurjo hubiera dirigido la España en rebeldía. Pero ¿quién puede dudar de que habría sido diferente el curso de la vida española durante los treinta y cinco años transcurridos desde el verano de 1936, de haber él ocupado la jefatura del «movimiento nacional»? Pese a todas las erróneas interpretaciones hoy en boga, el hombre de carne y hueso sigue siendo factor insoslayable del acaecer histórico. Y ningún español puede desconocer las diferencias que apartaban a los dos generales.

Cumplía con mi deber al protestar día a día ante el gobierno portugués, pero hoy creo que con mis protestas contribuí a cambiar las rutas de mi patria. ¿Contribuí? Sí. Porque, dada la complejidad del devenir histórico —he disertado recientemente en Roma sobre el tema—, nadie puede por sí solo abrir caminos al mañana. Por ello y por mi convicción sobre la insignificancia de mi personalidad política, me he absuelto a mí mismo hace tiempo de la culpa que pudo caberme en el accidente que llevó a Sanjurjo a la muerte y en los coletazos que su deceso produjo en la vida de mi patria… Y en la mía.

PRESIONES Y MIEDOS

Antes de romper relaciones con Madrid el Gobierno Salazar intentó moverme a que yo decidiera *motu proprio* abandonar la embajada. Para lograrlo ejerció cuantas presiones pudo imaginar que me decidirían a ello. Me demostró que conocía todas mis relaciones con mi Gobierno, enviándome descifrados' los telegramas cifrados que llegaban para mí. Ordenó al banquero con que trabajábamos que no me pagara los cheques que tenía pendientes como embajador y de tal manera apretó los tornillos que tuvieron miedo de ayudarme los más enemigos de Salazar. Para conseguir que actuara judicialmente contra el viejo banquero de la embajada telefoneé a uno de los más famosos abogados de Lisboa que militaba en la oposición al régimen salazarista y me asombró oír de sus labios su negativa a intervenir por temor a represalias de la policía. Permanecí empero firme en mi puesto hasta el final. Hasta que Texeira de Sampayo, subsecretario de Relaciones Exteriores, me entregó la nota diplomática de ruptura al mismo tiempo que los antiguos diplomáticos ocupaban la cancillería.

EN BUSCA DE LA PAZ

Otoño. 1936. El Golfo de Vizcaya hace bailar a su capricho al *Almeda Star*. Portugal había roto relaciones con la República española y yo había debido abandonar Lisboa con mis hijos y mi hermano. Pláticas amenas a bordo del lujoso navío. Pláticas frecuentes con el gran patriota y gran señor Marcelo de Alvear, ex presidente de la República Argentina. Boulogne. Visita del nuevo amigo a la estatua del Libertador San Martín. París. Instalación en el Hotel du Caire, donde en 1927 había visitado a Sánchez Guerra ya exiliado. Había cumplido en Lisboa mi deber hasta el fin. Y no sin grave riesgo mío y de mis hijos —los falangistas me habían amenazado con raptarlos si no abandonaba la embajada— había permanecido firme en mi puesto y había salvado la vida de muchos republicanos españoles que se habían refugiado en Portugal. Pero, desde el comienzo de la guerra civil, me había torturado el angustioso recuerdo de la barbarie de la lucha fratricida en que morían cada día cientos de españoles. En Lisboa, por intermedio de Correa Luna, ministro de la Argentina, había solicitado personalmente la intervención de Saavedra Lamas, canciller del gobierno de Justo, a quien había conocido en Buenos Aires en 1933. Saavedra Lamas ofreció la mediación. Pero ello no bastaba; corrí en París a visitar a Le Breton, embajador argentino en Francia, para concretar el modo en que la promesa podía ser eficaz. Le propuse que su país tomara la iniciativa de organizar unas fuerzas militares hispanoamericanas que pudieran interponerse entre las facciones españolas en batalla. No podían ser sospechosa para ninguno de los dos campos; eran hermanos de América que llegaban a poner paz entre los hermanos de España. Le pareció excelente idea; el sistema ha sido luego empleado más de una vez en contiendas civiles y sin el peso sentimental de la fraternidad que estaba en la base de mi propuesta. Escribió o telegrafió a Buenos Aires. Pero, entre tanto, Francia e Inglaterra ofrecieron mediar en la batalla. Y Argentina se retrajo al conocer el doble rechazo por rojos y blancos de la doble iniciativa.

CHARLA CON AMADEO HURTADO

Salazar me había puesto en un barco cuando las tropas rebeldes se acercaban a Madrid y parecía inminente su caída. Madrid resistió. Pero, no sólo el gobierno portugués se engañó, creyeron en la inmediata pérdida de la capital de España muchos republicanos y el mismo Gobierno de la República, que se trasladó a Valencia. Tal temor y los tristes sucesos que presenciaban las dos grandes ciudades de Castilla y Cataluña lanzaron al exilio a multitud de figuras del republicanismo. Era frecuente tropezar con ellos en las calles y plazas de París. En mi misma casa, ocupaba Ventura Gassols otro departamento. Hiperbólicamente podría decirse que hubiesen podido reunirse las Cortes a orillas del Sena. Algunos regresaron a España, los más iniciaron entonces su destierro, ora mediante la gestión de una representación diplomática, ora mediante el logro de algún otro acomodo.

En el Boulevard Raspail encontré una mañana a Hurtado. Larga charla.

—Albornoz, Madrid no caeré. Es la ocasión de negociar la paz.

—Yo ya he iniciado una gestión por intermedio de la Cancillería argentina.

—Yo otra en el Quai d'Orsay.

—*Muchos amenes llegan al cielo.* Pero, temo que no logremos nada. Son feroces los odios. Largo Caballero ha hecho unas declaraciones tremendas hablando de exterminio. Y no dudo de que, en el otro lado, lo desean aún más vivamente. Nuestros compatriotas se han vuelto locos. Yo no lo estoy. Busco trabajo. Pero prefiero la miseria a participar ni siquiera indirectamente en la matanza.

UNA FRASE DE ORTEGA

Siempre he sentido gran admiración por Ortega. Pensador profundo, su prosa fue bellísima y fue un mágico orador. Pocos escritores han alcanzado a igualarle en la historia de España, nadie entre sus contemporáneos españoles le ha superado y ha sido uno de los grandes de la cultura occidental en la primera mitad de este siglo. Disentí en su día de su explicación de la vida histórica hispana; creo que no es fácil a los filósofos, juzgar del pasado de los pueblos, por exceso de subjetivismos y por falta de información las más de las veces. Pero ese disentimiento no restó nunca un ápice a mi devoción por él. Y lamenté muchísimo su apartamiento de las Cortes Constituyentes donde había prestado gran servicio a España.

Acababa de ser operado en París y fui a visitarle con Aurelio Viñas. Larga charla. Estábamos ya los dos en el exilio —noviembre de 1936—. Se pronunció contra el cambio de rumbo de la República. Me atreví a decirle que él era, en parte, culpable por su alejamiento del parlamento. Y le dije verdad, porque ejercía una gran fascinación sobre los diputados de todas las tendencias. Y le recordé cómo un gran discurso suyo, de madrugada, contra la república federal cambió el curso de la planeada organización constitucional de España.

Ortega, como otros muchos españoles liberales, estaba, es decir, estábamos angustiados por el rumbo de la vida nacional, sacudida por la ola de odios que había provocado la guerra civil y que ésta había llevado al paroxismo. Del ayer y del presente Ortega pasó a discurrir sobre el mañana:

—Albornoz —me dijo— pase lo que pase, en diez años no podrá haber elecciones en España so pena de caer de nuevo en el caos.

Noviembre, 1936. Ortega no podía adivinar las tres décadas largas durante las cuales ni siquiera se ha soñado en nuestra patria en convocar una consulta electoral.

He pensado muchas veces en las palabras citadas de Ortega que hoy traigo a capítulo, porque siguen golpeando todavía en mi memoria. Mi profunda admiración hacia él no me ha llevado nunca a otorgarle dotes proféticas. Y, sin embargo, al cabo de treinta y cinco años, me inclino a creer que sus palabras implicaban el deseo de dar plazo a la educación del soberano, como habría dicho el gran Sarmiento a este lado del Atlántico, refiriéndose a la necesidad de capacitar al pueblo para decidir de sus destinos.

EN CAUDÉRAN

«Affaire entendue», me telefoneó a París mi amigo Cirot, decano de la Facultad de Letras de Burdeos, para anunciarme que había logrado crear para mí una cátedra en la Universidad. No vacilé. En Portugal me había convencido de que la guerra civil iba a ser muy larga. Me parecía monstruoso que los españoles se mataran entre sí bárbaramente. Me había decidido a mí mismo no participar en la contienda. Tenía a mi cargo a mis padres, a mis hijos y a un hermano. La providencia, al quite, me brindaba una posibilidad de mantenerles honestamente. Burdeos estaba unida a la tradición de mi familia paterna. Allí habían estado emigrados un siglo antes los abuelos de mi padre, durante la primera guerra carlista; allí, en Notre Dame, se había educado mi abuela, Teresa. Y a Burdeos acababa de llegar mi maestro admirado y querido, Menéndez Pidal. Extraño destino el de los españoles forzados a repetir éxodos y exilios. Días angustiosos los míos en la *banlieu* bordelesa, en Caudéran. Veía crecer a mis hijos y declinar a mis padres, mientras el alma me escapaba hora a hora hacia las soleadas ciudades de España donde mis compatriotas, todos para mí hermanos, se mataban ferozmente con saña cruel. Mi pasión por la investigación histórica me ayudó a soportar aquellos tristes años de mi destierro girondino. Trabajé, trabajé sin descanso para poder olvidar la gran tragedia. ¿Para olvidarla? Para, durante largas horas al día, poder apartar mi mente de la cruel matanza. Al recordarlas vaya mi homenaje agradecido hacia los colegas de Burdeos que aliviaron con su amistad mi exilio: Cirot, Fawtier, Daudin, Terracher, Boussagol, Darbon, Seston, Delpy…, hacia los estudiantes que colmaban mis clases —alguno, Aubrun, es hoy un gran maestro— y hacia mi viejo compañero de juventud, Pepe Tudela, también exiliado a orillas del Garona.

Pero la guerra duraba y mi contrato bordelés tocaba a su fin. Mi madre poetizó nuestras preocupaciones.

¿Dónde y cómo pasaremos
Viejos, niños y mayores
Los fríos y los rigores
Al llegar? ¿Dónde y cómo viviremos
El invierno que se acerca
Y llama ya a nuestras puertas

Para entrar?

Hubimos de acostumbrarnos a vivir… como cada día era posible…, pero vivimos gracias a la ayuda renovada de la Universidad.

MI ENTREVISTA CON AZAÑA EN VALENCIA

Azaña pagó caros sus tres pecados del año 1936: la destitución de don Niceto, su deseo de abandonar la presidencia del Consejo de Ministros para ocupar la presidencia de la República y su debilidad frente a la crisis del poder público. Los pagó caros, porque él, un burgués liberal que habría sido un excelente jefe de gobierno en la Tercera República francesa o en la monarquía de los Saboyas, después del 18 de julio de 1936 fue prisionero de una conjunción de fuerzas políticas —socialismo, anarquismo, comunismo— en la cual los republicanos —burgueses, demócratas y liberales— no representaban nada. Hubo de asistir impotente a las violencias que ensangrentaron la República durante la revuelta social que siguió al alzamiento militar. No se necesita conocerle demasiado para calcular su repugnancia y su vergüenza ante tales sucesos, aunque fueran sincrónicos de los que tenían lugar al otro lado de la barricada; y su sufrimiento ante la imposibilidad en que se hallaba para ponerles coto. Sus conocidas palabras después de los crímenes cometidos en la Cárcel Modelo de Madrid: «No quiero ser presidente de una República de asesinos», palabras que le honran porque nadie condenó así crímenes parejos en el campo enemigo, no fueron sino expresión liminar de muchas ideas que, sin duda, golpearon de continuo en su mente.

El choque entre su impotencia para dar rumbo a la República y para impedir no sólo la violencia, sino el deslizamiento rápido de aquélla hacia sistemas de gobierno que repugnaban a su espíritu de hombre liberal, debió de amargarle profundamente. No dio la espantada de Figueras por dos razones: porque se lo impidió su hispana dignidad y porque, además, no le habría sido posible abandonar su puesto en el cual cada vez era más un prisionero. Hay empero muchos indicios y algunos testimonios de que la idea de la dimisión pasó muchas veces por su pensamiento.

Esa triste batalla entre su concepción de la sociedad y de la república y el panorama de la realidad en que estaba cautivo, y su combate íntimo entre su anhelo de cortar el nudo gordiano y huir al extranjero y la conjunción entre su concepto de su dignidad personal y la certeza de la imposibilidad de realizar su sueño, le irritaron enormemente contra muchos de sus antiguos correligionarios. Contra quienes, libres de sus compromisos —de sus prisiones, que no pueden calificarse de doradas—, vivíamos pobremente pero fieles a nuestros ideales sin participar ni mucho, ni poco, ni nada en la cruel

hecatombe de la guerra y sin sufrir el cautiverio de un régimen en el que, al cabo, los comunistas imponían la ley. Desde el fondo de su alma Azaña nos envidiaba. Pero esa envidia se traducía en resentimiento. Tanto mayor cuanto más prieta había sido nuestra relación política con él.

De labios de los republicanos españoles de Lisboa que yo había salvado de ser entregados a los nacionalistas y que conocían mi conducta en la embajada, había escuchado en París con indignación las frases con que Largo Caballero me lapidaba como culpable de la actitud de Portugal frente a la República. Les había agradecido que le hubieran contradicho, pero les añadí que no me sorprendía el exabrupto, porque tenía muchas pruebas de la enemistad que me profesaba el jefe socialista, aunque no me la explicaba pues no podía justificarla por mi amistad con Prieto y, sobre todo, con mi colega de la Universidad, el gran Besteiro.

Ante esa realidad, mientras Largo Caballero fue el jefe del gobierno, no se me pasó por las mientes la idea de ir a España. Después de su caída, decidí viajar a Valencia para renovar el testimonio de mi lealtad a la República y para conocer *de visu* lo que pasaba en la zona republicana. Muy devoto de Azaña, comencé por acudir a saludarle. Giral me había prevenido de su cólera contra mí. La he explicado antes. No me perdonaba que yo pudiera volar con libertad y que pudiera seguir mi propio camino sin soportar las claudicaciones que a él le imponía su cargo. Y, poco a poco, se había tornado en enemistad su antigua confianza. Esa mudanza le llevó a desfigurar nuestra entrevista en sus *Memorias*.

Le dije la verdad; que, mientras Largo Caballero presidió el gobierno, no me había parecido prudente ir a España y que había hecho gestiones para llegar a la paz. Se franqueó entonces conmigo: «La guerra esta perdida, absolutamente perdida —me dijo—, pero, si por milagro se ganase, en el primer barco que saliera de España tendríamos que embarcar los republicanos, si nos dejaban». Asentí a su opinión y añadí: «Y si usted cree —y acierta— que la guerra esta perdida y que la suerte de nosotros, los republicanos, esta sellada, ¿por qué no hace usted la paz?» «Porque no puedo», respondió rápidamente. Y no me fue difícil adivinar en su mirada la angustia con que llevaba su impotencia. Francisco Barnés me había afirmado en París que Azaña había iniciado, en verdad, gestiones de paz. Respondo sólo de lo que he visto y oído.

Visité a Negrín, a Prieto y a Martínez Barrio; y no me asombró que los dos últimos, con palabras no demasiado disímiles de las de Azaña, me descubrieran su opinión sobre la segura derrota; ni que el presidente de las

Cortes coincidiera en su juicio con el del presidente de la República sobre el destino, en todo caso sombrío, de los republicanos. A él y a Prieto hice la misma pregunta que a Azaña: «¿Por qué no hacen ustedes la paz?» Y los dos me dijeron también: «No podemos». Me han afirmado que Prieto buscó un acomodo con ocasión de su viaje a Chile. Era tarde. Acaso hubiera podido negociarse en 1937, después no.

Ninguno de los tres hombres fueron, empero, responsables de la prolongación de la contienda. Los tres eran, en verdad, prisioneros en Valencia y lo fueron después en Barcelona. Mis días valencianos no me dejaron lugar a dudas sobre ello. Ni sobre lo inevitable de la derrota. A distancia de más de treinta años excuso la ingenuidad de quienes creyeron posible la victoria. ¡Eran tan sombrías las perspectivas del posible vencimiento! Pero hicieron un daño inmenso a la causa de la restauración futura de la libertad y de la República, tanto más difícil cuanto más duraba la contienda.

LA OFENSIVA DE ARAGÓN

Valencia, agosto de 1937.

—Este telegrama va a tardar mucho —me dijo el telegrafista al recibir el que yo le entregaba para mis hijos.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque vamos a hacer la ofensiva en Aragón y se van a interrumpir las comunicaciones —me dijo.

Pensé: «¿Será verdad? ¿Cómo lo sabe este hombre? ¿Por qué lo dice a un desconocido?»

En Valencia había plétora de limpiabotas. Entré en un salón a lustrarme los zapatos. A mi lado, uno de los lustradores le dijo a un cliente en alta voz:

—Ahora van a ver lo que es bueno esos canallas fascistas, cuando hagamos la ofensiva de Aragón.

Volví mecánicamente la cabeza y miré al limpiabotas. También él sabía que se iba a hacer una ofensiva en Aragón y lo decía en un lugar público.

Horas después entraba en un café. Encontré en él a uno de Ávila. Le abracé.

—¡Cuánto me alegra verte! ¡Creí que te habían fusilado los rebeldes!

—No, don Claudio, me salvé de milagro y hoy soy comisario político en el batallón X. Ahora vamos a hacer una ofensiva en Aragón y vengaré a mis muertos.

¡Todo el mundo conoce aquí y cuenta que se va a hacer una ofensiva en Aragón! No pude más. Concluí rápidamente la charla y decidí informarme. ¿Cómo podía hacerse la guerra si era archipúblico el proyectado ataque? Estaba cerca del Ministerio de Instrucción. Subí a ver a Navarro Tomás y le conté irritado lo ocurrido.

—¡Esto es increíble! El telegrafista, el limpiabotas, el comisario político, todos saben y propalan el anuncio de la ofensiva en Aragón. Esto es intolerable. ¡Voy a protestar públicamente!

—¡Cállese, Albornoz! Es peligroso hablar así. Tiene usted razón, pero, sea prudente.

No me resigné al silencio. Fui a la presidencia de la República. Entré en el despacho de Cándido Bolívar, Secretario General de la Casa Presidencial. Viejo amigo y colega de lucha contra la dictadura, le conté lo ocurrido.

—¿Cómo es posible hacer la guerra así? Hay que acabar con esto. Hablemos a Azaña.

Mi irritación era tan grande como había sido mi asombro. Pero Cándido Bolívar repitió punto por punto las palabras de Navarro Tomás.

—¡Cálmese! No podemos evitarlo. ¡Y puede serle muy peligroso si no se calla!

—Pero, Cándido…

—Le repito el consejo. No hable de esto a nadie.

Pocos días después comenzó la ofensiva de Aragón por tierras de Belchite. Inicialmente se tomó alguna posición. Recuerdo todavía el nombre de una de ellas «La novia del viento». ¿Cómo olvidar ese extraño topónimo local? Pero la campaña fracasó. Como era previsible, supuesto su previo conocimiento general.

«¡Linda manera de hacer la guerra!», diría un argentino.

NOTICIAS SOBRE LA AYUDA RUSA

He escuchado a Gordón Ordás en Buenos Aires referir las peripecias de su compra de aviones norteamericanos para el gobierno de la República en los primeros tiempos de la guerra civil y cómo logró con gran celo y con grandes dificultades que volaran a Europa rumbo a Arcángel. Gordón completaba su relato declarando que tales aviones no llegaron a España; los rusos se quedaron con ellos y enviaron un número igual de viejos aparatos.

He escuchado a Giral que el material de guerra ruso que, muy despacio y muy bien pagado, iba llegando a puertos españoles republicanos, no desembarcaba si el gobierno no accedía antes a que fueran entregados a los comunistas importantes puestos militares y policíacos.

Y he escuchado a Asúa referir que, por intermedio de los socialistas alemanes, fue conociendo en Praga las negociaciones entre los gobiernos de Stalin y de Hitler, que se iban traduciendo en contra de la República española. Y que no logró ser creído por el gobierno Negrín.

YO SOY LIBERAL

—Padre, tu gorra esta muy vieja. Vamos esta tarde a Burdeos y te regalaré una boina.

—¿Una boina? Las boinas son cosa de carlistas. Cierto que mi tío Domingo Campomanes fue ayudante de Zumalacárregui y mi abuelo Juan, comandante de ingenieros «convenido de Vergara». Pero todos mis demás familiares fueron liberales. Por serlo, el tío Ramón, el mayorazgo, mandó destruir el rollo y la picota que tenía en La Serna, de la que era señor de horca y cuchillo por herencia de su madre abulense, mi bisabuela materna. Y ninguno de los Albornoz ha sido carlista. Yo no he usado nunca boina y no la usaré porque soy liberal.

—Pero padre, estamos en 1938. Hace años que la boina ha dejado de ser símbolo de carlismo. Yo soy republicano y la uso, y la usa también Prieto, que es socialista.

Y no dejó de costarme esfuerzo que el liberal de mi padre rompiese con la tradición y aceptase mi regalo.

DESTERRADOS EN BURDEOS

Fáciles y frecuentes encuentros entre exiliados republicanos en las calles de Burdeos. Charlas fugaces o detenidas platicas.

—Albornoz, antes de seis meses estamos en España —me dijo una tarde Teodomiro Menéndez.

—No, esta vez tardaremos años en volver, si volvemos algún día —repliqué.

—Hablo por experiencia propia, he estado emigrado tantas veces… —me dijo sonriente.

—Esta no es una emigración como las otras, Teodomiro. La guerra ha sido barbara y muy larga. Se ha jugado en ella mucho más que un episodio político como los que ustedes y yo hemos conocido. Vuelvo a preguntarme si volveremos algún día.

—Es usted un terrible pesimista.

—Tal vez, pero…

En el Café de la Regencia. En una mesa charlamos tres o cuatro emigrados. De lo de ayer, de lo de mañana, de lo de siempre. Los exiliados hemos tenido mala prensa. Se nos han atribuido muertes y robos sin cuento. Nos dirigen miradas hostiles algunos vecinos del café. No hemos hablado de ellas, pero no nos han pasado inadvertidas. De pronto, en la mesa de al lado, una señora (?) exclama:

—¡Me falta mi anillo de brillantes! —Y, pálida, se lanza a buscarlo, no sin dirigirnos una nueva mirada, esta vez acusatoria.

Los cuatro contertulios españoles permanecemos como detenidos en la vida, sin intentar un movimiento ni hacer un gesto ni pronunciar una palabra. No hemos cambiado sino pensamientos angustiosos. Inmóviles y en silencio presenciamos la no fácil búsqueda del anillo perdido. Larga espera. Los minutos empiezan a hacerse demasiado largos. Seguimos estatuarios. A la postre, uno de los que llevaban a cabo el rastreo en busca de la alhaja exclamó alborozado.

—¡Aquí está tu anillo! —y lo mostró triunfante. Los cuatro respiramos.

—Gracias a Dios —dijo uno de nosotros—. ¿Te fijaste en las miradas que nos dirigieron los buscadores del anillo?

—Si no hubiese aparecido, nos habrían acusado de robo.
—Tuvimos los mismos pensamientos.
—Nunca he estado tan inmóvil y he pasado tan mal rato.
—¡Estos rojos ladrones y asesinos!
Yo estaba en el grupo de profesores desterrados allí reunidos.

ÚLTIMA LECCIÓN PATERNA

—Hijo, voy a volver a España. Siento dejarte y a tus hijos, que adoro, pero estoy muy viejo y antes de diez días va a estallar la guerra europea. Voy a morirme a Ávila. Cuando acabó la guerra civil, pensé que iban a proclamar la monarquía constitucional que nunca debió anular el rey, y no habríamos sufrido los españoles las horas terribles que hemos vivido. Si se hubiese vuelto a la monarquía liberal, quizá habría yo vuelto a la brega. Habría sido dos veces senador vitalicio. Mi tío y padrino, Nicolás, lo fue tres veces: antes y después del Bienio Progresista y antes y después de la «Gloriosa». Pero no ha ocurrido así. No tengo nada que hacer en el nuevo régimen, pero no quiero caer aquí, en el exilio. Quiero dejar mis huesos en mi tierra. Tú no debes volver, ni ahora, ni mientras no puedas entrar en España con la frente alta y con plena dignidad. No nos veremos más, hijo. La vida es así. Dios te bendiga como lo he hecho yo más de una vez y lo vuelvo a hacer ahora.

Lo abracé emocionado. Corría rápido a su fin el mes de agosto de 1939; pocos días, pocas horas después Hitler consumaba la catástrofe. Y le dije simplemente:

—Tengo que pedirte algo y también a mi madre.

—Sea, pero ¿qué?

—Desheredadme para que no puedan confiscarme lo que fue vuestro y debe ser de mis hijos.

—En tu primer discurso político en la plaza de Toros de Ávila dijiste: «Acaso el dar yo este paso signifique que no reciba un día la herencia de mis padres».

—Es verdad. ¿Te lo contaron?

—Sí. Fuiste profeta. Sé que sabes perder. Son leyes del juego que es la vida. Los castellanos sabemos pelear, y ni nos enloquecen las victorias, ni nos abaten las derrotas. Ya llegará tu hora.

EN PYLA-SUR-MER

Horas crueles las del destierro. Al llegar a Cuba, para ganarme el pan y mantener a mis viejos padres, a mis hijos y a mi hermano, todos exiliados en Caudéran, en la *banlieue* de Burdeos, el Encargado de Negocios del Gobierno de la República fue a comunicarme mi destitución como catedrático de la Universidad de Madrid. Eran los primeros días de enero de 1938; no habían transcurrido cinco meses de mi viaje a Valencia. En la misma fecha habían destituido a Ortega y Gasset, a Américo Castro, a Pittaluga y a alguien más de nuestras ideas y de nuestra talla. Empezaba la barrida de los republicanos liberales.

Naturalmente, no se me pasó por la imaginación ni protestar, ni alterar la línea de conducta que me dictaba mi conciencia. Demócrata y liberal por nacimiento —¿por nacimiento?, quizá sí—, estaba a mil años luz de los enemigos de la democracia y de la libertad del campo fascista, pero tampoco me podía sentir identificado con quienes, en el republicano, no participaban de mis ideas ni de mis fervores y, que de haber triunfado, habrían instaurado el comunismo, muy fuerte ya en Valencia en 1937.

Estaba seguro de que no tenía delante sino muchos años de destierro, acaso una vida entera de exiliado, y me dispuse a la inevitable batalla para poder vivir.

Tras el éxodo de los vencidos a través del Pirineo, Azaña pudo realizar el gesto que no se había atrevido a hacer en España y renunció a la Presidencia de la República. Se le ha condenado por ello, pero es el caso que nadie quiso hacerse cargo de su sucesión. Y concluida al cabo la guerra civil, como era inevitable —y ya tenían por seguro en 1937 Azaña, Prieto y Martínez Barrio —, don Manuel, tras una breve estancia en Grenoble, se instaló en Pyla-sur-Mer, en la bahía de Arcachon, cerca de Burdeos. Mi admiración por Azaña que me iba haciendo perdonarle la debilidad de su carácter y mi convicción de que durante la guerra había sido un prisionero, me llevó pronto a escribirle y a anunciarle una visita.

Una amiga francesa —sólo Cipriano Rivas Cherif ha podido reprocharme tal amistad—, a mis ruegos, me llevó en su coche a casa de Azaña. Vivía éste en un cómodo y elegante *petit* hotel. Al entrar en él y toparme con el retrato de Lolita, su mujer, que había visto muchas veces en su casa de Madrid, y con sus muebles madrileños, no pude reprimir mi sorpresa y, nada diplomático,

me aventuré a decirles: «Han salvado ustedes sus cosas; yo he perdido todas las mías, me las robaron los falangistas».

Sin esfuerzo advertí el ingrato impacto que mis palabras produjeron. Se acentuó la distancia entre él y yo cuando le dije: «Pero, don Manuel, ¿por qué no se cumplió el acuerdo que tomamos en su casa de restablecer el orden público llegando incluso a proclamar la dictadura republicana?» «Habríamos tenido que fusilar a dos o tres…» «¿Y no habría sido preferible tres muertos, salvando la República, a los quinientos mil que ha costado la guerra en que la hemos perdido?»

Cambiamos el giro del diálogo y charlamos largo rato de cosas sin riesgo de volver a enfrentarnos. Lolita era parienta de parientes míos. Y uno que lo era de ambos había muerto combatiendo como aviador al servicio de la República. No faltó por tanto tema para la larga plática. Pero abandoné Pyla-sur-Mer convencido de que se había roto para siempre mi vinculación con quien había seguido y admirado otrora.

Claro que nunca se me pasó por la imaginación la idea de interrumpir mis frecuentaciones amistosas con él y con los suyos. Eramos, al cabo, dos emigrados políticos que vivíamos no demasiado lejos en el suelo acogedor de Francia.

AZAÑA, MORIBUNDO

«¡Buenos días, Miguel, qué gusto en verle! ¿Qué le trae por esta casa?» Así saludé con gran sorpresa en mi hogar de Caudéran a Miguel Maura una mañana de mayo de 1940. Su visita tenía como principal motivo pedirme que le acompañara a vera Azaña. Había recibido una importante misión del gobierno de Francia. Creían los franceses haber logrado detener el avance alemán, habían establecido una línea defensiva fuertemente artillada, que esperaban resistiese el nuevo ataque, y deseaban crear una diversión estratégica a Hitler al sur del Pirineo, haciendo entrar en España un cuerpo de ejército encuadrando una hueste española republicana. Pero para ello necesitaban contar con los prohombres de la República refugiados en Francia.

«Acabo de visitar a don Niceto en Pau. Le he expuesto el plan francés, pero me ha dicho que no entrara jamas en España al frente de las bayonetas francesas. Deseo consultarle a usted —añadió por pura cortesía— y que vayamos juntos a casa de Azaña». «Miguel, ni he sido ni soy nadie en la jerarquía republicana. Mi opinión no cuenta ni puede contar en el grave problema. Pero, cualquiera que sea la actitud de los primates, la mía es idéntica a la de don Niceto. La historia nos lapidaría si aceptáramos servir de títeres a la maniobra francesa y penetrásemos en nuestra patria apoyados en un ejército extranjero». «Yo opino como usted y como Alcalá Zamora —me atajó—, pero ¿qué pensarán las gentes de izquierda de la oferta?»

Nos llevó en su coche a ver a Azaña un diputado maurista por Soria, cuyo nombre no recuerdo. Le encontramos rodeado de amigos personales y políticos que habían ido a instalarse en los alrededores. Pero yo me quedé espantado al verle. En los dos o tres meses transcurridos desde mi primera visita a Pyla-sur-Mer había decaído físicamente de tal modo que era irreconocible. Era otro hombre. La muerte le rondaba. Olvidé en un instante mis quejas contra su culpable debilidad en víspera de la guerra civil y lo ingrato de nuestras entrevistas, en Valencia y allí mismo, para ver sólo en Azaña al gran escritor, al mejor orador de la República; al hombre de talento bajo cuyas banderas había yo entrado en la vida pública, y con quien había coincidido muchas veces, al punto de haberme declarado más azañista que de Izquierda Republicana; a la verdadera encarnación de un régimen demasiado débil para luchar en dos frentes: contra los enemigos declarados de más allá de la barricada que le habían odiado con saña babosa y contra el

energumenismo de muchos hombres republicanos que, ignorantes de la historia y de la geopolítica, hicieron creer a Largo Caballero que era el Lenin español y que podía pasarse de lo que pudiéramos llamar Antiguo Régimen a la dictadura del proletariado, en un neurálgico lugar de Occidente y a mediados de la cuarta década del siglo, tras la crisis norteamericana, con Hitler, Mussolini y Salazar al frente de Alemania, Italia y Portugal, y con la todavía fortísima Inglaterra gobernada por los conservadores.

El único pecado de Azaña había sido su flojera. Su flojera frente a los enemigos de fuera y de dentro de la República; frente a quienes rezaban una salve para que le asesinaran y a quienes le acusaban de burgués reaccionario. Su falta de agallas para restaurar el orden público cayera quien cayera, en instantes en que aún era tiempo de salvar a España de la guerra civil, y para jugarse entero por la causa de la paz cuando aún era posible negociarla. Y su falta de coraje para, en una u otra ocasión, tener la gallardía de arriesgarlo todo por la libertad, incluso la vida.

Pero, al reflexionar sobre su innegable responsabilidad, me pregunté a mí mismo si yo no hubiese fallado también; si la causa de su derrota moral no era la frecuente incapacidad del intelectual puro para la vida pública, sobre todo en épocas turbadas en que el «miura» de los urgentes problemas del instante no da plazo para el análisis y la crítica, que preceden siempre en los hombres de pensamiento a las lentas decisiones de la voluntad; si sus culpables flojeras no eran fruto de la conjunción entre una ingénita debilidad temperamental y un humanismo generoso; si su orgullo —en ocasión muy conocida había declarado que tenía de su raza el ascetismo y del diablo la soberbia— no había sido, en verdad, sino una lógica reacción de desprecio frente al que le habían mostrado escritores y políticos antes de la crisis final del régimen monárquico; si no podríamos bautizar la tragicomedia de su vida con el título de la comedia de Moreto: *El desdén con el desdén*.

Mientras Maura y Azaña conversaban en privado, mi mente, a la velocidad de la imaginación, repasó la historia del segundo de los interlocutores y la historia de la Segunda República. Y cuando la charla terminó y se hizo pública la coincidencia de Azaña con Alcalá Zamora al negarse a cruzar los Pirineos con el ejército francés y al preferir el campo de concentración a la traición a la historia española, se acentuó mi dolor lastimero al ver en los umbrales de la muerte a quien luego califiqué de encarnación y víctima de la Segunda República española.

BOMBARDEOS

Tras la derrota y la retirada del ejército francés, lluvia de refugiados españoles en Burdeos. Al empezar los bombardeos nos encontrábamos a veces viejos amigos en las infantiles trincheras abiertas en las calles. Fueron desapareciendo sin saber cómo ni cuándo, en busca sin duda de tierras menos en peligro. Quedé en Caudéran con mis hijos y mi hermano. También nosotros habíamos cavado una trinchera en el jardín. Cuando sonaban las sirenas y se acercaba la aviación alemana, sacábamos a ella en una carretilla mis ficheros salvados de milagro y el original de mi obra *En torno a los orígenes del feudalismo*. El ambiente se enrarecía día a día. En la facultad me habían anunciado que el rector se proponía reabrir los cursos. Todos vivíamos de mi sueldo de profesor y me dispuse a seguir enseñando en la Universidad. Pedí empero protección al cónsul de Cuba, hermano de una amiga de La Habana.

LA TARDE DEL 30 DE JUNIO

Se había firmado el armisticio. En una calle de Burdeos tropecé la tarde del 30 de junio con un grupo de refugiados, de entre los que recuerdo el nombre de uno de ellos; se llamaba Machado, como mi poeta favorito.

—Pero ¿está usted aquí tan tranquilo todavía? Nos vamos ahora mismo. La policía francesa nos ha prevenido de que a partir de las doce de la noche se encargan los alemanes del gobierno de la ciudad y de que nos entregarán a España.

—Son ustedes unos alarmistas. Los alemanes no harán eso. Además, el decano me ha dicho que va a reanudar el curso.

—Haga usted lo que quiera y buena suerte, pero mañana será tarde para huir.

Me acompañaba la amiga francesa que me había llevado a ver a Azaña, la amiga que, naturalmente, me reprocha Rivas Cherif. Entendía un poco de español:

—Creo que tienen razón. Deberíamos ir a la policía.

—¿Para qué? No podemos salir de Burdeos a estas horas. Tú ya no tienes gasolina y yo estoy confinado en Caudéran.

—Vayamos a la policía.

—Sí, váyase usted ahora mismo —me dijo el jefe—, mañana le entregaran a España. Le hemos buscado a usted en su casa.

—Pero estoy confinado en Caudéran y *Mme.* no tiene *essence*.

—Buen remedio. Ahí va un *laisez-passer* con el que podrá usted circular y ahí van unos bonos de *essence* para su coche, *Mme.*

—¡Muchas, muchas gracias!

Seguía pensando que era un disparate escapar a la Francia libre. Pero… Desde Caudéran hablé con Pyla-sur-Mer. Azaña había ya salido en automóvil. Mi gente me empujé a partir. Una pequeña valija rápidamente improvisada. Triste despedida. Al coche.

—Mañana volveré.

Devoramos los kilómetros… Antes de medianoche cruzamos el Garona. «¡Viva la Francia libre!» Y dormimos en el Renault dos plazas de mi amiga,

en la plaza de La Reolle, una antigua plaza fuerte que siete siglos antes habían tenido sitiada Alfonso VIII y sus fieles caballeros abulenses, mis abuelos.

«Mañana volveré»… Pero no volví. No pude telefonear ni al rector ni al decano. Nos corrimos a Marmande. Subprefectura. Hoteles repletos de franceses refugiados. *Mme.* volvió a Caudéran. Lenta espera. *Mme.* regresó a Marmande a las 48 horas.

—El prior de los jesuitas españoles de Burdeos que confesaba a tu madre ha dicho a tus hijos que estás en la lista de los que deberán ser llevados a España, que huyas. Y ha respirado cuando le han dicho que ya estás aquí. No debes ni soñar en volver y dice que debes alejarte de la raya fronteriza pues desde aquí pueden raptarte fácilmente.

No di importancia a la amenaza, pero comprendí que mi hogar se había deshecho definitivamente, que mis hijos deberían muy pronto regresar con mis padres a Ávila. Y así ocurrió tras una fugaz despedida en Marmande, gracias a la ayuda amistosa del cónsul de Cuba.

DESDE MARMANDE A LISBOA

Cables en busca de trabajo a La Habana, a Bogotá, a Buenos Aires. Meses de espera. Al cabo, una oferta argentina. Había que embarcar en Lisboa. Pero ¿cómo salir de Francia y cómo llegar a Portugal? La radio alemana de París me había ubicado en mi refugio, había que contornear la península para poner pie en tierras lisboetas y en ellas estaba Salazar. Sólo un quite de la providencia —que Dios me perdone el símil taurino— me permitió salir de apuros. Amicales argucias facilitaron a mi colega y vecino de Burdeos, Daudin, hacerme llegar mis sueldos del verano. Cárcano, embajador en Vichy de la República Argentina, consiguió un *arrété ministeriel* autorizándome a salir de Francia y cruzar Argel y Marruecos. Y yo tomé el toro por los cuernos escribiendo a Salazar: «Me han ofrecido una cátedra en Mendoza, debo embarcar en ésa, no tengo ningún pasaporte válido. ¿Puedo ir a Lisboa?» «Venga, pongo los cónsules de Portugal a su disposición», me contestó mediante un cable urgente que le honra.

Marsella. Largos trámites para obtener pasaje a Argel. Los amigos republicanos tratan de disuadirme de mi periplo.

—El Residente francés en Marruecos está entregando a Franco a nuestros correligionarios allí refugiados.

—No lo creo —repliqué—. ¿Qué gana Francia con tal crimen?

—Eres un optimista —añadieron, insistiendo—. Ya sabes lo que te espera.

Pero no me quedaba libertad de opción y decidí partir. Las potencias infernales parecieron, empero, furiosas por mi ida. Se les escapaba una víctima segura. Y, a la salida de Marsella, padecimos una tremenda tempestad. El Mediterráneo respondía a la cólera de los dioses del mal. Nunca he visto al mar tan encrespado. Pero se sintieron impotentes frente a mi destino y aplacaron su cólera.

Viaje marítimo bordeando las costas de España hasta saltar a Argel. ¡Qué emoción al contemplar tan cerca la patria perdida!

—No hay barco desde Casablanca hasta Lisboa —me dijeron en la Agencia Cook cuando, eufórico, acudí a reservar pasaje.

—Ha viajado hace poco Chautemps.

—Puro azar.

Consulta telegráfica ante mi insistencia. Réplica tajante: «Absolument rien». Pero ¿qué hacía yo en Argel? ¿Había caído en la boca del lobo? ¿Condenado a vivir en África y sin plata?, me dije. Y decidí correr el riesgo y marché a Casablanca a la espera de un nuevo azar. Era todavía relativamente joven y tenía pruebas de la ayuda divina.

El milagro del velero portugués que por aquellos días llegó desde Lisboa y que a Lisboa regresaba. Preparativos para cruzar el Atlántico, ayudado por el cónsul de Portugal, Carmona, hijo del Presidente de la República Portuguesa ante quien había presentado mis cartas credenciales el 25 de mayo de 1936 —fiesta nacional argentina.

En el puerto, asombro ante la pequeña carabela. Cuando, en lugar de subir al barco bajé al barco, me dije: «Claudio, difícil aventura. ¿Será el Océano tan cruel como el Mediterráneo? ¿Llegarás a Lisboa o te arrojará la tempestad a tierras franquistas?» Otra vez confié, empero, en el favor de Dios y en mi buena ventura.

MEA CULPA DE SALAZAR

Seis largos días de lento, suave y silencioso avance a través del Atlántico en el cascarón de 300 toneladas «donde toda incomodidad tenía su asiento». Noches inolvidables en que las estrellas se reflejaban como lanzas de plata en el inmóvil mar que apenas agitaba el pirata barquichuelo. Una luz a saliente. La Sierra de Monchique. Con ella se completaba, en Portugal, en las escuelas españolas, el trazado de una de nuestras cordilleras. No había ya peligro de que una tempestad me arrojase a tierras franquistas. Lisboa. Un policía para protegerme, es decir, para vigilarme. *Mea culpa* de Salazar, avergonzado de sus hazañas contra mí en 1936. Entrevista con Texeira de Sampayo, Subsecretario de Negocios Extranjeros, en casa —una casa-museo— de Caeiro da Mata, rector de la Universidad.

—Enfrentamos al representante de la República española, de un Estado que había intentado armar a nuestros enemigos. Admiramos al estudioso de nuestras instituciones, miembro de nuestra Academia. El Presidente Salazar lamenta lo ocurrido. Ha telefoneado a Madrid para que vengan a despedirle sus hijos a Lisboa. Tendrá toda clase de facilidades para embarcar cuando y como desee.

Y así fue. Y terminé en Portugal el periplo que en Portugal había comenzado. Y otra vez abandoné el puerto de Lisboa, pero no rumbo a Europa, ahora en llamas, sino a la libre América.

LONGEVIDAD E IN FLEXIBILIDAD

Hace muchos años escribí un artículo periodístico que titulé «Morir a tiempo», y hace ya bastante, otro que llamé «Ante el día X». No sé por qué, pero el porqué es demasiado evidente para que merezca detenerme a exponerlo aquí; hace días que los dos ensayos y sus títulos me rondan obsesivamente en el magín.

Decía en el primero que la demasiada prolongación de la vida, ora acarrea una decrepitud que amarga y entristece o a lo menos obsesiona, ora fuerza a contemplar la derrota de los ideales o de la política que se han amado y se han servido, ora llega a permitirnos presenciar o adivinar la inquietud, incluso de muchos allegados, por nuestra tardanza en dejar paso franco al mañana.

Los achaques de la vejez van cercándonos poco a poco, y acechan y vencen también a los que por más tiempo han gozado de una lozana ancianidad. Pienso con emoción al escribir estas palabras en dos grandes maestros por mí muy queridos y admirados. En don Manuel Gómez-Moreno, que llegó a centenario, pero tendido en el lecho, y la mayor parte de sus últimos años no receptivo al curso del vivir diario; y en don Ramón Menéndez Pidal, el más admirable caso de lucidez y activa longevidad, pero; al fin de su vida, atenazado por una enfermedad que lo inhabilitaba.

Las prolongadas existencias de algunos soberanos famosos les produjeron grandes amarguras. Felipe II hubo de firmar la paz de Vervins y de constatar la debilidad política de su sucesor Felipe III. Y Luis XIV, que había atado a su carro la fortuna, después de 1700 vio morir a sus hijos y presenció sucesivas derrotas de sus ejércitos.

Quienes no mueren a tiempo no se dan, a veces, cuenta de que su hora ha pasado, de que cuanto han defendido, forjado y acuñado no resiste al inexorable trascurso del acaecer histórico, al inexorable mudarse y caducar, en el curso de la historia, de las ideas y de los ideales, de las formas de vida política, de las instituciones básicas de la organización estatal, de los entresijos esenciales del vivir de los pueblos que en ocasiones han regido y se empecinan en seguir rigiendo. No se dan cuenta de que los inevitables cambios históricos tienen sus horas propicias, tras las cuales acecha el salto en las tinieblas, y que tienen el deber de saber leer en el reloj de la vida nacional.

Los grandes diques permiten la acumulación de fuerza motriz y posibilidades fertilizantes de los campos sedientos. Pero nadie ignora los

peligros que la electricidad y el agua acumuladas pueden acarrear. Hábilmente controladas, son potencias generadoras de vida, pero, incontroladas, arrasan y destruyen.

¡Morir a tiempo de no asistir a la caducidad de la obra que hemos amado y que puede haber sido fecunda en el ayer! Morir a tiempo para no contribuir a agravar situaciones históricas que provocarán futuras maldiciones sobre nuestras empresas. Para no presenciar o adivinar la inquietud general por la tardanza en realizar nuestro tránsito supremo.

Morir a tiempo o saber a tiempo cambiar de rumbo siguiendo los hirientes mensajes de la historia. Me atrevo a lanzar esta interrogación: si el rey y Primo de Rivera en 1926, después de pacificar Marruecos, hubiesen convocado unas constituyentes auténticas, ¿habría habido república y habríamos padecido la guerra civil y sus coletazos todavía lastrados de proyección hacia el mañana?

Y no puedo vacilar al responder a esta pregunta. El rey y Primo de Rivera habrían ganado las elecciones y habrían desembocado en una legitimidad monárquica. Pero Dios ciega a quien quiere perder. Y don Alfonso y don Miguel creyeron, estúpidamente, que habían encontrado un sistema político genial que podía perdurar, y los dos murieron en el destierro. El rey, lúcido al fin, dijo al marqués de Benavites que la dictadura había hecho dos cosas muy importantes para España: «los firmes especiales y la república». Y por haber incurrido luego todos, republicanos y monárquicos, en errores parejos, los españoles cometimos y padecimos la mayor locura de nuestra historia, ensangrentándonos en una bárbara contienda fratricida.

Morir a tiempo o dar paso a tiempo a la reconciliación de los españoles y a una España nueva que sepa escuchar los mandatos de la historia y sobre todo el más inexorable, que puede resumirse en tres palabras: paz en libertad.

He sostenido en otra parte —en un ensayo que titulé «La historia y mañana»— la caducidad de las viejas fórmulas del liberalismo parlamentario, pero a la par mi fe en el posible hallazgo de normas de convivencia democrática que renueven los gastados moldes conservando lo esencial de los mismos. Ningún historiador puede creer —lo he dicho y lo repito— en la pervivencia histórica de ningún sistema por muy entusiasta del mismo que sea o haya sido. No quiero insinuar que pueda repetirse la coyuntura que el rey y Primo de Rivera dejaron pasar. Pero tampoco puedo dudar de la imposibilidad de la perduración del presente. El hombre de estado debe poseer entre otras muchas calidades una imaginación vivaz para idear estilos políticos nuevos. Líbreme Dios de pensar ingenuamente en una vuelta lisa y llana hacia el ayer.

He dicho que por haber padecido sincrónicamente las tres revoluciones, sufridas o gozadas sucesivamente por las otras naciones de Occidente, padecimos el gran traumatismo histórico que ha sacudido a España en las últimas décadas. Pero he dicho también que esa triple crisis revolucionaria nos deja el paso franco para hallar fórmulas nuevas de convivencia política. Pero, cuidado, si no pienso en el retorno al lejano ayer de hace casi medio siglo, me parece urgente, urgentísimo, iniciar el camino nuevo venciendo la inmovilidad triunfante. Si no se inicia tal evolución ahora que es ocasión propicia para llevarla a cabo, no me parece imposible que mañana otro soberano emigrado pueda responder a otro aristócrata visitante: «Sí, la dictadura franquista hizo dos cosas muy importantes para España: los paradores nacionales y el comunismo».

Y escribe esto quien tiene ya un pie en el estribo para la cabalgada definitiva al más allá, quien ha vencido todos los posibles rencores que su amargo exilio ha podido suscitarle, que adora a su país con toda su alma, que conserva la fe de sus mayores, para quien todos los españoles son hermanos y que sabe muy bien de la inexorable —por cuarta vez empleo de propósito el mismo vocablo porque ninguno me parece más preciso— caducidad de todo y de todos en el devenir de los tiempos.

Mi voz ha sido y es muy débil en el conjunto de las voces de España, pero ello no obsta para que hable por mí el sentido de la historia española; que veo en rumbo incierto y en la que avizoro horas crueles si no se buscan derroteros de luz. Que nadie olvide las crisis perdurables de los pueblos que han caído bajo la dictadura comunista ni el proceso de esa ruina. Ni cuanto he dicho sobre las posibilidades ascensionales de España, en un mundo que ha presenciado la caída desde las cumbres de su grandeza, de otras naciones que han señoreado por siglos el planeta. Ya no es el español el único imperio que ha llegado a ser un puro recuerdo histórico.

TREINTA Y CINCO AÑOS DESPUÉS

Porque me basta con el rubí de España quiero apostillar con algunas reflexiones este librito que terminé otrora con mi salida de Lisboa en el otoño de 1940.

Ha llegado el mañana a que aludía al poner fin a mis paginas de antaño. Franco ha muerto. No quiero juzgarle. Mi juicio no podría ser desapasionado. Le juzgarán la Historia y Dios. Se ha abierto una nueva página de la historia española. España debe enfrentar el futuro que yo entreveía hace años en el perfil del horizonte. Se inician sin duda horas difíciles pero preñadas de esperanzas. Es ingrato a quienes han usufructuado el poder durante cuatro décadas acostumbrarse a la idea de que ha pasado su hora. Y, sin embargo, inteligentemente nada mejor podrían hacer que dar paso al mañana pacíficamente, colaborando más que resignada placentera e inteligentemente a forjar el porvenir.

Ha llegado la hora de la reconciliación de los españoles. De su auténtica reconciliación, quiero subrayarlo. Se ha hablado de que han sido integrados en la vida nacional cuantos enemigos del franquismo han vuelto a España. Pero ese reintegro no puede calificarse de reconciliación; sino de perdón y olvido. Sólo pueden reconciliarse dos enemigos abrazándose en pie de igualdad. Y esa igualdad sólo puede lograrse tras la libre integración del pueblo español en una pluralista vida política.

Es notorio que no intervine en la guerra civil por un invencible escrúpulo de conciencia y lo es que voluntariamente, repito voluntariamente, acepté la suerte de los vencidos. Y no sólo no he movido un dedo para acercarme a los vencedores sino que he permanecido frente a ellos sin claudicar durante cuatro décadas. Desoyendo los cantos de sirena con que querían atraerme e incluso los más altos mensajes y las más galanas alabanzas.

No pertenezco al grupo de los conversos que, después de publicar indecentes loas al ¡glorioso movimiento! y a su gloriosísimo caudillo, se han mudado de casaca sin renunciar a ninguna de sus prebendas y privilegios. No tengo nada de qué arrepentirme. He sido desde mis años mozos un demócrata liberal. Alguna vez he escrito que quizá lo he sido de nacimiento. En mi discurso de ingreso a la Academia de la Historia de hace cincuenta años (28-11-1926) hice el elogio de la Gloriosa. He adherido siempre a las palabras de Kant «Que la libertad de cada uno coexista con la libertad de los demás

centros de un régimen común de libertad». No he tropezado en mi camino con ninguna organización estatal diferente de la demo-liberal en que haya podido o pueda vivir un ciudadano dignamente y pueda realizarse con plenitud, a su albedrío. A ningún otro he servido. Es larga mi experiencia histórico-política a mis ya 83 años. He visto fracasar muchos regímenes por falta de coordinación entre la libertad y el orden y a muchas dictaduras llevar a la revolución por creerse eternas. Y es notorio mi férvido amor a España y mi conocimiento de su historia.

Tengo por tanto autoridad para dirigirme a unos y otros, a cuantos españoles han estado y están a uno y otro lado de la barricada; naturalmente a los enemigos pero también a quienes han sido mis hermanos de infortunio. Ha pasado la hora de todos. De los franquistas y de los antifranquistas. Cuatro décadas son a la par un breve y un largo plazo en el devenir histórico; un breve plazo en el curso de las largas curvas de la historia y uno largo en el correr de la vida de los hombres. Han caducado históricamente el franquismo y el antifranquismo —adviértase que escribo históricamente—. No ha llegado la hora de la revancha. Están repicando alegremente las campanas del advenir definitivo de la paz. Quizá estas palabras mías hieran por igual a mis enemigos de ayer y a mis compañeros de exilio. Pero reflejan a la par la angustia de un pensar en el mañana de la patria y la fe de un historiador habituado a ver cambiar inexorablemente el curso de la vida de los pueblos.

Han caducado a la par el franquismo y el antifranquismo, repito y repetiré sin cansancio para mover a los españoles a la paz. Comprendo bien que quienes han vivido cuarenta años bajo el látigo de la dictadura sientan bullir en sus entrañas la rabia esperanzadora de la venganza. Pero no deben olvidar la fuerza que aún conserva el enemigo y que al cabo no están solos en España. Las impaciencias revolucionarias de un pobre hombre, del pobre hombre que era Largo Caballero —sus impaciencias revolucionarias del año 1934 y del 1936— nos han costado cuarenta años de franquismo y quiero escribir esta palabra inocua y evitar el dramatismo de los grandes calificativos. Un apresuramiento en el logro por la fuerza de las mudanzas que las horas de hoy reclaman puede provocar otra bélica catástrofe. Como puede provocarla la negativa a darles paso. Y todos sabemos no sólo la sangre sino la miseria que la pasada trajo a todos los españoles; a todos, a los vencidos, claro está, ante todo —fusilamientos, exilio, cárcel, hambre…—, pero incluso a los vencedores —años sombríos los que siguieron a 1939.

Fin de una década.

En el muelle me han dicho ¡adiós! mis hijos. El *Serpa Pinto* levanta anclas y se desliza por las aguas tranquilas del Tajo. Un momento contemplo la complicada orografía lisboeta, luego penetro en mi cabina, me tiendo en el lecho y, a la velocidad del pensamiento, veo desfilar por mi memoria el film zigzagueante de mi vida y de la vida de España durante los últimos diez años.

1940. Noviembre. Empezaba otra década para mi patria y para mí. Europa quedaba atrás y, con ella, más de la mitad de mi existencia. Hombres ambiciosos, sucesos desdichados, esperanzas fallidas, desoídas advertencias, errores tácticos, torpezas, sañas… todo se fundía y se confundía en mi recuerdo mientras soñaba despierto y el pequeño barco bailaba a su placer al hendir las aguas del Atlántico.

Mi pesimismo temperamental no me permitía forjarme ilusiones. Me esperaba la soledad y una vida difícil durante muchos años. La realidad ha superado, empero, todas las desesperanzas de aquellas horas. Treinta años después de mi salida de Lisboa no me sostiene la ingenua y pueril ilusión que algunos alientan aún de volver a España victoriosos. El mañana no nos pertenece, sino a las nuevas generaciones. Ese mañana no se dibuja aún en el confín del horizonte. Y, como no he de quebrantar mi dignidad, moriré en el destierro.

¿La historia maestra de la vida? No sé. ¿Mis recuerdos servirán de algún provecho a las nuevas generaciones? Lo dudo. Pero, ahí van; en parte, porque mi temperamento de historiador me ha forzado a hacerlos públicos; en parte, por si su conocimiento puede contribuir a evitar los escollos, en donde nosotros tropezamos, a quienes mañana vuelvan a comenzar nuestra aventura.

Sé que estas páginas irritarán a muchos de quienes navegaron en la misma carabela de la República. Y no descarto la posibilidad de que nuestros enemigos las utilicen contra lo que nosotros fuimos y significamos. Es habitual no reconocer los propios errores y descargar en el adversario toda la culpabilidad de nuestros fracasos. Y lo es también desfigurar la realidad para justificar atropellos y violencias planeados por egoísmos, miedos, odios… El

estudio del ayer al que he consagrado mi vida me ha mostrado muchedumbre de casos de ambas flaquezas humanas.

Creo, empero, cumplir un deber al publicar esta doble colección de anécdotas. A los españoles de ayer, de hoy y de mañana quiero recordar que la historia no está nunca conclusa. No lo olviden ni los unos ni los otros. Sobre todo quienes, acaballados sobre la España de hoy, no han visto aún el fin de su ciclo histórico, y no valoran, como no valoramos nosotros, la fuerza del adversario y el equilibrio internacional del instante. El panorama internacional les es hoy tan adverso como nos fue a nosotros el de 1936 y les será más adverso cada año.

¿La historia maestra de la vida? No sé. Ahí van mis 260 recuerdos para que se sepa cómo ocurrieron algunos sucesos. Para que se pueda juzgar a algunos hombres. Para que no se ignoren los errores que los republicanos cometimos al creer que estábamos solos en España. Para que se recuerde que cada país en cada instante de su vida, debe contar con su geografía y con su ayer. Para que no se alienten torpes ilusiones ni se vuelvan a cometer las mismas flaquezas. Para que se desconfíe de los hombres providenciales; muy pocos lo han sido en la historia y el egoísmo de muchos ha solido ser catastrófico. Para que los caudillos se abroquelen contra la adulación y pongan en cuarentena promesas y seguridades. Para que se escuchen las voces de los segundones, a veces más anclados en la realidad que los grandes orgullosos. Para que se estime en lo que vale el diálogo, la tolerancia y el contraste en libertad del juego de las ideas. Para que cuando ese diálogo no sea posible no se vacile en actuar con firmeza a tiempo de evitar la guerra intestina. Para que se busque por todos los caminos la paz fraterna, porque las heridas del odio no cicatrizan nunca o cicatrizan muy despacio. Para que no se olvide que hay siempre un mañana en el cual el ayer al parecer más opresor o más revolucionario ha llegado a ser juzgado como un rosado paraíso de delicias por quienes peor le soportaban, porque el presente es aún más duro y cruel que el sombrío pasado. Para que nadie espere detener el inexorable correr de los años y nadie confíe en poder acelerarlo a su capricho. Y ello a un lado y otro de la barricada que aún nos separa.

Perdón. He ido demasiado lejos al valorar las posibles proyecciones de este librito frente al futuro. Estoy seguro de que estos recuerdos no pueden brindar todas las enseñanzas registradas. Quizá no sean, empero, inútiles las reflexiones que ellos me han provocado al reunirlos; reflexiones que aquí hago notorias. ¿Lecciones de un conservador? Tal vez. De un conservador de los altos valores de la cultura occidental, en la que «un solo pensamiento del

hombre vale más que todo el mundo», como escribe San Juan de la Cruz. De la civilización, que no es incompatible, sino indispensable plataforma para acometer los cambios de estructura cada vez más necesarios si queremos evitar el avasallamiento de los pueblos por dictaduras que implican siempre un avasallamiento espiritual. Para acometer tales cambios manteniendo incólume la plena libertad integral del hombre. ¿Lecciones de un conservador? Tal vez. Pero de un conservador que cree a la historia hazaña de la libertad y a la libertad consustancial con la misma condición humana.

No es fácil desenredar la madeja de los problemas nacionales. Mas, sea cualquiera el futuro histórico de mi patria, vuelvo a invitar a todos a meditar sobre el pensamiento de Ibn Hazm de Córdoba: «La flor de la guerra civil es infecunda». Y a repetir con él: «Lejos de mí la perla de la China, me basta con el rubí de España».

Los españoles tenemos un talante apasionado y violento, heredado del curso proceloso de nuestra dura y agria historia. He dicho muchas veces que Roma conquistó las Galias en doce años y tardó doscientos en conquistar Hispania. Después la Reconquista duró ocho siglos. Y dos nuestra lucha por la unidad católica de Europa. Pero no quiero detenerme en el exponer de nuestro áspero y cruel pasado. Lo he registrado muchas veces. Somos más proclives a la batalla y al exterminio del adversario que a su comprensión. Hoy gritan algunos: la guerra civil no ha terminado. A juzgar por los sordos enfrentamientos de vencedores y vencidos, unos obstinados en mantener el ayer y otros por vengarse de cuatro décadas crueles, podríamos pensar que, a lo menos, la guerra civil no está olvidada todavía. Decidámonos a escribir la nueva página de nuestra historia, iniciada tras la muerte de Franco, sin odios ni rencores. Sin imaginar que debe hacerse «nuestra real gana» con aniquilamiento de quien disienta de nuestro juicio. Razonemos y estemos prontos a transigir, a buscar fórmulas de concordia en libertad.

He ido pasando en este librito de la sonrisa a la angustia, como pasaron en verdad los españoles. Asoma la luz en la mañana del nuevo día. Gocémosla. Olvidemos las tronadas de las horas crueles, crueles a lo menos para la mitad de los españoles, y aun quizá para todos. Pende de nuestro querer que no volvamos a caer en las sombras. Y que no caigamos para siempre —¿para siempre?, nunca hay un siempre en la historia, porque en ella todo cambia, gira, periclita, renace y vuelve a morir—, que no caigamos a lo menos para cientos de años en las cárceles de la tiranía comunista, mucho peor que la franquista. Porque de las tiranías parejas a ésta siempre se ha salido, se sale y se saldrá. Pero hasta ahora no hay síntomas —¡ni siquiera síntomas!— de que se pueda salir mañana de las grandes cárceles rusa o china. No me cansaré por ello de aludir a nuestra posible conversión en un rebaño o en un hormiguero, en los que el hombre retrograda casi a la animalidad primitiva. El hombre es acción, ímpetu, esperanza, desigualdad en sus apetencias y en sus posibilidades. Castrar éstas es retroceder en el curso de la historia. Libre pensamiento, libre palabra, libre acción, libre esperanza de mejora individual, sin explotación, claro está, de otros hombres sus iguales en el mundo de las

esperanzas y los derechos, son bases indispensables para el auténtico vivir humano.

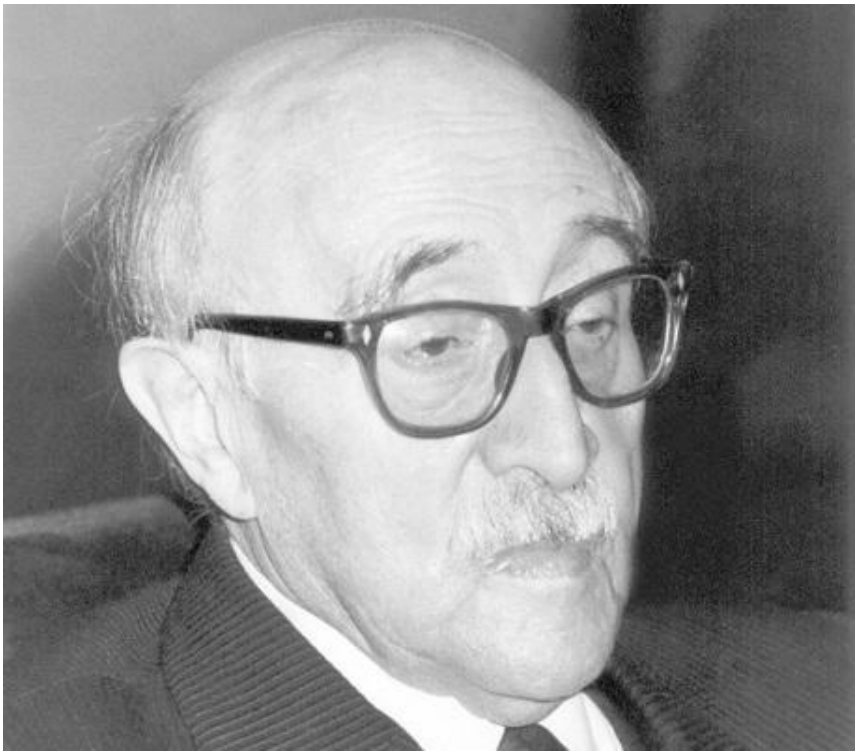
¿Sueños? Quizá. Pero soñemos, alma. Soñemos en un mundo mejor libre de las taras del hoy en las dos barricadas que ocupan Oriente y Occidente. Y sobre todo soñemos en una España nueva y fraterna, liberada de toda tiranía roja o blanca y sin las montañas de las crueles desigualdades sociales y económicas de hoy. Sera más difícil a un rico entrar en el reino de los Cielos que pasar una maroma por el ojo de una aguja, dijo Jesús. En la espiral de la Historia nada es inverosímil ni imposible. Dispongámonos a la mudanza, salvando los libertades que hacen vivible el futuro del hombre. Y dispongámonos, los españoles especialmente, a hacer en paz una nueva España, evolutiva, libre del ayer inclemente de muchas comunidades humanas y del bárbaro hoy de otras muchas.

Para esa aventura quijotesca llamo a todos los españoles. A los franquistas y a sus enemigos; a los que han regido a la patria cuatro décadas y a los hermanos de la España peregrina o exiliada y de la España del silencio o sojuzgada. Rompamos los grilletes de nuestros odios y de nuestras ambiciones. *España y libertad* he hecho bordar en mi divisa.

¡Ay de España y de los españoles si no avanzan de sus posiciones de las décadas últimas, si no saben ceder los unos de sus privilegios económicos y de rectoría y los otros de sus apetitos de revancha y de mudanza revolucionaria! ¡Ay de España y de los españoles si por torpezas de unos y de otros nos convertimos en una torpe satrapía del imperio moscovita, como tantos pueblos sojuzgados por los tanques rusos! Ceder posiciones hasta ayer disfrutadas es asegurar un mañana menos cruel. «*No se engañe nadie, no / pensando que ha de durar lo que espera / más que duró lo que vio / porque todo ha de pasar por tal manera*», deberíamos pensar todos con Manrique.

Adivino la reacción de muchos antes estas palabras ¡Chocheces de un viejo! ¡Alucinaciones de un erudito encerrado en una histórica torre de marfil! No, hermanos españoles. Consejos de quien ha consagrado su vida al estudio del trágico ayer de España, desbordando las fronteras de la pura erudición para adentrarse por las selvas de las frías reflexiones en un intento de descubrir las causas del ayer y del mañana de la patria. De quien un día lejano —1931— se lanzó a la aventura de colaborar a la mudanza pacífica de España con el rejuvenecimiento de sus estructuras socioeconómicas e histórico-políticas. Quien salió de la empresa quijotesca molido por los cuadrilleros de estos días. Quien ha asistido en un eterno y triste destierro a las mudanzas de los tiempos y a las locuras de los hombres. Para quien España esta en el

mundo sobre todo. Que sólo cree digna de vivirse la vida humana en libertad. Que a sus 83 años no desea nada para sí. Y que tiene un solo, un único anhelo, morir tras ver enderezadas las rutas de su patria.



CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ Y MENDUIÑA, Madrid 7 de abril de 1893 — Ávila, 8 de julio de 1984. Realizó sus estudios universitarios en Madrid y se licenció en Filosofía y Letras en 1913, con sobresaliente y premio extraordinario. Un año más tarde se doctoró con una tesis sobre instituciones medievales. A los veintidós años obtuvo el número uno en las oposiciones al Cuerpo Facultativo de Archivos, Bibliotecas y Museos, y a los veinticinco fue catedrático numerario de Historia de España en las universidades de Barcelona, Valencia, Valladolid y Madrid.

En la Universidad Central ejerció como catedrático desde 1920 hasta 1933, año en el que pidió la excedencia a causa de sus actividades políticas. En la universidad complementó la actividad docente con la investigación histórica en el Centro de Estudios Históricos, en cuyo seminario formó a numerosos discípulos, entre ellos medievalistas de gran renombre. En 1926 ingresó en la Academia de la Historia. Simultaneó la docencia y la investigación con el desempeño de varios cargos académicos relevantes: decano de la Facultad de Filosofía y Letras en 1931 y rector de la Universidad Central entre 1932 y 1934.

Entre 1931 y 1936 participó activamente en la vida política española: diputado por Ávila en las tres legislaturas de las Cortes republicanas; ministro de Estado en 1933; vicepresidente de las Cortes en 1936; consejero de

Instrucción Pública y embajador de España en Lisboa. En 1939 fue separado de su cátedra definitivamente y condenado por el Tribunal de Responsabilidades Políticas a causa de sus ideas republicanas.

Al romper Portugal relaciones con la República se instaló en Francia, donde pasó toda la Guerra Civil, anticipo de un exilio de cuarenta años. En Burdeos fue profesor de la universidad desde 1937 hasta junio de 1940, año en el que la invasión alemana le obligó a abandonar Francia e instalarse en Argentina.

En Mendoza fue profesor de Historia de la Edad Media en la Universidad de Letras de Cuyo durante año y medio, y en Buenos Aires, catedrático de Historia Medieval hasta el fin de sus días.

En su nueva cátedra bonaerense se entregó por completo a su actividad docente e investigadora; fueron sus años más fructíferos. Destacan sus estudios sobre los reinos de Asturias, Castilla y León y sobre la España musulmana. Sus obras más conocidas son: *Una ciudad de la España cristiana hace mil años; En torno a los orígenes del feudalismo; La España musulmana; Orígenes de la nación española: el Reino de Asturias; Instituciones medievales españolas,* y *España, un enigma histórico.* Fue fundador y director del Instituto de Historia de España, que hoy lleva su nombre, y de su órgano de difusión, los Cuadernos de Historia de España, creados en 1944 y publicados ininterrumpidamente hasta el presente. La revista prolonga el espíritu científico del Anuario de Historia del Derecho fundado por él en 1924.

Durante estos años, Claudio Sánchez-Albornoz fue nombrado doctor honoris causa por las universidades de Burdeos, Gante, Tubinga, Lima, Buenos Aires, Oviedo, Valladolid y Lisboa; fue elegido también miembro de las principales academias europeas y americanas, y desarrolló su vocación docente en numerosas universidades de ambos continentes, como conferenciante invitado.

Asimismo, entre 1962 y 1970 continuó su actividad política como presidente del Gobierno Republicano español en el exilio.

En 1970, la Academia de Lincei le otorgó el gran premio internacional Feltrinelli.

En abril de 1976, el historiador regresó por primera vez a España, donde permaneció dos meses. Volvió en julio de 1983 y se instaló en Ávila. Allí falleció un año más tarde, el 8 de julio de 1984, y fue enterrado en el claustro de la catedral.

El año de su muerte, Claudio Sánchez-Albornoz recibió el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, otorgado por la Fundación Príncipe de Asturias, de la que fue primer miembro de honor.

Entre otros reconocimientos y distinciones, también fue nombrado por Francia caballero de la Legión de Honor en 1933; hijo adoptivo de Asturias en 1978 y de la provincia de León en 1984; en 1980 recibió la Medalla de Oro de la provincia de Ávila y la Medalla de Oro de la ciudad de Ávila, y en 1983, la Gran Cruz de Carlos III.

Poco antes de morir se constituyó la fundación que lleva su nombre al servicio de la comunidad científica y de la sociedad del conocimiento.

Notas

[1] ¿Puedo acoger en casa a las monjas del convento de mi amiga? Tienen miedo. <<